CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
D. Casimiro Monier, *Carrera de San Gerónimo.*



D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*
D. José Perez, *idem.*

Cátalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* **Círculo Literario Comercial,** *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La niña del mostrador.
La mano de Dios,
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira a monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

LAS JOROBAS.

CAPRICHO COMICO ORIGINAL

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

acarías
DON MARIANO Z. CAZURRO.



MADRID, 1850. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.
CALLE DE CERVANTES N.° 34.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849.*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art. 13.*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El maximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de 1849.*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art 60.*

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria » *Idem art. 81.*

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 82.*

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de 1847, art. 17.*

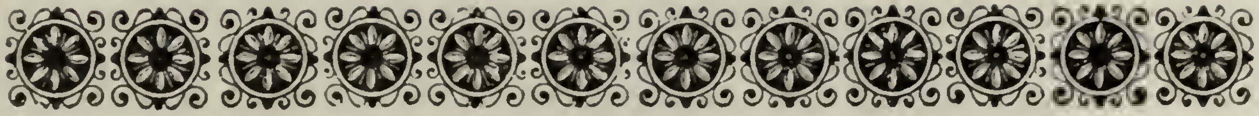
«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art. 23.*

PERSONAJES.	ACTORES.
ANITA.	DOÑA JUANA SÁMANIEGO.
PEPA.	DOÑA MARIA BARDAN.
LUIS.	DON MANUEL CATALINA.
TEODORO.	DON JOSE CORTES.
GIRALDILLA. (*criado jorobado.*)	DON MANUEL JIMENEZ.

La escena es en Madrid, en la casa en que vive Anita.

El teatro representa una sala de la época, decentemente adornada. Puerta en el fondo y antesala. Otra puerta á la izquierda del actor. Entre los muebles un reló.





ACTO UNICO.

Al levantarse el telon aparecen Anita *y* Pepa ; *ocupada la segunda en pegar unas cintas á dos bultos que imitan dos jorobas artificiales.*

ESCENA I.

Anita, Pepa.

Anita. Puntada larga! esté firme,
lo de curioso es de sobra.
Pepa. Ya está pegada una cinta.
Anita. Pues al instaute á la otra!
que la diligencia llega
á las diez, y hará dos horas
que estará ya en esta córte
don Luis de la Cuesta y Loma,
pariente á quien nunca he visto,

y ante el cual sabes que importa
aparecer cuando venga
muy contrahechas aposta.

PEPA. ¿Y cargaremos por eso
á la usanza de la tropa
con este par de mochilas?

ANITA. Para imitar dos jorobas
que entrambas necesitamos
para esa farsa estrambótica;
y sabes que si adelante
salimos con la tramoya,
á mi me vale un millon
lo menos.

PEPA. Sí?

ANITA. Y, otra cosa...
y á tí regalos y un dote
que no es ninguna bicoca.

PEPA. Pues en resumidas cuentas
de todas estas andróminas
eso solo he comprendido,
y aunque con eso ya sobra
para que yo me eche á cuestas
una rueda de atahona,
no me pesara saber
pormenores de...

ANITA. Curiosa!

PEPA. Si no es acaso un secreto...

ANITA. Que ha de ser? Óyelo ahora.
Tenia yo cierto tio,
don Juan Cuesta y Espinosa
que hace dos meses apenas
que de eterna vida goza,
escéntrico de caracter,
jorobado de persona,
y solteron con mas oro
que hay en ambas Californias.

PEPA. Jorobado!

ANITA. Sí: al morirse
mi buen tio que esté en gloria
de los bienes que tenia
hizo testamento en forma
que dice asi: *item* y dejo
por herederos de toda
mi fortuna, á mis sobrinos
don Luis de la Cuesta y Loma

y Anita Gil de la idem.
PEPA. Que eres tú!
ANITA. Muy servidora:
item empero, los pongo
como condicion forzosa
que han de casarse, y si alguno
de los dos huye la boda
en el término preciso
de dos meses...
PEPA. Que?
ANITA. Ya es droga!
pierde por ende el derecho
de la parte que le toca,
y el que hubiere consentido
se la lleva entera.
PEPA. Sopla!
ANITA. Ese plazo de dos meses
cumple pronto; casi horas
restan no mas.
PEPA. Y el don Luis
se estuvo con tal pachorra
en su pais?
ANITA. De mi tio
allí el testamento obra,
que á mí me han notificado
remitiéndome una copia:
allí la adjudicacion
de esa herencia tan cuantiosa
debe hacerse, pero aquí
por razones poderosas
la entrevista de los dos
tendrá lugar. Luego en forma
se debe enviar de oficio,
ó el contrato si se otorga
ó la renuncia firmada.
Celebro que él con tal sorna
se haya estado por allá;
solo con frases lacónicas
dijo entonces que vendria
en la ocasion perentoria,
y ayer volvió á repetirnos
en otra carta bien corta
que hoy llegaba aquí. La herencia,
para mí de tanta monta,
siendo huérfana y no rica

venia á pedir de boca,
mas la condicion que impone
de casar con la persona
del primo, á quien no conozco,
era para mí enfadosa.

PEPA. Tanto mas si es que tenia
otro dueño el alma, eh?

ANITA. Toma!
¿por que he de negarte yo...
que Teodoro...

PEPA. Sí, te adora,
pero desde que ha entendido
que esa herencia...

ANITA. Maliciosa!

PEPA. Adelante.

ANITA. Cuando supe
todas estas trapisondas,
yo le dije que queria
renunciar á toda costa
primero que dar á otro
mi mano.

PEPA. Tú? buena tonta
hubieras sido en hacerlo.

ANITA. Tambien él «no seas loca!»
me dijo, y me dió una idea
que voy á poner por obra.
«Ese don Luis, añadia,
»no te ha visto, luego ignora
»si eres linda ó si eres fea,
»si eres manca ó si eres coja.
»Acuérdate de tu tio
»don Juan Cuesta y su joroba.
»Para atrapar su peculio
»imítale; una espantosa
»colócate tú en la espalda
»cuando á hacer su esploratoria
»visita venga el don Luis:
»Te vé; se espanta, se amosca,
»vacila, renuncia y váse,
»y quedándote tú sola
»con el millon, nos casamos
y aquí paz y despues gloria.»

PEPA. Miren el tonto! no quiere
perder la ocasion dichosa
de ser por tí millonario.

Lo que es el amor!

ANITA. Znmbona!
Mas me quiere que yo á él,
estoy bien segura.

PEPA. Oiga!
Bien: ya sé porque razon
quieres alterar tus formas
poniéndote entre los hombros
este saco; falta ahora
saber para qué es el mio?

ANITA. Para que tú te le pongas
tambien: dice el testamento
en otra cláusula ó nota,
que el heredero dé en dote
media talega redonda
al hombre ó muger que elija,
soltero, si es que le abona
la cualidad de tener
joroba.

PEPA. Y va de jorobas!

ANITA. Como él era jorobado!

PEPA. Vaya una manda graciosa!
pero por media talega
con la mas alta picota
del Somosierra cargara
cualquier cristiano; la broma
es de bulto! pero en fin
aquí está... (*Dando la última puntada en una cinta.*)
Finis coronat...
se acabó. (*Corta el hilo.*)

ANITA. Vaya, á probarla:
fuera ese manton! Destoca
ese segundo pañuelo,
mete una mano, la otra,
ajajá! el pañuelo encima...
Pesa mucho?

PEPA. No!

ANITA. Coloca
el manton asi.

PEPA. Eh?...

ANITA. Magnífico!
anda, á ver... (*Pepa anda.*)
Bien! y si doblas
un poco el cuerpo... así, bravo!
tuyo será el dote!

PEPA. Ay! ojalá!
ANITA. Ya yo tambien me he ensayé
en la manera mas propia
de llevar la carga á cuestas.
Que venga el don Luis! ¿Qué hora
tenemos? Las dos!
PEPA. Las dos?
habrá que darle la toma
de medicina á la enferma.
ANITA. Pobre tia! Que achacosa
está ya!
PEPA. Bien hace falta
que tú celebres tu boda
cuanto antes . porque si no
veo que nos deja solas
el mejor dia! la pobre,
siempre en la cama!
ANITA. En su alcoba
estará la Dorotea
al cuidado?
PEPA. Sí.
ANITA. Voy... (*Suena la campanilla.*)
Hola!
Llaman! mira tú quien es
y avisa.
PEPA. Bueno. (*Váse por el foro, derecha.*)
ANITA. Y ahora
prevengámonos. Dios quiera
(*Coge su joroba que estaba en un mueble.*)
que voguemos viento en popa
y que todos nuestros planes
salgan como lo ambiciona
el cariño de Teodoro. (*Pepa vuelve.*)
Quién?
PEPA. Ya está la batahola!
Es un criado que á nombre
de don Luis de Cuesta y Loma
su señorito, pregunta
si vive aqui la señora
doña Ana Gil de la Cuesta.
ANITA. Su criado! aquí fué Troya!
recíbele mientras yo
cuido á la tia; y te informas
á qué viene: de camino
sonsácale á ver si logras

saber algo de su amo,
estás? (*Váse Anita por la izquierda.*)

PEPA. Ya!
Empieza la historia.
Adelante! (*A la puerta del foro.*)

ESCENA II.

PEPA, GIRALDILLA.

GIRALD. (*Saludando.*) Servidor!
Acabamos de llegar,
y venia á preguntar
de parte de mi señor
don Luis, si esta es la morada
de doña Ana... (Uf! qué he mirado?)
(*Se ven mútuamente las jibas.*)

PEPA. (Tambien él es jorobado!)

GIRALD. (Tambien ella es jorobada!)

PEPA. Pues, sí señor; esta es.
Y qué es lo que solicita?

GIRALD. La venia que necesita
para ponerse á sus piés.
Sobre asuntos de la herencia,
que hoy se deben de arreglar,
creo que tienen que hablar,
y la pide su licencia
para venir á una plática
sobre eso del codicilo,
donde al palaciego estilo
y en visita diplomática,
haciendo feria los dos
de sus mútuas cualidades,
vean si sus voluntades
son para en una ante Dios.

PEPA. Pues le debe usté decir
que mi señora le espera,
y que cuando guste y quiera
puede á esta casa venir.

GIRALD. Bien.

PEPA. Llegó bueno?

GIRALD. Flamante,
aunque un poco se resiente
de inquietud por pretendiente;

de duda, por ignorante
de como será acogida,
cuando el término se vea,
la pretension que le emplea.

PEPA. Lindo chiste por mi vida!
como puede temer nada
don Luis en esta ocasion?
Si agrada tiene el millon,
y le tiene si no agrada!
De modo que considero....

GIRALD. Mas si se trueca el papel
y no le agradan á él,
ó boda, ó pierde el dinero!
Y es un lance del demonio
que á culquiera le horripila;
un Caribdis y un Scila,
un millon y un matrimonio;
pendiente todo del hilo
de una primera impresion
que no tiene apelacion;
que milagro que esté en bilo?

PEPA. Teme de salir á plaza
en tal punto los reveses!
por qué se estuvo dos meses
con tal sorna y tal cachaza?

GIRALD. Porque dice mi señor
que en cosas de este jaez,
jugarlo todo á una vez
es mas breve, y es mejor:
viene—me gustas?—bodorrio:
no me gustas?—al avío!
el millon es tuyo, ó mio,
y que aproveche, y al orrio!
En eso es como don Juan
su tio, que el cielo haya!

PEPA. Le conoció usted?

GIRALD. Yo? Vaya!!
he comido de su pan:
le serví hasta que murió.

PEPA. Era segun me han contado,
muy rico, y tan jorobado!...

GIRALD. Como usted, y como yo.

PEPA. Como yo? (no me acordaba!)
y como usted, es verdad.

GIRALD. Yo tengo mi vanidad.

en ello!

PEPA. Y yo me olvidaba...

GIRALD. Nada crea usted que arguya.
Muchos hay que á boca llena
hablan de joroba agena
sin reparar en la suya;
aunque la tengan de arroba!

PEPA. Ofenderle no queria.

GIRALD. Ni tampoco él se ofendia
por hablar de su joroba.
Todos, decia, en rigor
tenemos de ella un pedazo,
sino es en el espinazo,
en otra parte peor.
Esta era su muletilla,
y añadia seguidito
mil cosas que el señorito
sabe bien de carretilla.
Era un hombre original,
jorobado, contrahecho,
pero de mucho provecho!

PEPA. Y su sobrino, que tal?

GIRALD. Ese? (*Con reticencia.*)
Ya le verá usté.

PEPA. Bueno; pero en la opinion
de usted?...

GIRALD. No sé!

PEPA. Socarron!

GIRALD. No se!

PEPA. De veras?

GIRALD. No se!
Desde que murió su tio
á su servicio me encuentro,
pero ni salgo, ni entro.

PEPA. De esta reserva me rio.

GIRALD. Reserva? Dentro de un rato...

PEPA. Pero, la curiosidad,
me intereso, es la verdad
porque á la Anita la trato...
la vi nacer!

GIRALD. No es ambigua
la pretension!

PEPA. Lo que pasa
sé ya bien.

GIRALD. Que es usté en casa?

PEPA. Soy... una doncella antigua.
GIRALD. Lo de antigua, ya se vé,
por lo que hace á lo demas...
soy como santo Tomas!
PEPA. Don Chepa!! (*Enojada.*)
GIRALD. Perdone usté!
Yo me llamo Giraldilla
diminuto de Giralda,
porque tengo aqui en la espalda
la Giralda de Sevilla.
Conque direle á don Luis
que puede venir al punto
para tratar de ese asunto.
PEPA. Si tal, don Chisgaravís.
GIRALD. Abur!
PEPA. Con el diablo vaya
el señor don jorobado!
GIRALD. Volveremos al contado,
á dios querida tocaya!

ESCENA III.

PEPA, *despues* ANITA.

PEPA. Mordaz es el Giraldilla!
pero creyéndome voy
que todo es jorobas hoy;
esto es una maravilla!
ANITA. Se fué ya? (*Sale por la izquierda.*)
PEPA. Si
ANITA. Y, á que vino?
PEPA. A traer por embajada
de su señor la llegada:
y á pedirte de camino
tu venia y consentimiento
de venir á conferencia.
ANITA. Le otorgaste la licencia?
PEPA. Estarán aquí al momento.
ANITA. No indagaste nada? dí?
PEPA. Buen marrullero era el nene!
mas tretas creo que tiene
que joroba!
ANITA. Como?

PEPA. Sí,
tú no le alcanzaste á ver!
pues tambien ese criado
que ha venido es jorobado.
ANITA. Calla! de veras, muger?
PEPA. Entre fingidas y reales,
sumando la del difunto,
se cuentan ya en este asunto
cuatro jorobas cabales.
ANITA. Nos vino bien para el caso
el tener la tuya puesta (*Llaman.*)
Llaman! ay! ponme tú esta
corriendo!
PEPA. No hay prisa! paso!
por el modo de llamar
sé quien es: y usted?...
ANITA. Lo ignoro.
PEPA. Es el señor don Teodoro!
ANITA. Sí? no le hagas esperar!
PEPA. Voy! (*Váse á abrir.*)
ANITA. Se habrá engañado?
(*Escuchando.*) El es!
me parece!... no!.. sí, sí,
ño hay duda ya viene aquí.

ESCENA IV.

ANITA, TEODORO, PEPA *que vuelve.*

TEOD. Amada Anita! á tus pies.
Qué tal?
ANITA. Bien, gracias; y tú?
TEOD. Bueno! y tu tia?
ANITA. Tal cual!
TEOD. Vino ese primo fatal,
con quien cargue Belcebú?
ANITA. Aun á casa no ha venido,
mas sabemos que ha llegado
ya á la córte; su criado
de anunciárnoslo ha salido
ahora; dentro de poco
aquí estarán.
TEOD. Triste lance!

Anita; temo un percance
si no es tonto ó si no es loco.
Preparaste otra eminencia
como esa de Pepa?

ANITA. Sí,
dispuesta la tengo ahí.

TEOD. Sopórtala con paciencia.
Que aun asi se me figura
que no ha de hacer al desgaire
á tu joroba un desaire
por respeto á tu hermosura.
Disfraza ese lindo busto
con cosas raras, vetustas,
que si aun así no le gustas
no ha de ser hombre de gusto.
Encierra el suave perfil
de tu cara celestial
en una cofia bestial
de aquellas del año mil.
De esos soles vida mia
la luz que en miradas pierdes,
eclipsen las gafas verdes
con que corcose tu tia.
Mas... aun afeando el bello
vaso de la humana tierra
temo que el alma que encierra
se revele á través de ello,
y el disfraz que la retiene
traspase pura y preciosa,
como una esencia olorosa
el vaso que la contiene.

PEPA. (Embaucador!)

ANITA. Lisongero!
con la jiba es ya bastante!

TEOD. Como fuera un simple amante
sí... mas mediando el dinero!
Mira que en esta ocasion
ha de ser joroba tal,
contrapeso de un caudal;
una jiba... de un millon!
enorme!

ANITA. La vas á ver! (*Va por ella.*)

TEOD. Es como esa?

PEPA. No señor,
es un poquito mayor.

TEOD. No te está mal!
PEPA. Puede ser!
ANITA. Mírala aquí (*Con la joroba.*)
TEOD. A ver, enseña. (*La toma.*)
ANITA. Nada la encuentras de estraño?
Qué te parece el tamaño?
(*Teodoro la mide á palmos.*)
TEOD. Se me figura pequeña!
ANITA. Es que así en la mano engaña!
TEOD. Oh! yo la quisiera tal
que fuera... un arco triunfal,
una torre! una montaña!
ANITA. Oh! pues si la vieras puesta?
TEOD. Pues póntela á ver!
ANITA. Teodoro!
TEOD. Cómo! qué temes? deploro
la duda que manifiesta
ese recelo!
ANITA. Es que yo
temo...
TEOD. Vaya! melindrosa!
parecer menos hermosa
á mis ojos? Ana, no,
por ella serás querida!
ANITA. Pero teme mi egoismo
que te has de asustar tú mismo.
TEOD. Sabiendo ya que es fingida!
Esa joroba en rigor
á don Luis y á mí nos es,
muralla de su interés,
y obelisco de mi amor.
ANITA. Si es tu gusto... Pepa... toma,
ayúdame.
(*Pepa la ayuda á ponerse la joroba.*)
La ves ya?
TEOD. Bien.
PEPA. Llamaron! Ahí está
don Luis de la Cuesta y Loma.
ANITA. Ay! vete á abrir Pepa mia! (*Váse Pepa.*)
TEOD. Quisiera hallarme al encuentro,
pero esperaré allá dentro
acompañando á tu tia:
salve tu ingenio á los dos
hoy de una calamidad.
ANITA. Ay!

TEOD. Ana, serenidad
y hasta luego. A Dios.
ANITA. A Dios.

ESCENA V.

ANA.

Vírgen santa, si con bien
de este jorobado afan
salgo al fin, y este galan
me hace el favor del desden,
en descargo de conciencia
de esta joroba endiablada,
con ella estaré cargada
todo un año en penitencia.

ESCENA VI.

ANITA, PEPA, *despues* LUIS.

PEPA. (*Entrando asustada.*)
Ahí está... pero verás!
Dios mio!
ANITA. Que?
PEPA. Pobrecilla!
Adelante!
(*Yendo al fondo. Luis sale por la antesala de costado: lo primero que de él se ve es una gran joroba. Hablando con el criado.*)
LUIS. Giraldilla!
Espérate ahí fuera; estas?
ANITA. Jesús, y que promontorio!
LUIS. (*Entrando en la sala y preguntando.*)
Doña Anita?...
ANITA. Servidora!
LUIS. A los piés de usté, señora!
(Animas del purgatorio!)
(*La ha visto la joroba.*)
ANITA. (Jorobado!)
LUIS. (Tambien ella!)

ANITA. (Cielo santo!)
LUIS. (Estoy que brinco!)
PEPA. (Y con esta ya van cinco!)
LUIS. (Cuan probada es mi estrella!)
Primita! dispense usté!
la sorpresa!
ANITA. Sí!
LUIS. El contento!
ANITA. Primo! tome usted asiento.
Pepa!... (*La indica que alargue un sillon.*)
(*Pepa lo hace.*)
LUIS. Gracias.
PEPA. (*Al marcharse.*) Mande usté.

ESCENA VII.

ANITA, LUIS, *mientras se sientan.*

LUIS. (Pues señor! buena la hicimos!
vaya una rara aventura!)
ANITA. (Inútil jorobadura!)
LUIS. (Nada! á joroba salimos,
adelante!) y como vá
de salud prima?
ANITA. Yo? bien.
Y usted!
LUIS. Yo? bueno tambien.
ANITA. Lo celebro.
LUIS. Y cómo está
de la suya quebrantada
la tia de usted, que yo
se que niña la acogió
huérfana y desamparada?
ANITA. En la cama! la vejez
la pone en graves aprietos.
LUIS. Ofrecerla mis respetos
quisiera.
ANITA. Al punto!
LUIS. A su vez.
Ahora cumple el recordar
la razon que me ha traido,
que el plazo será cumplido
pronto, y urge el terminar.

Lo que mi tio ordenó.
al morir ya sabe usté.

ANITA. Ciertamente qué lo sé.

LUIS. Y usted no le conoció?

ANITA. No señor!

LUIS. Para apreciar
de esa herencia la valía.
si usted no le conocia
se le voy á usté á pintar.
Erase nuestro buen tio
pequeñito, jorobado,
de talento despejado,
y no es por lo que era mio.
Por su misma imperfeccion
tratábale desde luego
su familia con despego:
y él, cuando tuvo ocasion
de poder solo volar,
aislado vivió en el mundo,
y con talento profundo
supo á la suerte domar.
Esta dama siempre esquiva
le otorgó tanto favor
que al fin pudo el buen señor
hacerse de oro la jiba.
Con la suya comparada,
que era una cosa maestra
cualquiera joroba nuestra...
las dos juntas, no son nada.
Y perdone usted si aquí
usé tal comparacion;
porque tambien la alusion
me cae á cuestas á mí.
Con jovial desembarazo
reia de haber unido,
con su Cuesta de apellido
la cuesta de su espinazo.
Sin ser misántropo y tétrico
como son en general
los de esta hechura fatal,
ni mirar lo geométrico,
trataba á cualquier buen mozo
sin envidia y con agrado,
pero viendo un jorobado...
se sonreia de gozo.

Toda jiba era en verdad,
lejos de irritar su hiel,
un título para él
de dulce fraternidad.
Los amigos y criados
que tenia en derredor,
de ese título en favor
eran todos jorobados.
Con ser en letras un topo
recitaba de galope
todas las obras de Pope
y las fábulas de Esopo.
En Victor Hugo adoraba...
porque en Quasimodo hacia
la sublime apología
de aquel ser que él envidiaba.
Retenia en la memoria
todos los nombres gloriosos
de jorobados famosos
que habia hallado en la historia,
y admiraba el busto ledo
de aquel de tan buena fama,
á quien hizo este epigrama
don Francisco de Quevedo.
—«Tanto de corcoba atrás
»y adelante Alarcon tienes,
»que decirte es por demás,
»de donde te corco-vienes
»ni á donde te corco-vas.»—
Era él Tio preguntón,
cuado hablaba ó escribia,
por la aficion que tenia
á toda interrogacion.
Y entre otras cosas que callo
por no ser prolijo en ello,
quiso comprarse un camello
para ir en él á caballo.
No creo aventurar nada
si digo que en su cabeza
la Venus de la belleza
debia ser jorobada;
que era de opinion formal,
que está en un error cruel
quien tiene al tumor aquel
por cosa anti-natural.

Protestando á Belcebú
que atestiguan lo contrario
el Búfalo, el Dromedario,
el Camello, y el Zebú.

ANITA. Lindo humor debió tener
segun de lo dicho infiero.

LUIS. No crea usté que exagero.

ANITA. Y, primo, vamos á ver,
¿es usted de su opinion
tambien en el mismo asunto?

LUIS. Yo? Caramba! en ese punto,
segun la giba en cuestion.
Si es una cosa prudente
no digo que no seria...
Mas no, si es como la mia
una joroba insolente.
Así es, Anita, que siento
por usted, bien sabe Dios
la cláusula que *inter nos*
se espresa en el testamento;
póstuma burla espresiva
del tio, que por reir
le manda á usted elegir
entre su herencia y mi jiba. (*Se levanta.*)
Váyala usted reparando,
y digame si en conciencia
entre mi jiba y su herencia
se puede estar vacilando.

ANITA. (Cielos!)

LUIS. Que fuera un buen mozo
usted se presumiria,
pero al verme caeria
todo su gozo en un pozo.
Siento, si, por Barrabás,
que esta escrescencia...

ANITA. Don Luis!
no es ningun grano de anís
la que tengo yo aquí atrás!
Tambien yo siento y deploro
la tremenda disyuntiva
en que usted está; ó mi jiba
ó renunciar á su oro.
Y para que esto concluya (*Se levanta.*)
váyala usted contemplando
tambien, si es que está dudando,

porque es mayor que la suya.

LUIS. Ca! no: la mia es mas vasta!

ANITA. Señor don Luis de la Cuesta,
mire usté esta!

LUIS. Y esta?

ANITA. Y esta?

LUIS. En fin, son iguales; basta.
(No hay mas tu tia!) Aceptado.
Que el que una joroba dá,
y otra recibe, ya está
con la joroba pagado.

ANITA. Y la acepta usted?

LUIS. Pues no?
Cómo condenar podré
sin egoismo en usté
defectos que tengo yo!
Y escrúpulos son agenos
de mi propósito aquí:
¿qué me ha de importar á mí
por joroba mas, ó menos?
Del tio pongo por obra
una máxima bien alta
—una joroba... no es falta!—

ANITA. Ciertamente! porque es sobra.

LUIS. Otras jorobas morales,
segun él mismo decia,
son peores prima mia,
que las jibas naturales.

ANITA. Eso en el hombre es verdad,
primo, pero en la muger.

LUIS. Lo mismo debe de ser,
completa es la paridad.

ANITA. Sí, pero no en la figura.

LUIS. Sea la muger honrada
y aunque sea jorobada;
lo que es eso no me apura.
Y pues que se trata aquí
de un millon, como usted guste;
no hay joroba que me asuste!
Usted dirá.

ANITA. Primo... á mí...
yo... lo quiero meditar.

LUIS. Hoy es el último dia!
ahora veamos la tia:
me quiere usted presentar?

ANITA. Iré á ver si está visible.
(Y á consultar con Teodoro.)
Con permiso! (Ay oro oro!)
LUIS. Usted le tiene. *Ana se vá por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

LUIS.

Es posible?
Señor! ó á veces teembobas
ó por dar conmigo al traste
sobre esta familia echaste
esa plaga de jorobas.
Corcobosa parentela,
que fué en su orígen recelo
ilustre tatarabuelo
el señor Polichinela!
Giraldilla!!

ESCENA IX.

LUIS.—GIRALDILLA.

GIRALD. (*Fuera.*) Señor!
LUIS. Ven.
Otra! y que parecen dos
chepas! perdóneme Dios!
malditas seais!...
GIRALD. (*Entrando.*) Amen.
Qué es ello?
LUIS. Qué? Giraldilla?
nada! estoy desesperado!
No sabes que me he encontrado
que mi prima es jorobilla
tambien!
GIRALD. Jesucristo! Calla!
con que jorobada ella,
jorobada la doncella,
y... ¡esto ha sido una batalla
de jorobas!

LUIS. En la mia
fundaba la pretension
de cargar con el millon
sin muger, y ¿quién diria
que me estaba aquí esperando
esa prima, esa muchacha
con otra joroba en facha
igual pretension fundando
sin duda.
GIRALD. Y bien! que recelo!
de la herencia usté abjuró
por una jiba?
LUIS. Eso no!
Mas que la llegara al cielo!
GIRALD. Así me gusta, amo mio!
LUIS. Acepto y me casaré;
no pienses tú que olvidé
las máximas de mi tio:
siento solo que fundando,
en *esta base* un proyecto
no haya surtido el efecto
que yo me estaba esperando.
Por eso esperé á llegar
en la crítica ocasion,
y ahora si quiero el millon
con la chepa hay que cargar.
Y la muchacha es bonita,
y no es tonta!
GIRALD. Hola!
LUIS. Giralda,
pero tiene aquí en la espalda
una eminencia maldita.
GIRALD. Recuerde usté aquel fecundo
principio de mi señor,
no es la jiba la mayor
joroba que hay en el mundo.
Ha fallado el pensamiento
que usté tenia? paciencia,
que bien vale tal herencia
de una chepa el sufrimiento.
Si la joroba es á escote
nada, al millon, al millon!
LUIS. Sí, acepté ya, machacon!
GIRALD. Cuento entonces con el dote.
LUIS. Cierto que puedes contar.

GIRALD. Con que aceptó ese cogin
ella?
LUIS. Aceptará por fin,
mas lo quiere meditar.
GIRALD. Firme entonces el mojon
de la espalda! no hay remedio,
y si se decide... el medio,
y si no acepta... el monton.
LUIS. Me alegrara á fé de Luis
sin tomar la jorobeta,
que con la herencia completa
tornáramos al pais,
y rico con el millon
hacer, á mi gusto llano,
feliz con él y mi mano
á mujer de mi eleccion.
Una... como por ejemplo
mi prima pudiera ser,
Giraldilla, á no tener
una jiba como un templo.
GIRALD. Para eso ya habrá lugar.

ESCENA X.

LUIS, GIRALDILLA, PEPA.

PEPA. Señor don Luis!
LUIS. Hola! qué?
PEPA. Mi señora dice á usté
que puede adentro pasar.
LUIS. Vamos. (*Se dirige por donde se fué Anita.*)
PEPA. (*Indica el foro.*) Por aquí es mejor,
se ataja por el pasillo.
LUIS. Giraldilla ó jorobillo
espera allá. (*Váse por el foro izquierda.*)
GIRALD. Sí señor.
(*Pepa y Giraldilla quedan junto á la puerta.*)
PEPA. Pase él!
GIRALD. No: pase ella,
y asi la pasara un rayo! (*Pasa Pepa.*)
PEPA. A Dios jorobi-lacayo.

GIRALD. A Dios jorobi-don cella.
(Vanse: Pepa por la izquierda: Giraldilla por la derecha: tan luego como desaparecen entran por la puerta izquierda Anita y Teodoro.)

ESCENA XI.

ANITA, TEODORO.

TEOD. Con un empeño que ignoro
me hiciste señas allí
de que te siguiera aqui:
qué hay Ana mia?
ANITA. Ay Teodoro!
Nuestro plan ha fracasado!
inútil fué la ficcion,
para atrapar el millon!
TEOD. Pero que es lo que ha pasado?
ANITA. Que el primo que en este dia
tanta ventura nos roba,
tiene una enorme joroba!
tan grande como la mia!
TEOD. Oiga! y bien? se me figura
que bien la puede tener,
y con todo no querer
que la tenga su futura.
ANITA. Es que en lógica fatal
de decir acaba aquí,
que no ha de tachar en mí
un defecto al suyo igual.
Y que aceptando la mia
porque en todo satisfaga
con su joroba me paga.
TEOD. Eso es lo que yo temia!
Pues señor, estamos buenos:
con que acepta?
ANITA. Ha dicho yá
que lo mismo se le dá
por joroba mas ó menos;
pero la mia es finjida
y aun se lleva esta ventaja.
TEOD. (Esto mis planes ataja!
malo, muy malo!) por vida!...

Ay Ana! á Dios el millon!
si por la jiba atropella
ya ves! qué haria sin ella?
Veo que no hay remision.

ANITA. Y en fin! qué debo de hacer?
Mientras él habla á mi tia
consultarte aqui queria

TEOD. Pche! (*Rascándose la oreja.*)

ANITA. Cual es tu parecer?

TEOD. El mio? (Que el campo dejo
si no hay millon.) Como amigo...
oye bien lo que te digo,
Ana, y sigue mi consejo.
Acepta.

ANITA. Teodoro!

TEOD. Sí!

ANITA. Me haces un triste favor;
bien sabes que por tu amor
cediera yo el potosí.
¿Es el tuyo el que te inclina
á verme feliz al lado
de un ricote jorobado?

TEOD. (Oh presuncion femenina!)

ANITA. Te quieres sacrificar
por verme dichosa? no:
no consentiria yo,
estoy firme en renunciar.

TEOD. Mal hecho! y ya que es forzoso
que hago, juro á mi salud
de necesidad virtud
en mi consejo amistoso.
Ya veo que esto te inquieta,
mas en el tiempo en que estamos
¿qué haremos si nos casamos
los dos sin una peseta?
A ese amor que asi te arroba
prefiriera en conclusion
que tuvieras el millon...
aunque tuvieras joroba!

ANITA. Cómo!

TEOD. Acepta tú en un tris
Ana y sufre de buen grado,
por el millon del legado
la joroba del don Luis.
Si no lo haces con presteza

te tendré por una boba,
que aunque es mala una joroba
mas joroba la pobreza.

ANITA. Pérfido! infame! traidor!
Usté la culpa no tiene....

ESCENA XII.

TEODORO, ANITA, PEPA.

PEPA. Que viene el otro! que viene,

ANITA. Deja que venga! mejor.

PEPA. Qué ha pasado? Señorito!

ANITA. Bien sospechó tu malicia!
no era amor, era codicia
lo de este caballerito.

PEPA. Toma!

ANITA. Y yo necia, yo boba,
de instrumento á su ambicion
servia con mi ficcion?
Quítame tú esta joroba.

PEPA. Si viene casi á mi huella
el otro! qué vas á hacer?

ANITA. Lo mismo he de responder
con joroba que sin ella.
Por usté me puse atras
este risible adminículo,
no quiero estar en ridículo
un solo momento mas.

TEOD. Bien hecho.

ANITA. Y no perderia
si su consejo siguiera,
por jorobado que fuera,
siempre mi primo valdria
mas que usted.

TEOD. Así lo creo;
ver celebrada esa union,
y que usted tenga el millon
es lo que yo la deseo.
A confesar se me obliga
que deseaba y doy fé,
que fuera mio y de usté
pero... están verdes amiga!
(*Luis aparece al umbral.*)

ESCENA XIII.

ANITA, LUIS, TEODORO, PEPA.

ANITA. Perjuro! falso!
PEPA. (Truan!)
LUIS. (Hola!)
ANITA. Salga usté de aquí.
TEOD. Voime y para siempre, sí.
LUIS. (Quién es este perillan?)
(Asómase del todo y ve á Anita.)
(Cielos! que transformacion!...)
TEOD. De mi conducta responda,
este siglo trapisonda
y abur!
LUIS. (Conque era ficcion
la jiba... y este...)
ANITA. *(A Pepa.)* Oh, que engaños!
LUIS. *(Entra.)* Señores! que broma es esta?
TEOD. Nada! Don Luis de la Cuesta,
que usté la goce mil años.
(Saluda, y se vá por el foro derecha.)

ESCENA XIV.

ANITA, LUIS, PEPA.

LUIS. Vaya usté con Dios amigo!
(A Anita despues.)
Por una casualidad
yo, contra mi voluntad,
he llegado á ser testigo
de esta lamentable trova
por lo visto poco grata,
y como el diablo la pata
voy á meter mi joroba.
Prima! ya veo el engaño,
y hasta me da en la nariz
de esa ficcion infeliz
el motivo, que no estraño.
Me ponia usté delante

la joroba que he vencido,
y tenia usté escondido,
tras la joraba un amante?
Y él, que ha visto que iba mal,
gracias á mi renitencia,
el asunto de la herencia
se llama á engaño, eh?

ANITA. Cabál.

LUIS. Mas si en la farsa traia
tanta parte ese señor,
esta joroba es peor
que la otra que usté tenia.

ANITA. Primo, es inútil querella
y escuse el comentar,
lo mismo he de renunciar
con joroba que sin ella.
Ese amante ha sido infiel,
mas nada debe á mi honor:
váyanse al diablo su amor,
la jiba, el millon, y él.

LUIS. Luego usté renuncia ya?

ANITA. Firmaré cuando usté quiera.

PEPA. (Ya del dote no hay espera.)

LUIS. (Canario! y que linda está
sin la joroba!) El millon,
si á la condicion no asiente,
pierde usted.

ANITA. Es consiguiente,
Nó ignoro la condicion.
Usté es de la herencia el dueño.

LUIS. (Cáspita! cuerpo mas lindo!...)
De la herencia no prescindo,
mas repare usté su empeño
sin herencia, sin amante,
sin mas apoyo mañana
que esa decrépita anciana!...

ANITA. La providencia es bastante!

LUIS. Será que á tan ruin amor
haga usted tamaña ofrenda!

ANITA. Don Luis, aunque usted se ofenda
no es amor ya; no señor.

LUIS. Ah! ya caigo: es mi joroba,
no es es eso!

ANITA. Pudiera ser.

LUIS. Hace usté mal á mi ver.

PEPA. (Anita... no seas boba!...)
LUIS. Por un millon, cara prima
hoy en nuestra sociedad,
acepta cualquier deidad,
no esta, el Guadarrama encima.
ANITA. Yo no.
LUIS. Y si no la tuviera.
ANITA. Hombre por hombre á fé mia,
primo, á usted preferiria
antes que á otro cualqüiera.
LUIS. Entonces... Abracadabra!
voy con este encantamento
á ver si obro aquí un portento,
la cojo á usted la palabra.
Giraldilla! ven aca.
ANITA. (Qué va á hacer este hombre aquí?)

ESCENA ÚLTIMA.

ANITA, LUIS, PEPA, GIRALDILLA.

GIRALD. Manda usted!
LUIS. (*Mándalo sacarle el gaban.*) Tira de ahí.
GIRALD. Como?...
LUIS. Tira!!
GIRALD. Bien está.
LUIS. Despójame de este tren,
vaya la jiba con Dios!
fingidas eran las dos.
PEPA. Cielos!
ANITA. La suya tambien!
LUIS. Si: mas mi deseo era
hacer sin capricho ageno
feliz con dote tan bueno
la muger que yo eligiera
Elijo á usted!... si no esquiva
la oferta que le hago franca
de esta mano, aunque no es blanca,
y del millon sin la jiba.
ANITA. Prima... (*Con vacilacion.*)
PEPA. Y puedes vacilar?
LUIS. Diremos al escribano... (*Con sentimiento.*)
ANITA. Nada... que acepto esa mano

y que me quiero casar:
LUIS. Ah!!!
ANITA. Pero tan sin amor!...
LUIS. Pues eso lo bueno es,
el amor vondrá despues
y se aprovecha mejor.
Alto: de esto no se trata
ya mas; pasemos al dote;
Giralda! tuyo es el lote!
ANITA. Propongo otra candidata!
GIRALD. Denme su permiso aquí.
Una joroba es pedida;
(*Se acerca á Pepa y la palpa la suya.*)
esta no vale, es fingida,
venga el lote para mi.
PEPA. A ver la suya! (*Idem.*)
GIRALD. Es cabal.
PEPA. Ay que duro es el chichon!
GIRALD. Como que no es de algodon
sino jiba natural:
que antes de entrar á ejercicio
mi señor á quien venero
reconocia primero
las jibas de su servicio.
ANITA. Luis!
LUIS. Ana,
ANITA. Vaya por Dios!
LUIS. Aun puede haber avenencia:
hagamos lo que en la herencia,
partid: casaos los dos.
ANITA. Que dices, Pepa; has oido?
PEPA. Por no dejar desairado...
aunque sea jorobado
al fin y al cabo, es marido.
LUIS. Y tú?
GIRALD. Miren la doncella!
como al hablarla de boda
ya se relamia toda;
yo no me caso con ella!
LUIS. Giralda! deja que arguya
que es gratuito el donativo;
que habrán de hallarse concibo
mas jorobas que la tuya.
GIRALD. Me basta: acoto este buho
y mi joroba la endoso

ya que casarse es forzoso.
Por Dios que haremos buen duo!

PEPA. Vaya!

ANITA. (*A Luis.*) Y dime francamente,
de mi joroba á pesar
te ibas conmigo á casar?

LUIS. Sí.

ANITA. De veras?

LUIS. Ciertamente.
Lo dudas?

ANITA. No, mas me rio
de ver que opinas en eso
como el tio...

LUIS. Lo confieso:
Lo mismo que nuestro tio,
si: que importa una inflexion
en la columna espinal
cuando se tiene cabal
la conciencia y la razon?
El dijo, y yo estoy conforme,
que si la cuenta se salda
no es siempre la de la espalda
la joroba mas deforme.

Cualquier que sea la cuna
no poder alzar la frente
y decir ante la gente:
—aquí no hay mancha ninguna!—
ó tener que tragar bilis
cuando al honor el busilis
la maledicencia roba...
esa sí que es gran joroba.

Presumir de alto talento
siendo un necio presumido,
y echárselas de entendido
siendo un bárbaro, un jumento:
y andar por la sociedad
luciendo su necedad,
con disparates de arroba...
esa sí que es gran joroba.

(1) *Ser hombre manso y completo,*
y casado en comandita
con una muger bonita
haciendo vida en terceto;
y tener en el frontal
ciertos órganos que Gal
diz que son fruta de alcoba...
esa sí que es gran joroba.

Ser un buen mozo sencillo
y estar con desembarazo
tan escueto de espinazo
como enjuto de bolsillo:
y andar con mala camisa
oliendo donde se guisa
con mas hambre que una loba...
esa sí que es gran joroba.

Y en cuanto á esta me fundo
para añadir que en rigor,
el ser pobre es la mayor
joroba que hay en el mundo.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Sesion del 21 de Diciembre de 1849.

Aprobada y devuélvase.

Baltasar Anduaga
y Espinosa.

(1) Suprímase en la representacion esta estrofa por no estar autorizada por la Censura.

EN UN ACTO.

Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabelló!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta!
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agna.
La venganza de Alifnoso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin María Casaus.
Aranda . . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar.	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Córdoba . . .	Joaquin Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Francisco Borja.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio García.
Paris.	Lassaley Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Hue bra.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	José Aguirre.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernande .
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio María Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.

9

LOS DOS AMIGOS Y EL DOTE,

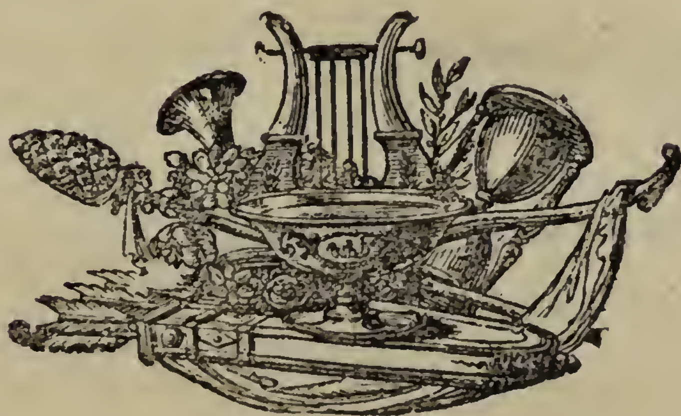
JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. MARIANO ZACARÍAS CAZURRO,

REPRESENTADO EN EL TEATRO DE LA CRUZ DE MADRID.

CUARTA EDICION.



N.º 43.

SALAMANCA.—1870.
IMPRÈNTA Á C. DE ANTONIO DE ANGULO,
calle de la Rua, núm. 57.

AL

SEÑOR DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

EN TESTIMONIO DE VENERACION Y RESPETO

SU ADMIRADOR Y AMIGO,

Mariano Zacarías Cazurro.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CONCEPCION, *viuda*.	D.ª JOAQUINA BAUS.
CONCHITA, *su hija*.	D.ª JOAQUINA SAMANIEGO.
JUANITO CARRANZA. . . .	D. MANUEL CATALINA.
PERIQUITO PONCE.	D. MANUEL OSORIO.

La escena en Madrid: en casa de doña Concepcion.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala de la época actual adornada con lujo y buen gusto.—Dos puertas: una en el fondo, grande y que corresponde á una antesala: la otra à la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

PONCE.—CARRANZA.—Este aparece sentado. Ponce llega por el foro y dirige hácia fuera sus primeras palabras. Los dos visten con esmero.

PONCE. Nada! que no se molesten,
que es Ponce, y que yo no guardo
etiquetas; sobre todo,
que no hay prisa.
(*Bajando.*)
Y entre tanto
reflexionará un poquito
lo que puede hacerme al caso.
(*Viendo á Carranza.*)
Pero, Carranza!

CARRAN. Adios, Ponce!

PONCE. Tan de mañana! es estraño.

CARRAN. Las once apenas, y bien?

PONCE. Nada, gracias á que te hallo.

CARRAN. Que me hallas! Eso es decir...

PONCE. Que fuí á tu casa hace rato;
no estabas, partí en tu busca,
y de Zeca en Meca andando,
cuando ceso en mis pesquisas
de hallarte desesperado,
te me encuentro... oh Providencia!
aquí! es decir, en el campo
mismo donde tus auxilios
me han de ser muy necesarios.

CARRAN. Aquí?
PONCE. Aquí mismo, Carranza;
aquí, y hoy mismo he pensado
acometer una empresa
que importa mucho.
CARRAN. Sí?
PONCE. Tanto,
que para emprenderla tengo,
segun consta por mis datos,
medio millon de motivos,
que son para bien y daño
veinticinco mil razones
y quinientos mil obstáculos.
CARRAN. Lléveme el diablo si entiendo,
Ponce, lo que estás hablando!
Para qué me necesitas?
PONCE. Si es que tenemos espacio,
lo diré.
CARRAN. Pues no ha de haberle,
si tanto hemos madrugado
que doña Concha y su niña
se estaràn ataviando
para hacernos el cumplido.
PONCE. Pues vé oyendo.
CARRAN. Cuenta y vamos.
PONCE. Pero escucha con paciencia
que para asuntos tan àrduos
preciso es tomar las cosas
de algo atrás.
CARRAN. Puedes tomarlo
tan de atrás como quisieres.
PONCE. Pues empiezo por el cabo.
Jóven soy; estoy soltero,
y aburrido ya de estarlo,
porque es una vida perra
para el que es un hongo humano.
Desde que tuve bigotes,
de matrimonio en conatos
anduve cual mariposa
de dote en dote volando.
Porque has de saber, Carranza,
que aunque el matrimonio aclame
no tengo apego maldito
al que llaman dulce lazo,
como no haya dulce dote
que me ayude á tolerarlo.
Atrapar alguno bueno...
ese es mi sueño dorado;

pero... qué de calabazas
tengo cogidas à cargo!

CARRAN. Sí?

PONCE. Sí, chico! en las postreras
juré no tentar el vado
hasta no estar bien seguro
de poder salir à salvo.
Hoy por fin me he decidido:
tengo ya uno acechado,
y quiero, Carranza, ver
si le atrapo ó no le atrapo.

CARRAN. Es decir, quieres casarte.

PONCE. Sí; voy á ver si me caso
con... veinte y cinco mil duros.

CARRAN. Buen pensamiento: le aplaudo.
Pero dime, quién es ella?

PONCE. Cómo! no has adivinado?
Recuerda, Carranza amigo,
el sitio en que nos hallamos.

CARRAN. La casa de una señora,
nuestra amiga, entrada en años,
viuda, que se llama Concha.

PONCE. Y tiene mas que un galàpago;
pero tiene una Conchita
hija suya, tierno vástago
mas florida que un pimpollo
de almendro en el mes de marzo.
Niña que entre muchos dotes
que haràn de un hombre el encanto,
tiene el dote masculino
que me trae desvelado;
porque yo, en oyendo *dote,*
me enamoro como un bárbaro.

CARRAN. (*Con ironía.*)
Con que Conchita, eh? Conchita?
Ponce, sériamente hablando,
es posible, dí, es posible
que en casarte hayas pensado?
Perder tan pronto la dulce
libertad del celibato?

PONCE. Déjame de libertades,
chico, quiero ser esclavo
de esa niña: me presenta
tantos atractivos!

CARRAN. Tantos?

PONCE. Veinte y cinco mil de á duro
por lo ménos, descontando
los personales, que son

mucho, aunque no son metàlico.
CARRAN. Piénsalo bien, Pedro Ponce.
PONCE. Juan Carranza, está pensado.
CARRAN. Pues bien, de mí qué exigias
en tal asunto, insensato?
PONCE. Lo que iba á exigir y exijo
lo que te ordeno y te mando
es, que puesto que la madre
te tiene por un oràculo,
hoy que he venido á pedirla
del angelito la mano,
me recomiendes y apoyes,
me des tu auxilio y tu amparo;
en fin, chico, que me ayudes
á dar al dote el asalto.
CARRAN. Yo?
PONCE. Tú, sí; ya de la niña
tengo decidido el ánimo.
CARRAN. Hola!!
PONCE. Pero sabes que ella
es de cera á los mandatos
de la mamá, y si no logro
hacerla entrar por el aro,
volaverunt. Con que dile
que yo soy un buen muchacho,
que merezco cualquier cosa:
y si cual te lo demando
lo hiceres, Dios te bendiga:
y sino... llévete el diablo.
(*Carranza se le queda aun escuchando con socarronería.*)
Conque, dime, que contestas?
CARRAN. Yo? nada. Estaba pensando
que eres un pobre inocente.
PÓNCE. Yo! Por qué?
CARRAN. Para probártelo,
voy á contarte un cuento
como el que tú me has contado.
Tambien soy jóven, mas viudo;
pero antes de ser casado,
en punto de matrimonios
era à tu opinion contrario.
Creia que à esa coyunda
amor el nudo apretando,
aunque siempre el yugo pesa,
sería menos pesado.
Me casé con una pobre
que amé; pasé mil trabajos,

y á más, como la pobreza
es fecunda en alto grado,
tuve por *inri* de gracias,
tres chiquillos en dos años..

PONCE. Uf tres!

CARRAN. Siguiendo mi cuento...

PONCE. Pero... aguardate.

CARRAN. Me aguardo.

PONCE. Tres por nueve... veinte y siete;
(*Echando la cuenta.*)
dos por doce... veinticuatro.
Chico, no sale la cuenta!

CARRAN. Sale; hubo fruto doblado.

PONCE. Entonces es otra cosa;
la fecundidad alabo
de tu mujer... y la tuya,
pues si tu no... en fin, al caso.

CARRAN. El caso es que en corto tiempo
se me murieron los cuatro.

PONCE. Cómo! otro mas?

CARRAN. No, los tres
y la madre.

PONCE. Ah!

CARRAN. Su descanso
háyales dado el Eterno.

PONCE. Amén.

CARRAN. Quedé solitorio;
soltero como quien dice,
otra vez.

PONCE. En eso estàbamos.

CARRAN. Mas como aquel que se casa
contrae tan malos hábitos...

PONCE. Peligrosos! se acostumbran
al *ay ay ay que regalo*!
como dicen las cotorras
y...

CARRAN. Pues como yo he gozado
de las dulzuras diarias...

PONCE. Y nocturnas!

CARRAN. Que ese lazo
proporciona en recompensa
de lo que con él pasamos,
pecador reincidente
en la tentacion recaigo.
Pero ya de bagatelas
del amor desengañado,
creo en punto à matrimonios
que un buen dote es lo mas sano.

Tambien como tu digiste
tengo ya uno acechado,
y como tú voy à ver
si le atrapo ó no le atrapo.

PONCE. Quieres volver à casarte?

CARRAN. Sí, voy á ver si me caso
con la misma cantidad
que tú hace poco has nombrado.

PONCE. Excelente pensamiento!
Chico; tambien yo le aplaudo.
Y dime, quién es la tuya?

CATRAN. Cómo! no has adivinado?
Recuerda bien, Ponce amigo,
el sitio en que nos hallamos.

PONCE. Tú tambien!

CARRAN. Pues qué, creias
que el dote que has celebrado
de esa niña cuyos dotes
has encarecido tanto,
no habia de hacer en mi alma
como en la tuya un estrago?
Qué, veinticinco mil
no pesan? son algun grano
de anís? y con quince abriles?
ó te figuraste acaso
que aunque de barro mi cuerpo
tengo yo el alma de cántaro?
á tantos mil atractivos...
de à duro... quién fuera mármol?
crees que soy insensible?
Ponce, que mal me has juzgado!

PONCE. Ya lo veo! Ya lo veo?
Pero chico, ese es un plàgio;
eso es robarme una idea
cuya propiedad reclamo.

CARRAN. Aquí no hay plágio que valga
el pensamiento es de entrambos.
Y á quien no se le ocurriera,
si se hallara en nuestro caso?

PONCE. Es verdad; medio millon
puede hacer muchos milagros,
y si ha podido tentarme
á mí, á un mísero empleado
del gobierno, que cual todos
estoy viviendo de atrasos,
bien pudo hacerlo contigo
que eres un pobre abogado
sin pleitos: tienes razon;

pero, seriamente hablando,
es posible que en casarte
otra vez hayas pensado,
despues que una vez perdida
de nuevo estabas gozando
la libertad de soltero?
Eso sí que no lo aplaudo.
Piénsalo bien, Juan Carranza,

CARRAN. Pedro Ponce, está pensado;
y así à lo que me pedias,
Dios nos dé que dar hermano,
que la caridad empieza
por uno mismo. Digo algo?

PONCE. Tanto has dicho, que pluguiera
que nunca hubieras hablado.
En fin, qué hacemos?

CARRAN. Qué hacemos?
Yo como tú he madrugado
à pedir á la mamá
de la Conchita la mano.

PONCE. Pues, y yo! que ya traia
hasta el exordio estudiado!

CARRAN. Claro está que el uno al otro
presto habemos de estorbarnos.

PONCE. Pero, hombre, vamos á cuentas.
La niña te ha autorizado
tácita ó expresamente?

CARRAN. Yo, ni me lo he procurado.
No me digiste hace poco
que es de cera á los mandatos
de la mamà, y que me tiene
esta á mí por un oráculo?
No reconoces mi influjo?
No le viniste implorando?
Eh! desengàñate, chico,
hay un refran castellano
que dice... por la peana
se debe adorar al santo.

PONCE. Pero si me ama la niña...

CARRAN. Con el amor de quince años,
que es del primero que llega;
y que... en fin, á qué cansarnos?
á la vez, como en la fuente,
yo he venido antes, y es claro
que debes dejarme el puesto.

PONCE. Yo dejarle! no me marcho,
aunque alegues para ello
todo el derecho romano.

CARRAN. Pues yo tampoco.
(Se sienta.)

PONCE. Corriente,
y pues eres mi contrario
tú en el favor de la madre,
yo en la niña confiado,
emprenderemos la lucha
cada cual con su auxiliario.
Guerra á muerte!

CARRAN. Guerra à muerte!

PONCE. Pero mejor que amoscarnos
no nos tendria mas cuenta
avenirnos y arreglarnos
en paz cual buenos amigos?

CARRAN. Tambien á la paz me allano;
Propon condiciones.

PONCE. Mira.
(Carranza se levanta,)
Tú te vas, y yo entre tanto
espero aquí la mamá,
y en cuanto que salga entablo
la peticion, me contesta
que *sí* ó que *no*; pero salgo
al momento, te lo juro,
y ya quedas sin obstáculos.
Eh?

CARRAN. No, mira; mejor es
que tú te salgas un rato,
y yo tambien te prometo
procurar de no ser largo.
Eh?

PONCE. No, sal tú; qué te cuesta?

CARRAN. Eh! no: sal tú; qué obstinado!

PONCE. No, tú.

CARRAN. Tú.

PONCE. Tú.

CARRAN. Tururú!!!
(Vuelve á sentarse.)
Chico, así nunca acabamos.

PONCE. Oye, otra idea me ocurre!
á pares ó nones.

CARRAN. Bravo!

PONCE. Quien pierde se vá, y el otro
se queda á dar el asalto.

CARRAN. Saca una pieza si tienes
alguna de cinco francos,
para que dé con su brillo
mas solemnidad al acto.

PONCE. Aquí he de tener.
CARRAN. Pues ea!
que dé el número del año
el turno de tentativa
para alcanzar una mano
que reporta en matrimonio
tan crecido numerario.
Tira.
PONCE. (*Con la moneda en la mano.*)
Pide!
(*En este momento aparece doña Concha en la puerta de la izquierda.*)
CONCHA. Caballeros!
por mi casa tan temprano.

ESCENA II.

DOÑA CONCHA.—PONCE.—CARRANZA.—Doña Concha baja al proscenio. Ponce y Carranza despues de manifestar su sorpresa la saludan y continúan el juego escénico segun indica el diàlogo.

CARRAN. (Huy!!!) Servidores, señora.
PONCE. A los piés de usted! qué tal?
CONCHA. Muy bien; y ustedes?
CARRAN. No mal.
PONCE. (Chico, y qué hacemos ahora?
CARRAN. (*A doña Concha.*)
Y la niña?
CONCHA. Bien.
CARRAN. Yo siento...
á esta hora...
(*A Ponce.*)
(sin que lo vea,
sigue.)
CONCHA. Sea lo que sea,
tomen ustedes asiento.
PONCE. (*Al acercarse para tomar los asientos.*)
Usted debe dispensar...
(Aprovecha la ocasion.)
CARRAN. (Tira!)
PONCE. (Pide!!)
CONCHA. Ustedes son
(*Ponce y Carranza se vuelven.*)
los que deben perdonar.
CARRAN. Por qué?
CONCHA. Porque habràn tenido

que esperar. (*Se sientan todos.*)

PONCE. Eh! no por Dios!
como estábamos los dos,
nos hemos entretenido
charlando.

CONCHA. Mas vale asi;
de qué?

PONCE. De una friolera;
te acuerdas tu de lo que era?

CARRAN. Yo no caigo.

CONCHA. Yo creí
que era caso estraordinario
por dos palabras que he oido.

PONCE. Eh! dos? y cuàles han sido?

CONCHA. Matrimonio y numerario.

PONCE. (Diantre) y no recuerda usté
à lo que aludian?

CONCHA. No;
ni oí mas.

PONCE. (*A Carranza presentándole la mano de la que no debe haber soltado la moneda.*)
(Ah! Pide!)

CARRAN. (Yo?
pares!!)
(*Ponce abre la mano que deberá tener á su espalda; Carranza, la examina con disimulo protegido por Ponce, que deberá estar entre él y doña Concha; despues de ver la moneda.*)
pares son, gané!)

PONCE. (*A Carranza algo alto.*)
Yo veré...

CONCHA. Qué?

PONCE. Si en la mente
recuerdo su referencia.
(*Ponce se lleva la mano á la frente en ademan pensativo, y entre tanto examina con disimulo la moneda.*)
(*A Carranza.*)
(Pares son, pero paciencia.)

CARRAN. (No te vas?)
(*Ponce hace seña de que no.*)
(Cómo?)
(*Idem.*)

PONCE. (Corriente!)
Ya caigo: este defendia
que un consorcio sin dinero
es cosa de mal agüero
entre las gentes del dia.

CARRAN. Yo no defendia tal:
antes fuí del parecer
de que eso no puede hacer
la ventura conyugal.

PONCE. Perdona si me equivoco;
pero tenía entendido
que tú habias defendido...

CARRAN. No, tú. (Vete!)

PONCE. No, tampoco.

CARRAN. Yo he defendido, es verdad,
que el dinero afanes calma;
mas que el amor es del alma
la sola felicidad.
No es malo el dinero... pero
me parece que es mejor
dinero para el amor
que no amor por el dinero.
Pues qué, el matrimonio es chanza?
puede el dinero acabar
y entonces, qué ha de quedar?

CONCHA. Tiene usted razon, Carranza.

CARRAN. Soy viudo y sé la razon
que tengo.

PONCE. Pues ya se ve!
y por lo visto es usted
de nuestra misma opinion?

CONCHA. Si es un hecho muy probado
y aunque està muy poco en boga;
y ha sido mentar la soga
en la casa del ahorcado.

CARRAN. Por qué?

CONCHA. Yo he sido casada,
y al casarme ya sabia
que mi esposo no tenia
nada.

PONCE. No tenia nada!
(Pues como tiene la hija
medio millon!)

CARRAN. (*Asaltado de una idea.*)
(Ah! qué luz!)

CONCHA. Así es que llevé una cruz
pesada aunque no prolija.
Creíle amante sincero,
y me casé y conocí
que me amaba un poco á mí,
pero un mucho á mi dinero.

PONCE. (Ah! vamos!)

CONCHA. Goce la gloria!

Conservó mi capital,
y no me trató tan mal
que no aprecie su memoria;
al fin fué de mi hija el padre.

PONCE. (Respiro!) Santo varon!

CARRAN. (*Distraido y preocupado con esta idea hablando consigo.*)
(Luego es el medio millon
legítima de su madre!)

CONCHA. Pero yo no puedo ver
á un ambicioso villano
que calcule de antemano
el dote de su mujer.
Si el amor es el que aboga
no se para á calcular.

PONCE. (Esto es al que van à horcar
enseñarle antes la soga.)
(*A Carranza que sigue distraido.*)
(Oyes?)

CARRAN. (Eh! sí.)
(*Vuelve á su distraccion.*)

CONCHA. Una pasion
que mida con tal tibieza,
por hija de la cabeza
le repugna al corazon.
No piensa así el señor Ponce?

PONCE. Pues no! fuera menester
para no hacerlo, tener
el que usté ha dicho de bronce.
Y que luego en conclusion,
la paz, la tranquilidad,
la... pues, la... felicidad
en el matrimonio son
solo del amor mercedes.

CARRAN. (*Hablando consigo mismo algo alto.*)
Es lo mejor si él alcanza...
Bien!...

CONCHA. Eh! qué dice Carranza?

CARRAN. Eh? Qué decian ustedes?

CONCHA. Calla! estaba distraido!
En qué estaba usted pensando?

CARRAN. Estaba aquí... cabilando
en... me absorven el sentido
estas cosas: yo en rigor
como ustedes considero
que el dinero... ah! si, el dinero...
pero el amor... ah! el amor...
(*Se sonrien.*)

Eh?

CONCHA. Pensaba en los sumarios
de alguna causa.
(*A Ponce.*)
Es así?

CARRAN. Quién, yo! no, para entre mi
formaba mis calenderios
sobre...

CONCHA. Malo está usté hoy!

CARRAN. (Voy á hacer que hablarla puedas.)
(*Se levanta.*)
Con qué... Ponce, tú te quedas?

CONCHA. Qué, se va usted?

CARRAN. Sí: me voy.

PONCE. (*Se levanta.*)
Cómo!

CONCHA. Adios!

PONCE. (Es singular!)

CARRAN. No debo de ser testigo
de lo que Ponce mi amigo,
tiene con usted que hablar.

CONCHA. Si?

PONCE. (*A Carranza.*)
Gracias por la merced!

CARRAN. Te espero?

PONCE. A la media hora

CARRAN. (*Saludando.*)
Bien, hasta luego, señora...

CONCHA. Abur!

CARRAN. A los pies de usted.

ESCENA III.

DOÑA CONCHA.—PONCE.

CONCHA. Si es lo que acabo de oir
cierto...

PONCE. No debo negar...

CONCHA. Ya puede usted empezar
lo que tenga que decir.
Recobre usted el aliento,
y diga, pues, que ya escucho.

PONCE. (Cederme así el campo? es mucho.)
(*Pensativo.*)
Deje usted que tome aliento:
porque, señora, á fe mia
como Carranza ha marchado

tan... (Pues no se me ha olvidado
el exordio que traia.)
(*Se sienta.*)
Ello es una pretension.

CONCHA. Hola! bien: y sobre qué?

PONCE. Pronto, señora, la haré
y antes una digresion.
Yo soy todo un empleado
del gobierno.

CONCHA. Subalterno;
y añada de este gobierno
por si mañana ha cambiado!
Porque hoy andan los santones
sin reparar en pelillos
jugando como chiquillos
así... á los cuatro rincones.
Y à cada uno que sube,
hay arreglos y plantillas
y reformas y tranquillas...

PONCE. Eh! yo no temo esa nube;
no ignoro, señora, no,
sus mañas de Belcebú;
andan á quítate tú
para que me ponga yo;
pero como à nadie agravio,
no temo sus atropellos,
estoy bien con todos ellos

CONCHA. Ay, Ponce! usted es un sabio.

PONCE. No sé manejarme mal.

CONCHA. Pero todo esto á qué intento
viene?

PONCE. El encabezamiento
es este del memorial.
Ahora va la peticion.

CONCHA. Dígala usted, y sepamos...

PONCE. Permita usted que volvamos
á nuestra conversacion.
Amor y dinero tienen
tentaciones poderosas,
pero estas dos buenas cosas
rara es la vez que se avienen.
Y entre pasion é interés,
la pasion es la razon,
ó á lo menos mi opinion...

CONCHA. Sí: ya me consta cual es.

PONCE. De toda ambicion villana
aunque soy pobre, señora,
me ha defendido hasta ahora

mi intencion siempre muy sana;
mas si á interés material
fué la razon freno en mí,
no ha podido serlo así
para otra pasion.

CONCHA. Y cuál?

PÓNCE. Cuál es la pasion tirana
que más seduce y fascina,
y más subyuga y domina
la pobre razon humana?
Cuàl otra pudiera ser?
(*Doña Concha se sonrie*)
Y esto la hace á usted reir?

CONCHA. Ya le veo à usted venir.

PONCE. (Malo! malo! en fin, á ver.)
Y trato yo de ocultar
lo que siente el pecho mio?
podrá ser un desvarío,
pero es delito el amar?
Y aún si por crímen se mira
mi pasion... ó se mirara,
siendo tal me disculpara
el objeto que la inspira.
La Conchita...

CONCHA. Ya!

PONCE. Es hermosa!
Como dicen en Castilla,
de tal leña tal astilla.

CONCHA. Gracias! Gracias! á otra cosa.

PONCE. Su carácter infantil,
sus atractivos brillantes,
sus prendas tan relevantes
y sus gracias mil y mil,
y su buena educacion...
y todo en fin me ha impulsado...

CONCHA. Paso, que se le ha olvidado
á usted la mejor razon.
Mi niña es un gran partido...

PONCE. (Me cogió por el cogote!)

CONCHA. Y medio millon de dote
no es para echarse en olvido.

PONCE. (*Fingiéndose sorprendido y anonadado.*)
Ah!

CONCHA. Prosiga usted ahora.

PONCE. Perdone usted, no sabia...

CONCHA. Cómo!

PONCE. Ya entiendo á fé mia
la risa de usted, señora:

oh! (Me haré el sentimental!)

CONCHA. No crea usted...

PONCE. Yo... no creo
nada... señora... mas veo
que me juzga usted muy mal.
A qué proseguir! ya sé
que habiendo medio millon
de por medio... mi pasion
no le vale, ya se vé!
Y á qué aspirar á una mano
valuada en tanto dinero,
yo!... mísero jornalero
de la pátria! intento vano!
Que vale mi fé sencilla,
su amor, ni al mio su fé!

CONCHA. Ah! con que ella le ama á usté?
Pues miren la picarilla!
no me habia dicho nada.

PONCE. Qué quiere usted, el amor
à esa edad causa rubor:
pero... pasion malograda!
no la culpe usted por ella,
ni me culpe usted à mí:
la amé desde que la ví,
no por rica, si por bella.
(*Se levanta.*)
Pero á qué es importunar
con tales cosas ahora?
Dispénseme usted, señora.
(*Saluda.*)
(A que me deja marchar!)

CONCHA. Pero oiga usted, Ponce.

PONCE. (*Haciéndose el interesante.*)
Oh! nada.

CONCHA. Hàgame usted mas merced!
Acaso me tiene usted
á mí por interesada?
No me oyó usted hace poco?

PONCE. Oh! sí: mas del dicho al hecho
hay, señora, mucho trecho.

CONCHA. Señor Ponce!

PONCE. Yo estoy loco!
Ah! reviento de coraje!
Vil oro! llevas la palma!
(Ay! medio millon de mi alma,
perdóname tú este ultraje!)

CONCHA. Ponce, no sea usted niño;
para Conchita no quiero

novio con mucho dinero
sino con mucho cariño.
Y si es que usted sin saber
que era tan rica...

PONCE. Es así;
si no, muerto hubiera aquí
en silencio mi querer.
Mas podré acaso esperar?

CONCHA. Deje usted que la consulte,
y obraré segun resulte.

PONCE. No me haga usted delirar!

CONCHA. Pues tómelo usted con calma.

PONCE. Con calma! y quién se domina
cuando el amor ilumina
con luz de esperanza el alma?
Yo soy un poco poeta;
no estrañe usted.

CONCHA. Si, ya veo

PONCE. (Ay medio millon! ya creo
que te tengo en la gabeta!)
Con que... negocio arreglado?
(*Se va á tomar el sombrero.*)

CONCHA. Si ella dijera que sí...

PONCE. Bien. Volveré por aquí
à saber el resultado.
A los piés de usted, señora!

CONCHA. Ponce, vaya usted con Dios.

PONCE. (Veremos quién de los dos
se lleva este dote ahora.)

ESCENA IV.

DOÑA CONCHA.

Si se aman, cosa hecha.
Yo al cabo me alegraría;
mas me queda todavía
aquí dentro una sospecha.
Cómo podría ignorar
siendo de la casa amigo?...
Hum! no las tengo conmigo
todas: fuerza es indagar...
Que la suceda no quiero
lo que en mí quiso mi estrella,
y sin casarse con ella
se case con su dinero.
Niña!

(Acercándose á la puerta de la izquierda y llamando: vuelve al proscenio.)

Al fin ello dirá;
yo los medios buscaré
de ver si es pura su fé.
Concha!

ESCENA V.

DOÑA CONCHA.—CONCHITA.

CONCHIT. Qué quieres mamà?
CONCHA. Ven y siéntate á mi lado,
y habla con toda franqueza.
CONCHIT. Ay mamá! me das tristeza
con el tono que has tomado!
CONCHA. Mi tono es la seriedad;
lo que te voy à decir
es sério, y tienes que oir
con toda formalidad.
CONCHIT. Bueno.
CONCHA. Yo no soy de aquellas
madres, que nécias, prolijas
creen que nunca sus hijas
serán lo que fueron ellas.
Que no han de saber, ni hacer
por más años que corrieron,
lo que sabian é hicieron
ellas de su edad al ser.
Que con freno de ignorancia
teniéndolas reprimidas,
desean verlas sumidas
en una perpétua infancia,
sin querer al tiempo dar
lo que es suyo, y que en rigor
es el dárselo mejor
que dejárselo tomar.
Yo no: tú sabes que en mí,
y no porque yo lo diga,
tienes tu mejor amiga.
CONCHIT. Mamá ya se vé que sí!
Pero díme por favor,
con tal modo de empezar,
de qué me quieres hablar?
CONCHA. Te quiero hablar del amor.
Este tiene el privilegio
de dar su ciencia à entender.

al corazon, sin tener
necesidad de colegio.
Y es menester ser de bronce,
ó à tu edad...

CONCHIT. Mamá; por Dios!
CONCHA. Vamos, os amais los dos?
CONCHIT. Eh? de quién hablas?
CONCHA. De Ponce.
CONCHIT. Ponce! Lo que es él à mí...
al menos lo ha dicho.
CONCHA. Bien.
Pero le amas tú tambien?
CONCHIT. Se me figura que sí.
CONCHA. No mas? me pidió tu mano.
CONCHIT. Cómo?
CONCHA. Como te lo digo.
CONCHIT. Se quiere casar conmigo?
CONCHA. Si te quiere bien, es llano.
CONCHIT. Y te me ha pedido ya?
CONCHA. Y á contestarle me obliga:
qué quieres tú que le diga?
CONCHIT. Ay! dile que sí, mamá...
si tú quieres.
CONCHA. Si de veras
te ama, no diré que no.
CONCHIT. Qué dicha!
CONCHA. Ya veré yo...
y si es así, como quieras.
Pero debe meditarse,
y yo soy buen testimonio:
sabes qué es el matrimonio?
CONCHIT. El matrimonio? casarse.
CONCHA. Pero casarse ha de ser
por razon y por pasion,
que no es tan solo la union
de un hombre y una mujer.
Casarse, es para vivir
dos en uno confundidos,
amados, fieles y unidos
en el gozar y el sentir.
Es union que contraida,
da del uno al otro en prenda
el honor, la fé, la hacienda,
y eso por toda la vida.
Que ante el hombre y ante Dios,
ligàndolos de consuno,
hace dos de cada uno
y uno solo de los dos.

Pues si de un afecto emana,
en dos pactos se reclina;
uno ante la ley divina,
otro ante la ley humana.
Lazo dulce, lazo tierno
cuando le forma el amor,
yugo sino de dolor,
y un purgatorio, un infierno.
Mas su lazada es tan fuerte,
que no hay por mas que se trate,
mas mano que la desate
que la mano de la muerte.
Sí amas à Ponce hasta el punto
de ser con él muy dichosa,
unida así, es otra cosa:
no hablemos mas del asunto.

CONCHIT. Mamá, quieres asustarme
pintándome tan severo
el matrimonio? Pues quiero,
aunque así sea, casarme.

CONCHA. Niña!

CONCHIT. Estamos tan aisladas
aquí, que ya me fastidia;
y qué quieres!... tengo envidia
de las mujeres casadas.
Qué gusto serà tener
un marido con quien ir
del brazo siempre... y vivir
en una casita...

CONCHA. A ver!
Elegante!

CONCHIT. Sí, mamà;
lujo! nada de miseria!

CONCHA. Como las que hay por la feria
en la calle de Alcalá!

CONCHIT. Eh, no! mira: cuando veo
á Emilia que se ha casado,
ir con su marido al lado
tan anchos por el paseo,
digo mirando al marido,
(perdona que lo confiese)
«cuàndo tendré uno como ese!»

CONCHA. Como si fuera un vestido!

CONCHIT. Y al ver tambien con su esposo,
que la presta el brazo ufano,
á Juana dando la mano
á su niño tan hermoso;
siempre que ella le hace muecas,

digo yo: «Válgame Dios!
cuàndo tendré yo uno ó dos!»

CONCHA. Niña! que no son muñecas!
Deseos de Belcebú!
mas tu inocencia te escuda.

CONCHIT. Oye: ya que estás tú viuda,
por qué no te casas tú?

CONCHA. Casarme? entonces tal vez,
por mas linda que tu fueras,
sin que un marido tuvieras,
llegaras á la vejez.

CONCHIT. Por qué?

CONCHA. Explicarte no quiero
cómo en siglo tan traidor
influyen en el amor
cantidades de dinero.
Si yo me hubiera casado,
no te pasa por las mientes
lo que ante tus pretendientes
pudiera haberte quitado?
Uno solo que en el dia
á tal prueba resistiera,
seria el que yo quisiera
para tu esposo, hija mia.

CONCHIT. Pero van á criticar,
y tendrán razon sobrada,
estar la niña casada,
y la mamá sin casar.

CONCHA. Fuera la del aspirante
intencion bien sospechosa.
Ya soy vieja!

CONCHIT. No hay tal cosa!

CONCHA. Eh! pasemos adelante.
Estás tú bien decidida
à dar á Ponce tu mano?

CONCHIT. Si tú quieres...

CONCHA. Yo me allano...
date por comprometida.
Que ese compromiso es
imàgen convencional
del otro que mas formal
has de contraer despues.
Míralo bien...

CONCHIT. Te aseguro...

CONCHA. Le amas?

CONCHIT. Yo creo que sí.

CONCHA. Repara en que para tí
ya no hay mas que tu futuro.

Que hay que cerrar los oidos
como mujer cautelosa,
á toda frase amorosa,
y cuenta con los descuidos.

CONCHIT. Mamà, no tengas cuidado;
me doy por comprometida.

CONCHA. Repara en que es de por vida
el yugo que has aceptado,
si se anuda... y que en rigor
antes de determinar
algo, es necesario estar
muy segura de su amor.
Lo estás tú?

CONCHIT. Creo tambien
que sí.

CONCHA. Mas con eso no
basta!... en fin (ya veré yo.)
Conque medítalo bien.
(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

CONCHITA.

Que lo medite! estoy pronta
á cumplirle mi palabra:
yo lo que quiero es casarme
y que salga lo que salga:
Y aunque mamá me ha pintado
como carga tan pesada
el matrimonio, Dios sabe
que solo siento... Caramba!
Sola con un hombre... cielos!
Y Ponce que tiene barbas!
En fin, ya no envidiaré
á la Emilia ni à la Juana;
me caso y dentro de poco
seré... una mujer casada.

ESCENA VII.

CONCHITA.—CARRANZA por el fondo y hablando consigo mismo.

CARRAN. Eh! vamos á averiguar
si aquel tunante me engaña.

Haber consentido en ello
doña Concha!
(Ve á Conchita.)
Pero calla!
A los piés de usted, Conchita!
CONCHIT. Adios, señor de Carranza.
CARRAN. (Me viene que ni de molde:
empezaré á examinarla.)
Grata ha sido mi sorpresa!
CONCHIT. Por qué?
CARRAN. Porque no esperaba
tener una coyuntura
tan propicia, de expresarla
los cariñosos afectos
que hàcia usted mi pecho guarda.
CONCHIT. Qué me quiere usted decir?
CARRAN. Quiero, Conchita adorada,
decirla á usted que es hermosa,
y tan amable y tan càndida,
que no es mucho que en amores
por usted se encienda un alma.
CONCHIT. *(Con coqueteria infantil.)*
Ay! usted me lisonjea
demasiado: muchas gracias!
CARRAN. (Parece que no... adelante.)
Oh! no hay lisonja que valga,
ni gracias, que todas son
patrimonio de esa cara.
(Y vaya si es patrimonio
el que tiene esta muchacha!)
Con que diga usted, Conchita,
si en ese amor se incendiara
un alma pobre, podria
tener alguna esperanza?
CONCHIT. *(Con la misma coquetería.)*
Cómo! Carranza!!...
(Cambiando de repente.)
Ay, Dios mio!
CARRAN. Qué?
CONCHIT. Que ya no me acordaba...
hágame usted el favor
(Con pretendida dignidad.)
de no mentarme palabras
que me ofendan de ese modo.
CARRAN. Acaso ofende quien ama?
CONCHIT. Dale!... si prosigue usted...
CARRAN. (No està poco alborotada!)
Dispénseme usted, no creo...

CONCHIT. Sí... pero la que se halla
como yo comprometida
ya, no debe escuchar nada
de amor, ni de... yo... lo siento,
pero es necesario.

CARRAN. Vaya!!
(No mintió.) Con que es decir
que está usted casi casada?

CONCHIT. Sí.

CARRAN. Será desde hace poco?

CONCHIT. Algunos minutos.

CARRAN. Càspita!
(Ciertos son los toros! Bueno!)
Y quién es quien dicha tanta
logra?

CONCHIT. Un amigo de usted.

CARRAN. Ponce?

CONCHIT. El mismo: solo falta
que mi mamá se convenza
de que es cierto que me ama,
y entonces todo está hecho.

CARRAN. Su mamá de usted! Donde anda?

CONCHIT. Por adentro... Ya ve usted!
voy á ser afortunada.

CARRAN. Me alegro! Quisiera hablar
con ella cuatro palabras.

CONCHIT. Con mamà? la avisaré.

CARRAN. Si usted me hiciera esa gracia!

CONCHIT. Pues no! Hasta luego.

CARRAN. Hasta luego!
Dios la haga á usted bien casada.

ESCENA VIII.

CARRANZA.

Pues señor! si no ando listo
pierdo, como soy Carranza,
el medio millon! ah! pero
soy abogado de trampa,
oí á la mamá hace poco
lo que dijo, y ya me basta:
pues segun la ley aquella
de la partida... serrana,
voy á jugársela á Ponce,
si es que el ardid no me marra.
Malo será el contra peso,

mas medio millon me valga.
Aquí se acerca. Dios mio!
Ea, valor! y à la carga!

ESCENA IX.

DOÑA CONCHA.—CARRANZA.

CONCHA. Cómo otra vez por aquí
el señor don distraido?
CARRAN. Porque yo tambien, señora,
hablarla á usted solicito
de cosas que nos conciernen.
CONCHA. Hola!!
(*Se sienta é invita á Carranza.*)
CARRAN. (*Sentándose.*)
Y así... con permiso.
No ignoro yo la ventura
que hoy ha alcanzado mi amigo
Ponce, y declaro, señora,
que á otra igual ventura aspiro.
CONCHA. Y no sabe usted, Carranza,
que Ponce...
CARRAN. Sí, está perdido
de amor por Conchita; sí.
CONCHA. Y le consta à usted?
CARRAN. De fijo.
Y la niña...
CONCHA. De la niña...
al cabo es niña, y en limpio
saco que si ahora no le ama,
más adelante...
CARRAN. Magnífico!
CONCHA. Cómo!
CARRAN. Si tal. Hace mucho tiempo
que esperaba yo eso mismo
para poder á mis planes
dar, señora, un buen principio,
Cásense muy enhorabuena;
no es Concha, ese pimpollito,
fruto de un àrbol que puede
dar àun otros más opimos,
de quien espero alcanzar
la ventura que codicio.
CONCHA. Y entonces á qué venir
á consultarlo conmigo?
CARRAN. Porque la mujer que yo amo

y aquella cuyo marido
aspiro à ser, es usted.

CONCHA. Carranza? está usted en su juicio?
Perdone usted que me ria...

CARRAN. Señora! lo dicho dicho.

CONCHA. Yo! que le tenia à usted
por tan formal!

CARRAN. Por lo mismo;
yo quiero un amor maduro.

CONCHA. Tan maduro como el mio?
Mire usted que ya soy vieja!

CARRAN. Señora! por Jesucristo!
Vieja á los treinta y dos años!
(Lo menos cuarenta y cinco
tiene!)

CONCHA. Cómo treinta y dos?
cuarenta!

CARRAN. Bah!!

CONCHA. Y bien cumplidos.

CARRAN. (Ya lo creo.) Y esa tez?

CONCHA. Es jamon bien cuidadito.

CARRAN. Y el cabello! tan poblado!

CONCHA. Y qué sabe usted si es mio?

CARRAN. Y los ojos! aun conservan
de la juventud el brillo.

CONCHA. Los ojos nunca son viejos.

CARRAN. Pero los de usted son niños.
Y vaya! y la dentadura
ni el marfil mas esquisito!

CONCHA. Ya, como que es casi toda
de marfil!

CARRAN. (Voto vá crispo!
Qué dura está de pelarse.)
Y lo demás!

CONCHA. Eh, amiguito!
Va usted á hacer el inventario
de todo mi cuerpo?

CARRAN. Digo,
y por qué no? si aquí el cuerpo
es el cuerpo del delito?
Pero dejándole aparte
que al fin es barro mezquino,
¿y los encantos del alma
que tiene usted tan cumplidos?
tan franca! tan generosa!
con un corazon tan fino...
vamos! diga usted tambien,
que el corazon es postizo!

CONCHA. Válgame el cielo, Carranza!
Nunca lo hubiera creido!
Yo pensaba que Conchita
le gustaba á usté un poquito.

CARRAN. No lo negaré, señora:
es decir, en el principio...
me gustó: despues usted
me gustó más, infinito
más; hasta que al fin un dia
consulté conmigo mismo:
serias felíz, me dije,
poseyendo el alvedrío
de la niña? No, la madre
es la que yo necesito!
(Sí, la madre del cordero,
el medio millon del pico.)

CONCHA. (Ah! ya entiendo! y me conviene
para probar el cariño
del otro.)

CARRAN. Y qué tal?

CONCHA. (Finjamos.)

CARRAN. Podré saber si propicio
á mi amor serà ese pecho?

CONCHA. (*Con un tanto exagerada ternura.*)
Carranza!

CARRAN. (Santo Toribio!
ya se enternece.)

CONCHA. Ay, si fuera
verdad!

CARRAN. Cómo? lo que he dicho?
Pues no ha de serlo, señora!

CONCHA. De veras?

CARRAN. Como lo afirmo.

CONCHA. Entonces...

CARRAN. (Medio millon!)

CONCHA. Usted es un hombre digno
de cualquier cosa...

CARRAN. Y bien!

CONCHA. Sea pues!

CARRAN. Dueño querido!
(Con exageracion.)
Nos casaremos?

CONCHA. Tan luego
como se casen los chicos.

CARRAN. Mi amor! mi luz!

CONCHA. Pocas flores,
no nos gusta tan florido
à las viejas el amor.

CARRAN. Y á qué esa esquivez conmigo
cuando la quiero à usted tanto!
CONCHA. Sí?
CARRAN. De veras.
CONCHA. (Habrà pillo!)
Quién llega? Ponce?
CARRAN. Sí; él es.
(Perdió el pleito el pobrecito
tal vez no caiga en el *item*
pero, ha quedado lucido!)
(*Se levanta.*)
CONCHA. (Vamos à poner à prueba
un par de amores del siglo.)

ESCENA X.

DOÑA CONCHA.—CARRANZA.—PONCE.

PONCE. Tráeme mi afan aquí
tal vez pronto ó en mal punto?
CONCHA. No tal: zanjóse el asunto.
PONCE. Qué ha contestado?
CONCHA. Que sí.
Pero es preciso tambien
que yo ante ustedes me explique.
y que ella se ratifique:
voy à llamarla.
PONCE. Está bien.
CONCHA. (*Se acerca á la puerta de la izquierda y llama.*)
Concha!
(*Quédase allí mirando dentro.*)
PONCE. (*A Carranza.*)
Ves?
CARRAN. (*Riendo.*)
Logras tu intento.
PONCE. Sonrisa de Belcebú!
lograr yo mi intento y tú
decírmelo tan contento!
Qué hay?
CARRAN. Que tú te casaràs
con la niña si te place:
pero lo que es lo que hace
al medio millon... mal vas!
(*Se aparta.*)
PONCE. Cómo! chico! ah! yo veré...
CARRAN. Ya verás...
PONCE. Pues fuera un gusto!

(Este quiere darme un susto!
pobre!)

CONCHA. Aquí la tiene usté.
(*Viniendo con la Conchita.*)

ESCENA XI.

DOÑA CONCHA.—CONCHITA.—PONCE.—CARRANZA.

PONCE. Oh! Conchita, yo en rigor
no me esperaba otra cosa.
Conque accede usted gustosa?

CONCHIT. A casarme? si señor.

CONCHA. Y yo tambien consecuente
con la palabra otorgada
no tengo que añadir nada,
y por mi parte corriente.

PONCE. Lo ves amigo Carranza?
Disputaràs todavía
una mano que ya es mia?

CARRAN. Chico, aquello fué una chanza!

PONCE. Con eso sales ahora?
vana disculpa!

CARRAN. No tal.

CONCHA. Pues qué?

PONCE. Si era mi rival.

CARRAN. No lo crea usted, señora!
Yo teniendo un interés
en saber si la queria
como ella se merecia,
fingí que... vamos!

CONCHA. Ah!

CARRAN. Pues.

CONCHA. (Alla va.) Feliz estrella!
Cual deseaste, hija mia,
nos casamos en un dia.

CONCHIT. Si?

PONCE. Como! usted?

CARRAN. (Ahora es ella!)

CONCHA. Cierto!!

PONCE. Usted?

CONCHA. (Digo! el amor!)

PONCE. Se casa usted?

CONCHA. Si, me caso.

CARRAN. (Flojito va à estar el paso!)

PONCE. Y con quién?

CONCHA. Con el Señor!

PONCE. Cómo! (Ah torpe! voto á tal,
si era la mamá la rica!)
A la edad de usted!

CONCHA. Qué implica?
Queriendo los dos!...

CARRAN. Cabal!

CONCHIT. Ay, mamà, cuanto me alegro!

CONCHA. Qué tiene usted que decir?

PONCE. Que no me puedo avenir
á tenerle á este por suegro.

CONCHA. Y se retracta usted?

PONCE. Yo
sentiria desairarle,
pero tener que llamarle
papá político, no.

CARRAN. (En buen compromiso está!)

CONCHA. Vaya, lo ves hija mia!
no ves lo que te decia?

CONCHIT. Adios! no me caso ya!
(Se sienta medio llorando en un sillon que habrá cerca.)

CONCHA. Pero diga usted, por qué?
Qué tiene que ver mi boda
con?...

PONCE. A mí no me acomoda
y...

CARRAN. Yo le convenceré.
(Se le lleva algo aparte.)

PONCE. (Tú? sin el dote me quedo
por esa treta maldita,
y vienes à...)

CARRAN. (Es tan bonita!)

PONCE. (Eso no me importa un bledo.)

CONCHA. (Sin la huéspeda se està
echando la cuenta allí.)

CARRAN. (Vamos, fíate de mí!
te trataré bien!)

PONCE. (Eh! bah!
Y quién resarce mis daños
si cual con la otra mujer
llegas con ella á tener
tres chicos cada dos años?
Entre tantos divididos
adios el medio millon!
no mereces mi perdon.)

CARRAN. (Y acaso yo te lo pido!)

PONCE. (Ante Dios y mi conciencia
como que me le has robado;

pero anda, que en el pecado
te llevas la penitencia.)
(Carranza se aparta y se dirige á doña Concha.)

CARRAN. No cede.
CONCHA. No?
CONCHIT. *(Medio llorando.)* Dios eterno!
CONCHA. (Es hasta poco galante.)
CARRAN. Sigue constante y constante
en que no ha de ser mi yerno.
CONCHA. Pero cuàl es la razon?
es acaso el interés?
PONCE. Ah, señora!!
CONCHA. Quizás es
por lo del medio millon?
PONCE. Señora!!... (Estoy en un potro.)
Me ofende usted! Ya ha caido
en ello.)
CONCHA. (Está conocido:
vamos, pues, á ver el otro.)
Es que si por eso fuera,
nunca yo consentiria
que por una fruslería
tanto mi niña perdiera.
Y mas que del uso pase
yo regalársele quiero,
y se lo cuento en dinero
en el dia en que se case.
PONCE. Còmo!
CONCHIT. Qué buena!
CONCHA. Sí, sí.
Porque tengo la esperanza
de que el señor de Carranza
aun me ha de querer así,
pobre y vieja.
PONCE. Ya se ve!
CONCHA. Y usted acepta?
PONCE. Pues no!
CONCHA. Y usted tambien?
CARRAN. Lo que es yo,
señora... le diré á usté.
No por oponerme á un hecho
que cualquiera alabaria,
pero yo lo miraria
como cuestion de derecho.
Si tenemos sucesion,
cómo quiere usted que aplauda
un acto que le defrauda

en ese medio millon?

CONCHA. No! yo paso de cuarenta
y no podemos...

CARRAN. No?

CONCHA. Digo...

CARRAN. Casándose usted conmigo,
aunque tuviera usté ochenta

CONCHA. Se han visto casos estraños:
bien pudiera suceder.

CARRAN. Tuve con la otra mujer
tres en menos de dos años.
Y privarlos de la herencia
á los nuestros, pobrecitos!
descalcitos, desnuditos...
fuera un cargo de conciencia.
Por padre y por abogado
yo no me puedo avenir.

CONCHA. Cómo no?

CARRAN. Ni permitir
tan grave desaguisado.

CONCHA. Con que se vuelve usté atràs?
cielos! tambien mi futuro!

CARRAN. Si hace usté eso, de seguro.
(Pues no me faltaba mas!)

PONCE. (En buena se halla metido!)

CONCHA. (*Con fingido sentimiento.*)
Ah!!!

PONCE. Yo le convenceré.

CONCHA. No, no señor; no hay de qué,
està todo conocido:
déjele usted á ese loco,
no me caso yo.

PONCE. Mejor!

CONCHA. Ni usted.

PONCE. Cómo!

CONCHA. No señor,
lo que es con mi hija tampoco.

PONCE. Pero...

CONCHIT. Vaya!!!
(*Vuelve á lloriquear.*)

CONCHA. Uso mis fueros;
perdon por la peripecia,
mas si me creyeron nécia,
se engañaron, caballeros.
(*Carranza y Ponce se quedan mirando estupefactos.*)
Tontos que tan tierno amor
por interés han fingido,

y ser mi yerno y marido
demandaron por favor,
perdonen por Dios, hermanos;
busquen otro por ahí,
que el medio millon de aquí
se les fué de entre las manos.
Y pues con personas tales
trato ya no he de tener,
no vuelvan à trasponer
de mi casa los umbrales.
Creo que habrán entendido.
(*Se levanta tomándola de la mano.*)
Y tú, niña, no llorar;
cebo tenga el palomar,
no te faltará marido.
Ya viste su proceder,
le amarás?

CONCHIT. (*Llorosa.*)
No!!

CONCHA. (*Besándola en la frente.*)
Pues no llores.

CONCHIT. (*Devolviéndola el beso.*)
No, ya no.

CONCHA. Con que señores,
lo dicho, y hasta mas ver.
(*Se retira por la izquierda con su hija.*)

ESCENA ÚLTIMA.

PONCE.—CARRANZA.—Despues de un rato de estupor, saliendo el uno contra el otro enfurecidos.

PONCE. Tú tienes la culpa!

CARRAN. Es llano.
Y tú tambien! si no fuera!...

PONCE. Pues si no me contuviera...
(*Despues de quedarse amenazando, prorrumpen en risa.*)

CARRAN. Toca!!

PONCE. Sí, allá va la mano.

CARRAN. Hemos hecho buen papel!

PONCE. A los dos nos dió garrote!

CARRAN. Dos amigos para un dote,
y al fin nos vamos sin él.

PONCE. A buscar otro!
CARRAN. Sí, sí.
Vamos á buscarle, pero
nuestro dote verdadero
pidámosle desde aquí.

FIN.

LA VOLUNTAD DEL DIFUNTO,

COMEDIA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

Zacarias Cazurro

D. MARIANO ZACARIAS CAZURRO.

Representada con aplauso en el teatro de la Cruz de esta córte.

SEGUNDA EDICION.



N.° 95.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1857.

PERSONAS.	ACTORES.
EMILIA.	DOÑA JOAQUINA BAUS.
AMALIA	DOÑA CARLOTA JIMENEZ.
MANOLITO.	D. JUAN LOMBIA.
DON BENIGNO.	D. JOSÉ TAMAYO.
FEDERICO	D. JOSÉ REVILLA.
FELICIANO.	D. VICENTE CALTAÑAZOR.
PASCUAL, *criado*	D. MANUEL JIMENEZ.

La escena es en Madrid, en casa de D. Benigno.—La época, antes de la ley de Bolsa de 1846.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala bien amueblada. Puerta en el foro que corresponderá á un recibimiento. Otras dos puertas laterales. La de la derecha corresponde á las habitaciones de Amalia y Emilia. La de la izquierda á la de don Benigno. Sobre una mesa ó cualquiera otro mueble competente, habrá recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MANOLITO.—PASCUAL. *El primero viste de luto.*

Al levantarse el telon, Pascual le está abrazando con respetuosa familiaridad.

PASC. Un abrazo, y bien venido!
MANOL. Venga pues, y bien hallado!
PASC. Qué tal?
MANOL. Bien.
PASC. Y qué nublado
por aquí nos le ha traido?
MANOL. Si á tu memoria acudieras
ó en mi traje repararas,
por Dios que lo adivinaras,
sin que tal pregunta hicieras.
El tránsito á mejor vida
de mi tio don Ramon...
PASC. Ah! ya entiendo la razon
del traje y de la venida.
A pesar de los enojos,
y lo mucho que sentir
que usted le ha dado, al morir
ha puesto en usted los ojos.
Le ha tenido en la memoria
sin ser forzoso heredero;
tio... segundo... ó tercero!

MANOL. Téngale Dios en la gloria.
Mas hay sobradas razones
para tan triste tributo.
PASC. Tener que vestir de luto
por heredar sus millones!
Es muy triste!
MANOL. Y que mi suerte
por él la he visto cumplida.
Le debí mucho en la vida.
PASC. Y acaso mas en la muerte!
Y entre el legado y la pena
vacilando, yo no sé,
si debo de darle á usté
pésame ó enhorabuena.
MANOL. Pésame, porque sus bienes
mi duelo no amenguarán.
PASC. Si... pero duelos con pan...
MANOL. En mal concepto me tienes!
PASC. Si usté atrapa sus caudales...
MANOL. Mucho hay que hablar al intento.
PASC. Por qué?
MANOL. Tiene el testamento
cláusulas condicionales.
PASC. A usté cumplirlas le toca,
segun el mandato acuerde.
MANOL. Hay bocado, que se pierde
de las manos á la boca.
Yo las cumpliré, segun...
eso veremos á ver,
pues tales pudieran ser...
PASC. No las sabe usted aun?
MANOL. No sé cual es su tenor,
mas sabrélo en cuanto vea
al dignísimo albacea
don Benigno tu señor.
Que él, en prueba de amistad,
es quien de ello está encargado
y él quien me ha notificado
esa triste novedad.
Y algun encargo escondido
debe de por medio haber.
PASC. Si? por qué?
MANOL. Vas á saber

cómo el caso ha sucedido.
Cuando de aquí me partí,
bueno á mi tio dejé,
y el tiempo que allá pasé,
cartas suyas recibí,
en las que siempre mandaba
consejos... y algun dinero.

PASC. ¡Escelente consejero
que tales consejos daba!

MANOL. Mas mi temor se despierta.
pues los correos pasaron
y...

PASC. *(Con espresiva accion.)*
Los consejos faltaron?

MANOL. Si tenia letra abierta!
No: por fatal reintegro
una carta es recibida,
de letra desconocida,
sellada con lacre negro!
Y abriéndola diligente,
mi recelo se confirma,
cuando veo que la firma
don Benigno de la Fuente;
que paliándolo con tino,
venia en resúmen cierto
á decirme: «El tio ha muerto:
póngase usted en camino:
tal vez su heredero sea;
mas antes de hacerse cargo,
tenemos que hablar, y largo,
porque yo soy su albacea.»
Y apenas esto creí,
arreglando mi equipage,
me puse al punto en viaje
y ya me tienes aquí;
mas sin saber lo que pasa.

PASC. Pues para hacer la visita
llamaré á la señorita;
porque el amo no está en casa.

MANOL. No? Pues no la quiero ver
sin estar bien informado...
pero si estás ocupado,
vete á cumplir tu deber.

PASC. Mi deber! estar ahi fuera
por si hay algo que mandar:
ya concluí de aviar...
que hacer! y aunque lo tuviera!
Otro abrazo... y bien venido.
MANOL. Venga pues y bien hallado.
Y ya que estás informado
de todo lo que ha ocurrido,
si á tu fé tal favor debo,
antes de que obrar intente,
quisiera estar al corriente
de lo que hubiera de nuevo.
PASC. No fuera el relato corto.
MANOL. Pues empieza tu relato,
que no das con un ingrato;
ya sabes cómo me porto.
Tú que has sido el confidente
de este amor que aun ahora siento,
di cómo ha corrido el viento
mientras que yo estuve ausente.
Hablame, de ella, de Emilia;
dime todo lo que pasa;
quién frecuenta ahora la casa,
cómo sigue la familia...
PASC. Gozan salud manifiesta...
mas de amor al inquirir...
no lo quisiera decir
de lástima que me cuesta!
MANOL. No burlarán mi esperanza
las mudanzas que haya habido;
porque Emilia siempre ha sido
firme solo en la mudanza.
PASC. Ligerilla es de cabeza!
MANOL. Por eso mi amor confia
para cobrar la armonia
en su misma ligereza.
Si al recordar lo pasado,
con mi presencia se aduna
mi mejora de fortuna...
bah! ¿y quién es el desgraciado?
PASC. Es un galancete rico,
de estampa elegante y bella,
que anda difunto por ella.

MANOL. Y se llama?
PASC. Federico.
MANOL. La visita?
PASC. No que no!
cada dia.
MANOL. ¿Y ella, dí,
le ama?
PASC. Yo creo que sí;
pero á veces... qué sé yo!
MANOL. Con que es decir que aun fluctúa
su corazon de coqueta;
oh! mi esperanza es completa,
continúa, continúa!
PASC. Que usted no sabrá imagino
que ha la familia aumentado
un individuo allegado.
MANOL. De qué sexo?
PASC. Femenino.
Prima de usted en razon
de que sobrina ha de ser
de la difunta muger
del difunto don Ramon.
Se llama Amalia, es muy bella,
creo que estaba en Castilla
no sé en qué ciudad ó villa.
MANOL. Oh! sí; ya me acuerdo de ella.
Vino alguna temporada
á casa del tio; sí.
Me acuerdo, es linda, la ví;
mas de parientes no hay nada.
¿Qué de mio por mi tio
pueden las sobrinas ser
de la difunta muger
del difunto tio mio?
PASC. Verdad!
MANOL. Y ha venido! á qué?
PASC. Diré lo que pienso en suma,
pues por mas que lo presuma
de seguro... nada sé.
Mas para entre mí barrunto
como yo cazo tan largo,
que haya sido algun encargo
que hiciera al amo el difunto.

Y es justo que lo colija,
pues no hizo mas que morir
don Ramon, la hizo venir
y la trata como á hija.

MANOL. Estraña coincidencia!
mas no tiene que pensar:
es sin duda... irla á llamar!...

PASC. Si tendrá parte en la herencia?

MANOL. Seguro!

PASC. Fuera diablura!

MANOL. Eh! que la tenga no importa;
ya que la herencia no es corta,
quién por la mitad se apura?
Si quedare lo bastante
para darme el valimiento
que cumple á mi ansiado intento,
lo demas es redundante.

PASC. Liberal resignacion!

MANOL. No es mi ambicion de riquezas.

PASC. Siempre los malas cabezas
tienen un buen corazon!

MANOL. Soy en eso como un niño,
pues sin despreciar el oro,
me halaga mas que un tesoro,
un rasgo de buen cariño;
procuré toda mi vida
inspirar una pasion,
hija de pura aficion
espontánea, desprendida;
pero...

PASC. Si no vá dorada
esa moneda!..

MANOL. Lo sé;
mas, quién viene?

PASC. *(Despues de mirar por la derecha del fondo que supone la avenida de la escalera.)*
Ahi tiene usté
un antiguo camarada.

ESCENA II.

Dichos.—Feliciano.

Felic. Pascual, y tu amo?
Pasc. Ha salido.
Felic. Voto á!
(Reparando en Manolito.)
Beso á usted su mano.
Manol. Servidor!
Pasc. (Se desconocen!)
(A Feliciano.)
Si hay que darle algun recado...
Felic. Es un asunto secreto;
yo volveré á ver si le hallo:
si viene, que espere. Pero..
(Reconociendo á Manolito.)
Manolito!!
Manol. *(Idem: se abrazan.)*
Feliciano!!
Pasc. (Adios!! Topó cada uno
con la horma de su zapato.)
(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA III.

Manolito.—Feliciano.

Felic. No te habia conocido!
Manol. Pues yo no estoy tan mudado
como tú!
Felic. Y cómo te vá?
Manol. Bien: y á ti?
Felic. Chico, pasando;
pero pareces un viudo,
segun estás de enlutado.
Manol. Qué quieres!
Felic. Está en el órden!
Lo sé todo, y te acompaño
en el triste sentimiento,
que te torna millonario.

MANOL. No te burles!
FELIC. No me burlo.
Su caudal he manejado,
y sé bien á cuánto asciende;
y que aun repartido entre ambos
los dos, que hasta ahora presumo
que sereis los legatarios,
no me engañé en lo que dije;
y pluguiera al cielo santo,
que asi como participo
de ese sentimiento amargo,
participára igualmente
de...
MANOL. Qué es lo que estás hablando?
Tú manejar sus caudales!
FELIC. Como no estás informado
de mi variacion, te estraña;
pero qué quieres, hay cambios...
mira mi porte.
MANOL. *(Reparando en la exagerada elegancia de Feliciano.)*
Le veo,
altamente mejorado!
FELIC. Pues bien; te repito ahora,
y ofenderásme en dudarlo,
que he tenido su fortuna
mas de una vez en mis manos.
MANOL. No dudaré... pero ignoro...
FELIC. Ya se vé! á no adivinarlo...
Tú sabes que siempre he sido
á la Bolsa aficionado:
proporcionóseme un dia
una jugadita en falso,
y sali divinamente.
Segui jugando y ganando;
ayudóme la fortuna
que protege á los osados,
y de buenas en mejores
ascendi á agente de cambio;
y me figuro que ahora
no te será el mio estraño.
MANOL. Ya no, chico! En estos tiempos
se ven como el tuyo tantos!

FELIC. Pues ya sabes que tu tio
era un poco aficionado
á la Bolsa, y muchas veces
con su fortuna he jugado.

MANOL. Ahora lo comprendo todo!

FELIC. Mira si estaré yo al cabo...

MANOL. Ya! y te darás una vida...

FELIC. Chico! como un arcediano.
Si soy hombre de talones!...
y hasta carruage gasto!...

MANOL. Y dirán que nuestro crédito
está desacreditado!

FELIC. Oh! si tú á recoger llegas
ese presunto mandato,
pronto no tendrás envidia
de mi lujo y de mi rango.
Pero, mira, te aconsejo
que no vivas celibato;
pues yo estoy de vivir solo
aburrido y fastidiado.
Y á propósito; ¿no oiste
que venia preguntando
por don Benigno?

MANOL. Sí tal.

FELIC. Pues amigo, es porque traigo
pendiente de él un asunto,
que si sale bien, me caso.

MANOL. Pero... con quién?

FELIC. No te alteres;
no es con la Emilia, que al cabo,
mas que de amor y firmeza
no sea ningun dechado,
respeto en tí los derechos
de un antiguo propietario,
y protesto que mis tiros
se dirigen á otro blanco.
Quiero hablarte francamente;
voy á ver si emparentamos.

MANOL. Dificil será, no tengo
parientes de ningun grado...

FELIC. Pues, y tu linda primita?

MANOL. Cuál?

FELIC. La que si no me engaño

entrará á partir contigo
las herencias del finado.

MANOL. Te comprendo!

FELIC. Ah! me comprendes!

MANOL. Pero estás equivocado:
no es mi prima.

FELIC. Cómo es eso?
¿De don Ramon no érais ambos
sobrinos?

MANOL. Sí, ciertamente;
pero por distinto lado.

FELIC. Me es lo mismo.

MANOL. ¿Y cómo de ella
te has tan pronto enamorado?

FELIC. Enamorarme? es muy linda;
pero... segun me lo calo...
tu tio al testar... me entiendes?

MANOL. Oh! tú, siempre especulando.
Y qué es lo que te propones?

FELIC. Ya tengo mi plan trazado.
En cuanto á la niña, creo
que no habrá ningun obstáculo.
Don Benigno es ahí el todo;
tutor... ó testamentario...
no sé; sabes su carácter
duro, pero noble y franco,
muy cuidadoso en lo ageno
y en lo suyo descuidado.
Pues soy su agente de Bolsa.

MANOL. Hombre! tú estás negociando
con la fortuna de todos
tus amigos!

FELIC. Es mi trato;
y en bursátiles asuntos,
lo que es en la de este, mando.
Porque él entiende muy poco
de la Bolsa y de sus ágios.
Y oye: el papel hace poco
comenzó á tender á bajo,
y aunque lento el movimiento
estaba ya declarado.
Habia intereses de alza,
y yo para aprovecharlos,

le aconsejé que vendiera
una partidita en falso,
con prima y á corta fecha.

MANOL. Por ver si un interesado
se clavaba una primita
de un medio, un tercio, ó un cuarto?

FELIC. Justamente. Pues vendió,
y el movimiento aunque tardo
ha continuado en la baja
y aquí es ello: el confiado,
esperaba muy tranquilo
el vencimiento del plazo,
sin recelar contratiempos,
ni *cubrirse* por lo tanto.

MANOL. Y hay en eso algun peligro?

FELIC. Inminente!

MANOL. Pues qué ¿hay algo
de nuevo?

FELIC. ¿Tú no recuerdas
aquello del Concordato,
que hizo el papel en un dia
bajar un cinco de un salto?

MANOL. Sí me acuerdo.

FELIC. *(Con misterio.)*
Pues...
segun noticias y datos,
hoy en la Bolsa ha de verse
el fenómeno contrario:
es decir que el papel sube,
si no un cinco, mas de un cuatro.
Y si el comprador reclama
su papel, hay que buscarlo
y pagarlo á como se halle,
ó resarcirle, abonando
del precio las diferencias
desde la venta hasta el acto.

MANOL. ¿Y eso ascenderia á mucho?

FELIC. Puede dejarle arruinado.
Su fortuna no es gran cosa,
y luego él echó por largo
al ver llevar á la baja
movimiento tan marcado.

MANOL. ¿Y tú no le has advertido

de ese peligro?

FELIC. *(Con malicia.)*
No.

MANOL. Diablo!

FELIC. Toma! si ese es mi resorte!
Todo está premeditado.
Ayer á primera hora
cuando estaba mas barato,
tuve mi primer aviso
de la novedad, volando
tomé papel de otro á nombre
para cubrirle, y de paso
emprendí otra jugadita
que me ha de valer los cuartos.

MANOL. Qué trapisondas!

FELIC. Eh! digo!
Mira tú qué zafarrancho
va á ser hoy aquello; todo
el que tuviere comprado
á voluntad, sin demora
la operacion reclamando,
títulos ó diferencias
exigirá al desdichado
vendedor: los tenedores
se harán rogar esperando
mayor alza; de manera
que el que se haya descuidado
como nuestro don Benigno,
lleva sendo varapalo.
Cuando llegue á su noticia!

MANOL. Se quedará estupefacto:
hombre, vas á darle un susto...

FELIC. Cuando esté mas apurado,
principiaré á darme tono,
y haré como que le salvo
por obviar su compromiso,
mi interés sacrificando.
Agradecido el pobrete
de su papel hará el pago,
á como él hizo la venta,
que es mas de á como he comprado;
y á mas de algun dinerillo
su agradecimiento gano.

Le hago entonces la propuesta...
y ya ves...

MANOL. Eres un sábio.

FELIC. Pues á todo eso venia
cuando me has visto que he entrado.
Y tú qué hacias aquí?

MANOL. Tambien le estaba esperando
á fin de que me dijera
la condicion del mandato
de mi tio, que Dios goce,
segun me ha notificado.

FELIC. Condicioncillas tenemos?
Pues yo creo, á no dudarlo,
que deuda no habrá ninguna,
contra capital tan vasto.
Algun capricho del viejo,
que no cueste tres ochavos.
Pero, qué ¿tú te decides
á estártele aquí aguardando?

MANOL. Qué he de hacer!

FELIC. Vente conmigo.

MANOL. A dónde?

FELIC. A ver si le hallamos,
ó á dar por ahí una vuelta,
y volver dentro de un rato.
Con que vamos, ven, iremos
de nuestras cosas charlando
en mi berlina, que tiene
un movimiento muy grato.

MANOL. Por ir contigo en berlina
me decido.

FELIC. Pues andando.
(*Vánse por el foro á la derecha.*)

ESCENA IV.

PASCUAL.—FEDERICO.

(*Federico al llegar á la puerta del foro se queda mirando á la derecha, y saluda. Pascual aparece á su llamada.*)

FEDER. Pascual!

PASC. Oh! don Federico!

FEDER. Tengo que hacerte un encargo;
mas dime antes; ¿quién es ese
que en la escalera he encontrado,
y con el agente baja
tan de amigos y del brazo?

PASC. El señorito Manolo;
el sobrinito mimado
de ese don Ramon, que ha muerto,
tan amigote del amo.

FEDER. El que con tu señorita
relaciones tuvo antaño?

PASC. El mismo.

FEDER. Pues para colmo
de la lucha en que batallo
con el carácter de Emilia
indiferente y voltario,
no me faltaba mas que eso!
Volverá á sentar el campo,
á entablar sus pretensiones,
y ella tal vez recordando...
Escúchame; yo venia
solamente con el ánimo
de darte cierto encarguito;
pero ya no es necesario.
Y aunque el papá no esté en casa,
vete, y dila que la aguardo,
que sin hablarla y sin verla
por este vez no me marcho.

PASC. Está bien.
(Váse por la derecha.)

ESCENA V.

FEDERICO.

Válgame el cielo!
Si cuando solo he luchado
contra el único enemigo
de su carácter apático,
he salido en la contienda
casi siempre mal parado,
¿qué va á ser de mí, si ahora

se añade para mi daño
un rival, en el derecho
de antigüedad apoyado?
Oh! yo quiero que ella misma
de su conducta trazando
la línea de pena ó gloria,
me prescriba el *ultimatum*.

ESCENA VI.

FEDERICO.—EMILIA.—PASCUAL, *que se vá por el fondo á la derecha.*—EMILIA, *en traje de mañana.*

EMILIA. Buenos dias! Y qué es esto?
qué es lo que ocurre?
FEDER. Emilita,
á los piés de usted! Molesto
la soy tal vez; mas protesto
que era urgente la visita.
EMILIA. De lo espreso del aviso
bien su premura se infiere.
FEDER. Perdone usté, era preciso.
EMILIA. Oh! tiene usted el permiso
de mandar como quisiere.
Mas ¿de esa urgencia presunta
saber la causa podré?
FEDER. Si es que usted se lo barrunta,
por qué me hace esa pregunta?
EMILIA. Toma! porque no la sé.
FEDER. Ignora usted que ha venido?...
EMILIA. Quién?
FEDER. Manolito, el amante
que fué de usted tan querido.
EMILIA. Es cierto?
FEDER. Pues si ha salido
de aquí mismo hace un instante.
EMILIA De veras?
FEDER. Oh, qué alegría!
por mi mal es cierto, sí:
mas por usted...
EMILIA. *(Desentendiéndose.)*
Que tenia

que venir, ya lo sabia;
pero no que estaba aquí.
FEDER. Con que soy el portador
de la noticia?
EMILIA. Cabal.
FEDER. Agradable?
EMILIA. Sí señor.
Tanto, que aprecio el favor
mas que...
FEDER. Pues hace usted mal.
EMILIA. Mal! Por qué?
FEDER. Porque yo siento
del mensaje la merced,
y veo en su advenimiento
un porvenir de tormento.
EMILIA. Huy! qué celoso es usted!
FEDER. Ay Emilia! quien bien ama
teme perder lo que adora,
y esa dolorosa escama
verdad es, celos se llama.
EMILIA. Y á qué son celos ahora?
FEDER. Si renaciendo en presencia
su amor, reclama en su daño
la antigua correspondencia,
qué he de hacer?
EMILIA. Tener paciencia:
y qué tiene eso de estraño?
FEDER. Pero si es que él lo pretende,
qué hará usted?
EMILIA. Yo? claro está.
FEDER. Rechazarle?
EMILIA. Usted me ofende!
FEDER. Darle acogida?
EMILIA. Se entiende.
Pero á usted qué mas le dá?
FEDER. Qué me dá? mucho! qué alma!
á usted sí que no, cruel!
EMILIA. Calma, señor mio, calma!
por darle yo á usted la palma,
he de despreciarle á él?
¿Quiere usted que yo establezca
preferencias? no señor.
Cada cual su amor me ofrezca,

y al que mas se lo merezca,
se lo pagaré mejor.
Salir bien de ese certámen
en usted consistirá,
y despues de tal exámen
al que sus méritos llamen,
á mi,.. lo mismo me dá.

FEDER. Lo mismo! asi mi esperanza
burla usted! ah! yo estoy loco!

EMILIA. Que es justicia se me alcanza.

FEDER. ¿Y amor en esa balanza
qué es lo que pesa?

EMILIA. Muy poco.

FEDER. Y ¿por qué usted la fué dando
alas á esta mi pasion?

EMILIA. Ella se las fué tomando!
pero... si estamos hablando
en una suposicion:
quién sabe lo que va á hacer?

FEDER. Por si pretende anudar
su relacion, quise ver
lo que podia temer,
lo que debia esperar.
Mas ya lo sé; y si la gloria
lleva el amor verdadero,
toda duda es ilusoria;
me fiará la victoria
lo mucho que á usté la quiero!

EMILIA. Gracias!

FEDER. Si al pacto se afilia,
lidiamos en ley los dos:
porque usted á nadie auxilia,
no es cierto?

EMILIA. Sí.

FEDER. Pues, Emilia,
á los piés de usted.
(Váse por el foro derecho.)

EMILIA. Adios.

ESCENA VII.

EMILIA.

Se enfadó! tendrá dos males;
para mí todos los hombres,
si me gustan, son iguales;
diferencias esenciales
solo las hallo en los nombres.
Y en ocasiones como esta,
mal haria una mujer
en tomar puntos de resta;
son dos ¿qué trabajo cuesta
de ambos dejarse querer?
Quien quiera ser preferido
conquiste por sí la palma,
que si llega á ser marido,
justo es rendirse á partido
de su amor en cuerpo y alma.
No es nada lo que exigia.
Preferencias? eso no;
ni al otro se las daría:
rivalicen á porfía,
y al que venza, aquí estoy yo.

ESCENA VIII.

EMILIA.—DON BENIGNO, *que llega por la derecha del foro.*

BENIGN. Niña, qué haces?
EMILIA. Ay, papá!
¿Sabe usted que ya ha llegado
Manolito?
BENIGN. Lo sé ya.
Pascual de ello me ha informado.
Y Amalia?
EMILIA. En su cuarto queda.
BENIGN. Pues corre al punto á llamarla,
y que venga en cuanto pueda,
que tengo que consultarla.
EMILIA. Voy volando.
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

DON BENIGNO.

Llegó el punto
de poner en cumplimiento
del designio del difunto
el estricto mandamiento.
Ya tenemos frente á frente
á los dos colegatarios;
la niña ya está al corriente;
él hará sus calendarios.
De seguro se sorprende
al saber la condicion;
pero este asunto no pende
de la primera impresion.
Por mas que el cariño valga,
arras son el himeneo,
y creo que todo salga
como yo se lo deseo.
A mi tan solo me es dado
cumplir con legalidad,
segun él lo ha encomendado,
y hágase su voluntad.
Sin que al mandato se ciña,
en nada he de consentir;
pero aquí viene la niña:
vamos á verla venir.

ESCENA X.

DON BENIGNO.—AMALIA, *que sale por la puerta derecha vestida de luto.*

AMAL. Qué me ordena usted, señor?
BENIGN. Solo para una advertencia
que va de usted en favor,
la pedí esta conferencia.
Siéntese usted, hija mia,
y aunque el título no cuadre,

de que me hablara holgaria
como si fuera su padre.
(Se sientan.)

AMAL. Quien proteccion manifiesta
á una huérfana prodiga,
es el padre que le resta:
qué quiere usted que le diga?

BENIGN. Escúcheme usted primero.
Manolito ya llegó.

AMAL. (Dios mio!)

BENIGN. Aquí ha estado, pero
yo no estaba y se marchó!
El, en virtud de mi aviso,
sabe ya lo de la herencia;
mas indicarle es preciso
las cláusulas, con prudencia.
Yo al cumplir con el mandato,
no he de andar en dilaciones,
por lo tanto hoy mismo trato
de darle las condiciones.

AMAL. Hoy?

BENIGN. Al punto que le vea;
forma parte de mi encargo
la brevedad; y aunque sea
tan estricto, sin embargo
quiero yo que en confianza
conmigo se esplique usted
antes de que en esa danza
ponga yo piés en pared.
Ya le es á usted conocida
del tio la decision.

AMAL. Pues... bien...

BENIGN. A eso, querida
no exijo contestacion.
Tome cada uno á placer
tiempo para decidir;
mas que vivir para ver,
es el ver para vivir.
Despues de comunicada
con tino la condicion,
el plazo no importa nada,
el caso es la indicacion,
y mi duda la siguiente:

la quiere usted presenciar?
AMAL. Ah! no, no!
BENIGN. Bueno; corriente.
AMAL. No le quiero coartar.
Fuera mi presencia allí
embarazo á su franqueza,
y creo el obrar asi
punto de delicadeza.
BENIGN. Cierto; pero en mi deber
está, lo de no omitir
fórmula alguna.
AMAL. Eso es ser
muy minucioso en cumplir.
Yo á mi vez pido un favor.
BENIGN. Cuál?
AMAL. Ya que no es del mandato
cláusula, quiero, señor,
que ignore lo del retrato.
BENIGN. No hay en ello inconveniente.
AMAL. Y segun eso, de boca
de usted sabrá solamente
la condicion que le toca.
Obre, pues, de la manera
que guste, que yo pasiva
he de estarme, hasta que él quiera
tomarse la iniciativa.
Mi decoro de muger
en salvo así quedará.
BENIGN. Eso es lo que debe ser.
AMAL. Y lo mismo que será.
Y si yo evitar pudiera
que esa condicion forzosa
sus efectos ejerciera,
me tendria por dichosa.
Que ya que en esa balanza
peso el interés ejerza,
no quiero que á su pujanza
se añada ninguna fuerza.
Libre, sin traba ninguna,
opte entre los dos estremos
que le ofrece hoy la fortuna
y elija.
BENIGN. Bien. Ya veremos

cómo al saberlo se esplica.
AMAL. Quede todo á su alvedrio.
BENIGN. Y usted?
AMAL. ¿Nada significa
en abandonarle el mio?
Sin que á interés se atribuya
tal cesion; si no mediára
mas, sin esperar la suya
yo la mia consignára.
(Con timidez.)
De esperar su decision
otra es la razon en mí.
BENIGN. *(Con cariñosa curiosidad.)*
Y en dónde está la razon?
(Al verla que vacila al contestar, y con aire de benévola sospecha.)
Vamos, con franqueza.
AMAL. *(Bajando los ojos y con la mano en el pecho.)*
Aquí.
BENIGN. Cómo! baja usted los ojos!
le ama usted?
AMAL. *(Con aire de contradiccion.)*
Oh! no!
BENIGN. Bah! bah!
Y á qué son esos sonrojos?
(En este momento aparecen en la puerta del foro Manolito y Feliciano: este señalando á don Benigno.)
FELIC. No te lo dige! aquí está.
(Amalia y don Benigno vuelven rápidamente la cabeza. Amalia al ver á Manolo esclama.)
AMAL. El!!
(Se levanta y don Benigno tambien.)

ESCENA XI.

Dichos.—MANOLITO—FELICIANO; *aquel bajando al proscenio y abrazando á don Benigno.*

MANOL. Don Benigno!
BENIGN. *(Con cariño.)* Querido!
MANOL. Y cómo usted lo ha pasado?

BENIGN. Bien: y usted?
MANOL. Algo afligido
con este lance impensado.
Y usted Amalita?
AMAL. Buena,
mas con el mismo dolor.
FELIC. No quiera usted que esa pena
haga la suya mayor.
BENIGN. Si no redime el quebranto,
nada vale el sufrimiento.
Si hemos de hacer otro tanto
todos!
MANOL. Pero el sentimiento!
BENIGN. Verdad!
FELIC. *(Irónicamente.)*
Oh!
MANOL. Tan repentino
fué el anuncio para mí,
que...
BENIGN. Usted se puso en camino
en virtud de él ¿no es así?
MANOL. Justo.
BENIGN. Y querrá usted saber
aquello que allí le indico?
MANOL. No hay prisa.
BENIGN. La puede haber;
yo la tengo.
MANOL. No replico.
BENIGN. Luego á solas hablaremos
y usted quedará enterado.
FELIC. Pues entonces despejemos
y que sea eso al contado.
BENIGN. Yo no he querido decir...
FELIC. Desde luego se conoce;
mas la Bolsa se irá á abrir,
pues ya son mas de las doce:
y antes que abran, al umbral
(y mas hoy) quiero estar fijo.
BENIGN. Ahora recuerdo; Pascual
que usted me buscaba dijo.
Hay algo?
FELIC. *(Con indiferencia fingida.)*
No! (friolera!)

BENIGN. Pues si algo nuevo ocurriere,
sin ocultarme siquiera,
obre usted como quisiere,
mi pleno poder le lego.
FELIC. Hubiera querido en parte
hablar, mas conozco... (luego
me sirve esto de descarte.)
BENIGN. Pues ahora, ya vé usted...
FELIC. Vendré con el resultado.
BENIGN. Si usted me hace esa merced.
FELIC. (Pues te gustará el recado!)
Conque Manolito, adios.
(Le da la mano.)
(Verás si soy buen augur.)
Ya nos veremos los dos.
(A Amalia al desaparecer por el foro derecho.)
A los piés de usted!
AMAL. *(Saludando.)*
Abur.
Yo tambien... (Y Dios me asista)
le dejaré en libertad...
MANOL. Adios, pues.
AMAL. (De esta entrevista
pende mi felicidad.)
(Váse por la puerta derecha.)

ESCENA XII.

MANOLITO.—DON BENIGNO.

BENIGN. Ea, tomemos asiento.
(Lo hacen.)
Desde que aquel desdichado
murió, cuanto he deseado
que llegara este momento!
Y puesto que á mi amistad
dejó este fidei comiso,
cumplir pronto era preciso
su postrera voluntad.
Yo la escuché de su boca,
y el papel su testo fia:
indicarla es cosa mia,

cumplirla ó no á usted le toca.

MANOL. Yo la prometo cumplir
mientras en lo humano quepa.

BENIGN. Hasta que usted no la sepa
no lo puede usted decir.

MANOL. Mas...

BENIGN. Vamos! ¿Se hizo usted cargo
de mi carta?

MANOL. De ella infiero,
que soy, tal vez, su heredero.

BENIGN. Sin tal vez; mas sin embargo,
hay condicion, ajustada
á la herencia de tal modo,
que entre el nada y entre el todo
hay que elegir todo ó nada.

MANOL. Cuál es?

BENIGN. La voy á decir
segun él me la intimó;
y cómo el caso pasó
le voy á usté á referir.
Enfermó, y la gravedad
de su mal le hizo temer
que aquella debia ser
la postrera enfermedad.
Llamó notario y testigos
y con el rito por norma,
hizo testamento en forma;
y como éramos amigos
me llamó y dijo: «contento
moriré, si aunque importuna
me prometes cumplir, una
comision del testamento.»
Se lo ofrecí y continuó:
«Ya sabes con que largueza
de dones de su riqueza,
la fortuna me colmó.
Sin familia ni parientes
cercanos, la ley me abona
á testar por la persona
que se me ponga en las mientes;
mas si á la ley no me avengo,
sin heredero en el mundo
es un sobrino segundo

el mas pariente que tengo.
Le conoces, bien quisiera...
—y era á usted al que aludia,—
la pingüe fortuna mia
dejársela toda entera.
Pero todos mis caudales,
durante el consorcio habidos,
deben por tal, ser tenidos
como bienes gananciales.
Y hay un ángel de bondad,
sobrina mia, por ser
sobrina de mi muger,
digna de mucho en verdad.
Un modelo de virtud,
huérfana, bajo el cuidado
de otro pariente; he pensado
redimir su esclavitud.
—Esto era por Amalita.—

MANOL. Sí, ya. (La cosa está clara!)

BENIGN. (Pues no ha puesto mala cara!)

MANOL. (Cada uno su partecita!)

BENIGN. Y prosiguió de este modo:
Puesto que iguales están
en mi afecto, quedarán
igualados en un todo.
Bastante á cada uno fuera
la mitad á lo que entiendo
de la herencia, mas pretendo
dársela á cada uno entera.

MANOL. *(Como adivinando.)*
Cómo?

BENIGN. Con calma, hijo mio;
él halló el medio oportuno
de sumar los dos en uno.

MANOL. Pero!

BENIGN. Oiga usted á su tio.

MANOL. Ah!

BENIGN. Casándose los dos,
en amor y compañia
gocen la fortuna mia
en paz y en gracia de Dios.

MANOL. Oh! Don Benigno, es verdad?

BENIGN. Añadiendo por enmienda.

No quiero que eso dependa
de su sola voluntad.
Por serles tan ventajosa,
los pongo para esa union
una estricta condicion,
inexorable, forzosa.

MANOL. Oh! sí, ya... no se detenga
usted en decirla.

BENIGN. (Al vado!)
Que queda desheredado
el que al pacto no se avenga.

MANOL. Paciencia, en mi ayuda ven!
¡Qué es lo que acabo de oir!

BENIGN. Que puede usted elegir
entre su mal y su bien,

MANOL. Elegir!

BENIGN. Pues ahí es nada!
Ya la sorpresa he tenido,
por eso no he recogido
la promesa anticipada.
Cumpliendo mi comision
á los dos venir mandé:
la condicion...

MANOL. Ya la sé!
Y podrá haber transaccion?

BENIGN. No: y sobre el particular
solo eso advertir me resta.

MANOL. Pero...

BENIGN. En cuanto á la respuesta
la puede usted meditar.
No hay prisa.

MANOL. Dios infinito!

BENIGN. Ah! y advierto préviamente,
si fuere *sí*, verbalmente,
si fuere *no*, por escrito.

MANOL. Y ella acepta?

BENIGN. *(Con reserva.)*
No lo sé.
Usted obre de por sí;
lo demas me toca á mí.

MANOL. Pues bien, yo contestaré;
pero...

BENIGN. No sea usted loco:

pese lo malo y lo bueno;
mida usted bien el terreno;
aun conoce usted muy poco
la niña; con detencion
su carácter examine,
y puede ser que se incline
á una nueva decision:
no hay plazo á que usted se ciña
tome usted tiempo sin tasa
mientras tanto, esta su casa,
es la casa de esa niña.
Trátela usted, porque el trato
dicen que engendra cariño.

MANOL. Pero...

BENIGN. (Qué terco es el niño!)

MANOL. Cielos!

BENIGN. Vaya, hasta otro rato.
(*Busca en un mueble papeles que saca y entrega á Manolito.*)
Para obrar con fundamento
tome usted, y hasta despues.

MANOL. Abur... pero ¿y esto qué es?

BENIGN. La copia del testamento.
(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

MANOLITO, *que despues de una ojeada al papel esclama furioso.*

Lo mismo! Fatal sentencia!
quién tus estremos concilia!
Si hay herencia, no hay Emilia!
¿y habrá Emilia, sin la herencia?

ESCENA XIV.

MANOLITO.—PASCUAL *sale, foro izquierda, y baja al proscenio despues de examinar si está solo Manuel.*

PASC. Señorito! señorito!
¿qué tal, hay enhorabuena?
MANOL. Ay Pascual!
PASC. Pero qué pena?
MANOL. Qué trance!
PASC. *(Asustado.)* Qué?
MANOL. Tan maldito!
PASC. Ah! no es usted heredero!
MANOL. Sí, hombre.
PASC. Ah! ya de la mitad,
y la otra...
MANOL. Que necedad!
Nada ó todo si lo quiero.
La mitad de cualquier modo,
yo la mitad prefiriera.
PASC. Oh! pues si yo que usté fuera...
MANOL. Qué?
PASC. Preferiria el todo.
MANOL. El todo! yo le tendria...
(Cortando mucho las palabras.)
si quisiera... y ella no...
Pero si ella quisiere... y yo...
no quiero... y...
PASC. (Qué algaravía!)
MANOL. *(Paseándose precipitadamente.)*
Hay para volverse loco.
PASC. *(Procurando averiguar el sentido de las reticencias de Manolito, repite á su modo las palabras de aquel.)*
Con que, si ella lo quisiera...
y usted no?... si ella fuera
la que no... y usted tampoco.
MANOL. Y mi plan de fijo aborta.
PASC. *(Deteniendo á Manuel.)*
Pero...

MANOL. ¿Qué me estas diciendo?
PASC. Qué... vamos! que no lo entiendo,
MANOL. *(Con despego.)*
Bien! ¿y á mí que se me importa?
PASC. *(Cortado y dirigiéndose á la puerta.)*
Perdone usté, deseaba
saber... y por eso he entrado,
y que me hubiera alegrado
que usted, pero no esperaba...
MANOL. Perdona; tienes razon:
y me hace perder el juicio
la maldita condicion.
PASC. Será de gran valimiento.
cuando así á usted le atortola.
MANOL. Ay Pascual! ¡es una sola!
pero que vale por ciento!
Bien sabes que si anhelaba
esa herencia que esperé,
no era la ambicion á fé
la que á ello me impulsaba!
Pues bien, seré por entero
heredero: mas segun,
porque la herencia es comun
á mí y á la Amalia: pero
con la condicion espresa
que es la que me pone así,
de que... aquí la tengo, aquí!
PASC. ¿Y qué condicion es esa?
MANOL. Que nos casemos los dos...
PASC. Calla!
MANOL. Y que los dos á una
gocemos de su fortuna
en paz y en gracia de Dios.
Y para llevarlo á efecto,
segun él lo ha deseado,
quedará desheredado
el que rechace el proyecto!
PASC. Sopla! Con que ó no hay herencia,
ó no hay otra remision
que cumplir la condicion
y casarse. Es penitencia!
MANOL. Y si llego á rehusar
con mi actual poca fortuna,

ya no me queda ninguna
esperanza de alcanzar
de Emilia la mano cara,
que era lo que yo queria.

PASC. Qué sabemos todavía!
si la otra renunciara!

MANOL. Ilusion! ¿cómo has creido
que puede suceder?
renunciar una mujer
á una herencia y á un marido!
Si fuera menor su menta,
y yo viejo y contrahecho,
aun reclamara el derecho
cuanto mas... seria tonta.

PASC. Es verdad.

MANOL. No será ella,
para mi desdicha, no!

PASC. Y usted, qué hará?

MANOL. Qué se yo!
(Tomando y calándose el sombrero con rábia se dirige á la puerta del foro.)

PASC. (Huy!)

MANOL. *(Al desaparecer por la derecha.)*
Renegar de mi estrella.

ESCENA XV.

PASCUAL.

Mosca lleva, y tamañita!
queria carne sin hueso,
y no es nada el contrapeso
de la tal condicioncita!
Pascual soy, un desdichado,
quiero á una chica salada,
que vamos! no digo nada,
me tiene el seso volado.
Pues si alguno me digera,
para que salgas de apuros,
Pascual, allá van... mil duros,
y cásate con... cualquiera.
(Rascándose la cabeza y razonando entre sí.)

A mujer siempre saldría!..
(Id.)
Mas tanto es lo que la quiero,
que el amor... Pero el dinero...
(Con indecision.)
Vamos no sé lo que haría.

ESCENA XVI.

PASCUAL.—AMALIA, *que sale con cuidado de la puerta derecha.*

AMAL. Pascual!
PASC. Señorita! (aqui ella!)
AMAL. ¿Me hará usté un favor?
PASC. Qué manda usted?
AMAL. No señor, es súplica.
PASC. ¿A quién, á mi? diga usted y concedida.
AMAL. Y don Benigno?
PASC. *(Señalando su cuarto.)* Ahí está.
AMAL. Con Manuel?
PASC. No, marchó ya.
AMAL. Y usted le vió á la salida?
PASC. ¿Al señorito Manuel? Vaya!
AMAL. Pues en eso insisto.
PASC. Pues no tan solo le he visto,
sino que he hablado con él.
AMAL. ¿Diga usted iba enfadado
ó risueño?
PASC. Sí, de gozo!
AMAL. Hábleme usted sin rebozo,
¿qué es lo que á usted le ha contado?
PASC. Señorita, no quisiera
que al decir yo la verdad,
la ofenda mi claridad.
AMAL. Oh! de ninguna manera!
PASC. Y no estaria en razon,

pues por desprecio no cabe
que lo haga él, mas ya se sabe
lo que puede una pasion.

AMAL. Hable usted! (Oh! qué impaciencia!)

PASC. Mire usted, yo presumia
el objeto que tendria
la pasada conferencia.
Supe su término, y fiel,
la curiosidad me trajo,
y le encontré cabizbajo,
dando vueltas á un papel.
La pícara condicion,
que creo que usted sabrá...

AMAL. Sí.

PASC. Le tenia... ya, ya!

AMAL. (Ay Dios mio!)

PASC. Hecho un leon.
Encontrarse una mudanza
que trastorna de ese modo
su plan, su esperanza, todo!

AMAL. Oh! Qué plan y qué esperanza?

PASC. Todas se las desconcilia:
dos años... y mas tambien,
hace ya que él ama...

AMAL. *(Con viveza.)*
A quién?

PASC. *(Con estrañeza, y en tono de cosa muy sabida.)*
A la señorita Emilia.

AMAL. (Cielos!!)

PASC. *(Continuando con naturalidad.)*
Su modesto estado
no le habia permitido
aspirar á ser marido:
y ahora que habia contado
mejorar su situacion,
y cumplir su ansiado intento,
se encuentra en el testamento
tan estraña condicion.

AMAL. Es cierto?

PASC. Como lo esplico.

AMAL. ¿Y ella le ama?

PASC. Qué sé yo!
No puedo decir que no.

AMAL. ¿Pues y ese don Federico?
PASC. Ese es un rival, señora,
que aunque esté muy bien situado
él le hubiera desbancado,
si su suerte... pero ahora...
AUAL. Y qué va á hacer? con franqueza.
PASC. Qué sé yo! está hecho un orate;
puede que haga un disparate,
porque tiene una cabeza...
Si renuncia, de contado
pierde herencia y esperanza.
Si acepta, la herencia alcanza;
pero...
AMAL. Será desgraciado!
PASC. Pche! Paciencia! qué remedio!
AMAL. Luego su felicidad
pende de mi voluntad!
Y no le queda otro medio?
PASC. Cierto que en usted estriva:
pero... bah! (bien tonta fuera
si ahora la renuncia hiciera
sabiendo...)
AMAL. (Qué alternativa!!)
¿Y él cederia el legado
si yo pasiva esperara?
PASC. Por mucho que le costara...
AMAL. *(Con reprimida amargura.)*
Oh! que no tenga cuidado!
que todo temor escluya!...
PASC. (Tambien ella! quién diria!...
(Desde este momento hasta el fin de la escena permanecen apartados. Pascual dando muestras de su admiracion, y Amalia continuando en sus reflexiones.)
AMAL. Si no he de alcanzar la mia,
para qué estorbar la suya?
Traicion él hacerlo fuera
cuando sus intentos sé,
y que otra tiene su fé;
no hay recurso!
PASC. (Quién creyera!...)
AMAL. *(Luchando consigo misma y vacilando.)*
Vamos, valor: corazon;

si has perdido tu esperanza,
¿qué es el oro en la balanza
de una acendrada pasion!
Aquí hay papel, y es dichoso
si yo tres renglones lleno...
Renunciar la herencia... bueno;
pero á él... es doloroso!
mas su desaire me incita,
y dudar mas fuera indigno.
(A Pascual.)
Llame usted á don Benigno.

PASC. Ah! volando! señorita.
(Váse. Amalia se queda escribiendo. Al concluir su escrito aparece don Benigno por la puerta de su cuarto.)

ESCENA XVII.

AMALIA.—DON BENIGNO.

AMAL. Qué se ocurre? Qué hay de nuevo?

BENIGN. Perdone usted si incomodo;
pero...

AMAL. Bah! de ningun modo,
Es para obrar como debo.
Y aunque prometí ceder
al otro la iniciativa
en aquella disyuntiva,
he mudado parecer,
y esta es mi contestacion.
(Le dá el papel.)

BENIGN. *(Despues de examinarle rápidamente.)*
Una renuncia!

AMAL. Formal.

BENIGN. A la condicion...

AMAL. Cabal.

BENIGN. Y aquello de la razon?

AMAL. Razon es que no ha valido
porque otra mejor apura,
y es forzoso...
(Desde este momento hasta el fin de la escena,

Amalia va reprimiendo con mas trabajo su llanto.)

BENIGN. Qué locura!
Y por qué este cambio ha sido?
Vamos, que lo sepa yo!
y tal vez sin este paso
se pueda arreglar el caso.
(Dándola el papel.)
Retírela usted.

AMAL. Ah! no!!
Yo no he de volverme atrás!!

BENIGN. *(Instando.)*
Es que...

AMAL. Nada!

BENIGN. (Estamos buenos!)
Mire usted.

AMAL. *(Casi llorando.)*
No puedo menos.

BENIGN. Pero...

AMAL. *(Llorando ya y al marcharse por la puerta derecha.)*
Ni puedo hacer mas!

ESCENA XVIII.

DON BENIGNO.

Repare usted!... que si quieres!
antes tanto sentimiento
y tanto... y en un momento...
el diablo son las mujeres!!
Aquí hay algo! ¿Y cuál será
la razon de esta manía?
Nada, alguna tontería;
y á mí, qué mas se me dá?
Con el escrito escudado,
de lo restante descuido.
(Manolito aparece en el foro derecho; al volverse, le vé don Benigno y esclama:)
Mas á punto que ha venido!

ESCENA XIX.

Dicho.—Manolito.

Manol. (Mas á tiempo que le he hallado!)
Don Benigno!
Benign. Qué?
Manol. Un momento.
Lo que ha de ser, al instante;
óigame usted.
Benign. Adelante.
Mannl. Voy á decir lo que siento.
Ya que el plazo es arbitrario
para dar la solucion
sobre aquella condicion,
quisiera...
Manol. No es necesario.
Mi impaciencia solicita
dar un corte escepcional.
Benign. Hombre, pues hace usted mal,
porque no lo necesita.
Manol. Cómo!
Benign. Como lo oye usted!
Si la Amalia ha renunciado:
mire usted!
(Le enseña el papel.)
Manol. *(Revelando á su pesar un oculto sentimiento.)*
(Oh! me ha dejado
yerto como una pared!)
Benign. Le hace á usted ese favor.
Manol. Favor... con que me desprecia!
y un dineral... (Habrá nécia!)
(*Con alegría afectada.*)
pero corriente, mejor.
(El actor deberá marcar mucho estas inflexiones.)
Libre ya me considero,
y fuera de todo apuro.
Benign. Y ya es usted, de seguro,
solo y único heredero.
Y para fin de mi encargo,
solo falta que en presencia

del notario, de la herencia
se haga usted en forma el cargo.

MANOL. Cuándo ha de ser?

BENIGN. Sin demora.
Si está arreglado de modo,
que en enterarse de todo
no se tarda un cuarto de hora.
Billetes del numerario,
y de fincas de la herencia
títulos de pertenencia,
todo consta en inventario.
Y en breve de su valor,
usted ya como mayor
de edad, podrá á su sabor
de todo ello disponer.
Y yo estoy en brasas, ya
sabe usted que mi divisa..

MANOL. Pero yo no tengo prisa.

BENIGN. Yo si.

MANOL. Pues vamos allá.

(Don Benigno se dirige á tomar su sombrero y algunos papeles, y marcha por el foro. En tanto Manolito, despues de tomar el suyo, se para en el proscenio y dice los últimos versos.)

ESCENA XX.

MANOLITO.

Al fin con esta mudanza
todo estremo se concilia,
ya es segura mi esperanza;
el oro todo lo alcanza:
hay herencia y habrá Emilia.
(Con muestras de un resentimiento involuntario.)
Pero despreciarme así
la Amalia!... al alma me toca!
ó hay algun misterio aquí,
ó soy feo... pésia mí!
ó esa muchacha está loca!
(Sigue á don Benigno.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON BENIGNO.—AMALIA.

BENIGN. Pues señor! ya no hay escape,
ya no tiene compostura:
de una vez que usté lo ha hecho
ha de arrepentirse muchas;
que no se viene á la mano
tantas veces la fortuna.
Perdone usted mi franqueza.
AMAL. Es reconvencion injusta;
yo he tenido mis razones.
BENIGN. Lo que es á mi se me ocultan.
Cuando apenas ha una hora
sin resistencia ninguna
usted la nota aceptaba
que poco despues rehusa,
no sé yo cuáles motivos
tan de pronto se reunan,
que el desprecio justifiquen
de la respetable suma
de una herencia y un buen mozo,

que son cosas que ninguna
mujer de estos tiempos debe...
vaya... que ha sido locura!

AMAL. *(Suspirando.)*
Lo que he perdido no ignoro;
pero arrepentirme, nunca!

BENIGN. Mal se aviene ese suspiro
con lo que el lábio pronuncia.

AMAL. Si de una ambicion frustrada
usted le cree, me injuria,
que en razon mas generosa
mi sentimiento se funda.
Ni es un desprecio orgulloso
la causa que á ello me impulsa,
que en cosas de que mi afecto
como soberano juzga,
ni la ambicion me retrae,
ni el orgullo me estimula.

BENIGN. Si esas no fueron las causas,
dígame usted, criatura,
¿cuál otra pudiera serlo
que no fuera una tontuna?
Si es un capricho, es culpable;
si es abnegacion, es mucha;
si es algun escrupulillo,
no mereciera disculpa.
Y para el pecado grande,
con la penitencia adjunta
de rehusar las ventajas
que usted en ello rehusa,
todas esas nimiedades
eran *peccata minuta.*
A no ser que... usted perdone
lo llano de mi pregunta,
no le amaba usted?

AMAL. *(Con indecision.)*
Yo? ah!

BENIGN. Bueno,
pues entonces, qué diablura?...

AMAL. Sensible me ha sido, pero...

BENIGN. Usted se tiene la culpa.
Si se espera usted un poco,
se la lleva sin disputa;

porque...

AMAL. La herencia!

BENIGN. Sí.

AMAL. Pero
aguardar á su renuncia,
sabiendo que él iba á hacerla,
tras de sufrir la repulsa
era una bajeza, y era
destruir yo su ventura
sin que...

BENIGN. Con que usted sabia
que él...

AMAL. Que estaba hecho una furia
con la condicion, pues de otra
enamorado...:

BENIGN. Me gusta!

AMAL. (Ah! no lo sabe!)

BENIGN. Y por eso?...

AMAL. Sí; con la herencia segura,
esperaba hacerse digno
de ofrecerla la coyunda
nupcial, que de otra manera
creyó pretension absurda.
Y al ver en el testamento
esa claúsula importuna,
renegando de su estrella
en la decision fluctúa,
que aceptando ó no aceptando
toda esperanza se frustra.
Yo por ahorrarle tormentos
quise aprontar mi renuncia;
porque ya que la desgracia
nuestro porvenir desuna,
quiero que al menos me deba
su felicidad futura.

BENIGN. Y eso es todo? vaya en gracia!
(Lo que una pasion ofusca!)
Y él lo atribuirá á desprecio.

AMAL. No importa que lo atribuya.

BENIGN. Y en tanto que él á sus anchas
de las herencias disfruta
que ya adjudicadas tiene,
de esa cesion por resulta,

usted que...

AMAL. Estaré llorando
sola mi mala ventura;
pero al fin, con el consuelo
de hacer completa la suya.

BENIGN. Si él supiera lo que pierde
con perder esa ternura!
Y por qué? por un capricho
tal vez, acaso por una
coquetilla impertinente,
ligera, ó nécia, ó insulsa
que el tesoro que desdeña
en nada le atribuya.

AMAL. Creo que sin los defectos
de que usted ahora la acusa,
merezca todo el cariño
que tan ciego la tributa.
(Cuando sepa que es...) Dios mio!
(Reprime su llanto con dificultad.)

BENIGN. *(Que lo nota.)*
Vamos, vamos! criatura!
olvide usté...

AMAL. *(Casi sollozando.)*
Yo! si el cielo...

BENIGN. Dale!

AMAL. Mis votos escucha,
habrán... de ser muy felices...

BENIGN. Ah! no es un caso de bula,
que aun impedirse pudiera...
yo le diré...

AMAL. Oh! no, no; nunca.
Exijo en este secreto
la reserva mas profunda.
Y si ante usted algo vale,
pido que atienda esta súplica.
(Con intencion.)
Cuando á usted él acudiere,
que es muy probable que acuda,
no ponga usted resistencia
al logro de su fortuna.

BENIGN. Yo?

AMAL. Bien. Yo vuelvo á Castilla
donde olvidada y oscura...

Benign. Eh! deje usted... por ahora
no hay ningun motivo que urja.
(Al notar la dificultad con que se contiene y que al fin llora.)
Oh! si no llora... no sé...
mi presencia es importuna.
Voime: dejemos que á solas
de desahogarse concluya.)
(Váse por la puerta derecha.)

ESCENA II.

Amalia.—*Queda llorando y continúa toda la escena así. La actriz deberá cuidar de no incurrir en ridículo, ni recargar demasiado este llanto.*

Ay! al fin me han dejado
llorar sin un testigo!
Que sean muy felices;
y haga el cielo propicio,
que mi rival dichosa
le pague su cariño
mejor que él, el ingrato!
(Saca del pecho un retrato que contempla.)
que desconoce el mio.
Imágen adorada
del desgraciado
que así mi amor desdeña,
tú que de mis suspiros
la confidente fuiste,
te perderé asimismo,
que como prenda suya
por serlo de mi tio
á manos de tu dueño
que vayas es preciso.
Mal haya amen la hora,
en que por mi suplicio
le conocí, otro tiempo
orígen y principio
de este amor que ignorado
ni aun es agradecido,
Y para mas tormento,

que ignore el sacrificio,
que para su ventura
hace mi afecto fino.
¡Y quieren que no llore
tras de lo que he perdido!
Mas si ya no hay remedio
llorar es desatino.
(Manolito y Pascual por el foro derecha, pero no ven á Amalia. Pascual dice desde allí las primeras palabras que Manolito contesta. Amalia al oir su voz se retira con precipitacion por la puerta derecha.)

PASC. *(Desde el foro.)*
Oh! Sea enhorabuena!
MANOL. *(Idem.)* Ahora la recibo.
AMAL. Ay!! es él! voime; el verle
redobla mi martirio.
(Váse.)

ESCENA III.

MANOLITO.—PASCUAL *que vuelve á repetir el abrazo en la puerta del fondo.*

PASC. Otra y mil enhorabuenas!
Acabáronse las penas!
MANOL. Ya soy dueño de un tesoro
y no hay penas con el oro.
PASC. Su poder á todo alcanza.
MANOL. En él fundo mi esperanza
porque sé que es el dinero...
PASC. Poderoso caballero!
MANOL. Hace poco que abatido
al verlo todo perdido,
dándome funesta grima,
se me vino el mundo encima:
pero rico ya, insolente,
quiero levantar la frente;
pues creo que en esta edad...
PASC. Dineros son calidad.
MANOL. Si en este tiempo aflictivo,
metálico y positivo

todo se compra y se vende...
PASC. Como en los tiempos de allende!
MANOL. Llevo ya en esta cartera
(*Enseña una.*)
mi felicidad entera;
pues, tú lo has dicho: el dinero...
PASC. Es bizarro caballero!
MANOL. Ay tio del alma mia!
perdóname esta alegría
que no escluye mi dolor.
PASC. (*Afectando enternecerse.*)
Es verdad, pobre señor!
MANOL. Triste es deber á su muerte
esta lisonjera suerte;
pero amigo en esta edad...
PASC. (*Entre riendo y llorando.*)
Dineros son calidad.
MANOL. Mas, si han dicho *que es mentira*
que ama mas, quien mas suspira.
rico ya con esta herencia,
sin temor de competencia
obtenerme será llano
de Emilia la blanca mano;
que tambien es el dinero
un galante caballero!
Y antes de la peticion
que autorice nuestra union,
á que el papá ha de acceder,
quiero de Emilia obtener
el permiso que yo espero
que obtendré... por mi dinero;
pues amigo en esta edad
dineros son calidad.
Y sin embargo hay aun
(*Con intencion y revelando un oculto sentimiento.*)
quien con desden no comun
tratando el vil interés
desprecia en un dos por tres
mi consorcio, y un legado...
esto, Pascual, me ha picado
y prueba que don dinero
no es tan bravo caballero.

Yo tuve igual tentacion;
mas tú sabes la razon;
pero ella por mas que trato...

PASC. (*Acercándose y con misterio.*)
Lleva en el pecho un retrato,
que una vez besar la vi.

MANOL. (*Con despecho.*)
¿Con que me desprecia asi
por otro?—Ves? no es verdad;
dinero no es calidad.
Si es desprecio... seré un necio;
mas, Pascual, por vida mia!
toda mi herencia daria
por vengar ese desprecio:
conozco que no es razon,
siendo un bien, llevarlo á mal;
pero... qué quieres, Pascual?
misterios del alma son!
Mas que alguien se acerca entiendo.

PASC. (*Despues de mirar por la derecha.*)
Si señor; la señorita.

MANOL. Emilita?

PASC. La mismita.

MANOL. (*Con una seña significativa.*)
Ah! Pues...

PASC. Comprendo, comprendo.
(*Váse foro derecho.*)

ESCENA IV.

EMILIA.—MANOLITO.

EMILIA. Manolo!

MANOL. Emilia! Dichoso,
quien despues de tanta ausencia
hoy de usted en la presencia,
puede ser mas animoso.
Túvome antes encojido
mi escaso merecimiento;
ahora tendré mas aliento.
(*Con importancia.*)

Y bien! qué tal? cómo ha ido?

EMILIA. Bien, y á usted?

MANOL. Bien: con certeza
sé de un aviso en virtud,
que ha ido mejor de salud,
que de constancia y firmeza.

EMILIA. Por qué?

MANOL. No es reconvencion:
me daré por satisfecho,
con reclamar el derecho
de mi antigua posesion.
Y si dado fui al olvido,
hoy pretendo recobrar
el buen lugar...

EMILIA. Qué lugar?
Si usted nunca le ha perdido!

MANOL. Eso escita mi arrogancia
y mas mi cariño afecta.

EMILIA. ¿Y á qué ha sido esa indirecta
de firmeza y de constancia?
ó no entiendo...

MANOL. O no me esplico.

EMILIA. Tal vez.

MANOL. Pues me han informado
que habia el puesto ocupado...

EMILIA. Quién?

MANOL. (*Con socarroneria.*)
Un tal don Federico.
Poco hace al salir de aquí
le hallamos en la escalera
Feliciano y yo; y lo que era
me indicó.

EMILIA. (*Idem.*)
De veras?

MANOL. Sí.
Supe desde que llegué
que por rival lo tenia;
pero no le conocia.
Y vamos, digame usté;
es cierto?

EMILIA. Y á qué negar
el interés con que viene?

MANOL. Hola!

EMILIA. Pero eso no tiene
nada de particular.
MANOL. No?
EMILIA. No: ni eso es ser infiel
ni lo uno de lo otro exime;
pues porque yo á usté le estime,
no he de despreciarle á él.
MANOL. Sí?
EMILIA. Rivales en mi amor
cada cual el suyo ofrezca;
y al que mas se lo merezca,
se lo pagaré mejor.
MANOL. Vaya un nivel!
EMILIA. Es muy justo:
Pues qué mas se me dá á mí?
MANOL. (*Desconcertado y reponiéndose en seguida.*)
Eh? (Si siempre ha sido así;
yo no sé de qué me asusto.)
Pues la competencia empieza
y no espero salir mal;
aventajo á mi rival
en cariño y en riqueza.
EMILIA. (Hola!)
MANOL. ¿Y no obrará en mi pró
el derecho que me asiste
de antigüedad?
EMILIA. Si usté insiste
no puedo decir que no.
MANOL. Poco es; pero me contento;
que quien de amor está loco
se contenta con muy poco;
no habrá mas merecimiento.
Crei yo... pero paciencia,
que mas debia alcanzar,
quien iba ya á renunciar
por ese amor una herencia...
EMILIA. Y por qué?
MANOL. Porque el legado
á Amalia y á mí en union
era, con la condicion
de quedar desheredado
quien no quisiera acceder
al consorcio que imponia,

y que mi tio queria.
Y gustoso iba á perder
la adquisicion de un caudal,
que aunque de tanto valor
me prohibia este amor.

EMILIA. Hubiera usted hecho mal.
(Desentendiéndose sin afectacion.)
Y cómo eso se arregló?

MANOL. Quiso mi propicia estrella
que al fin renunciara ella.

EMILIA. *(Con sencillez y naturalidad.)*
Ay qué tonta! no, pues yo
no soy de esas melindrosas.

MANOL. Y hubiera aceptado?

EMILIA. Sí.

MANOL. Mas, por la herencia ó por mí?

EMILIA. Por... vaya! por las dos cosas.
Mas si usted me da permiso,
(Dirigiéndose al foro, Manolito la detiene.)
sea enhorabuena y abur.

MANOL. Permítame usté! (Al abur!)
otro momento; es preciso,
mas que vaya usted de paso.
Procuraré compendiar.
Figúrese usted estar...

EMILIA. Yo! cómo?

MANOL. En el mismo caso
de la anterior condicion;
que si acepta su exijencia
serán suyas esa herencia,
mi mano y mi corazon.
Que yo la mano de esposa
la pidiera; usted, qué haria?

EMILIA. Quién, yo? La concederia.

MANOL. Gustosa?

EMILIA. Sí: muy gustosa.
Pero... eso... á mi papá.

MANOL. Me da usted permiso?

EMILIA. Sí.

MANOL. Pues voy luego...

EMILIA. *(Dirigiéndose al foro.)* Bien; á mí...
abur! lo mismo me da.
(Marcha por el foro izquierda.)

ESCENA V.

MANOLITO.

Triunfé al fin! su lijereza
bien mi esperanza fundaba:
pero... no sé cuando acaba
de sentarse esa cabeza.
No es el cariño sincero
que yo busco, el que me dá;
bien lo sé; y el caso está
en que asi y todo la quiero.
Al menos... y ahora es razon
insistir en la pelea,
para que la otra vea
que me es útil su sofion.
A esta todo la es igual;
pero, en siendo mi muger,
yo la enseñaré á querer
á su marido.
(Llamando.)
Pascual!

ESCENA VI.

Dicho.—PASCUAL, *parándose en la puerta del foro.*

PASC. Señor!
MANOL. Ven.
PASC. *(Acercándose.)*
Voy: y qué ha habido?
MANOL. Nada! corriente!
PASC. ¿Ha otorgado
su permiso?
MANOL. Me le ha dado.
PASC. ¿Y ahora está usted convencido
de lo que ha poco dudaba?
MANOL. De qué?
PASC. De que es don dinero
poderoso caballero;

porque el amor... no bastaba.
Mas ese positivismo
aunque interés, amor es.

MANOL. O no es amor ni interés,
sino que la da lo mismo.
Mas si logro lo que quiero,
mi cariño considera
que he de alcanzar que me quiera.
Dile á tu amo que le espero.

PASC. Vá usté á hacer la peticion?

MANOL. Si, anda.

PASC. Voy. Pero ya
(Se detiene al partir.)
no es necesario; ahí está
y me ahorra la comision.
(Antes que entre don Benigno, Pascual se va por la derecha.)

ESCENA VII.

MANOLITO.—DON BENIGNO, *que al salir mira como quien busca alguna persona.*

BENIGN. Hola! y esa señorita?

MANOL. Quién?

BENIGN. La Amalia.

MANOL. Cuando yo
he entrado, no estaba.

BENIGN. No?
(huirá de él; pobrecita!)
Y usted?

MANOL. Tenemos que hablar.

BENIGN. Qué es lo que decirme intenta?
¿Es que acaso alguna cuenta
tenga que rectificar?

MANOL. Oh! Don Benigno! Por Dios!
no hay error de cuenta en nada:
es otra cuenta privada,
que hemos de arreglar los dos.

BENIGN. Otra cuenta que arreglar!
No hay sobre que yo presuma...

MANOL. Una cuenta que es, en suma,

cuenta de multiplicar.
Oígame usted con paciencia,
benigno como su nombre.

BENIGN. Pero siéntese usted, hombre,
y vaya de conferencia.
A qué estar incomodado?

MANOL. No, si estoy perfectamente;
bien está asi un pretendiente.

BENIGN. Pero está mejor sentado.

MANOL. Oh! bueno! aunque me es igual,
harélo asi, en atencion
á que es la tal peticion
una cosa muy formal.
(Don Benigno se sienta. Manolito acerca un sillon y se sienta á su lado.)
Si la herencia de mi tio
á quien Dios tenga en el cielo,
de su muerte, algun consuelo
le dió al sentimiento mio,
no era, pues, por adquirir
sus riquezas ambicion;
sino por otra razon,
que le voy á usté á decir.
Si luego cuando al tocar
la condicion que imponia
maldije la suerte mia,
no vacilé en aceptar
porque fuera de cumplir
tan mala la condicion,
sino por esa razon
que le voy á usté á decir.
Si volví poco despues
á transigir inclinado
no fué por haber mostrado
un nécio desinterés,
ni por dejar de sentir
perder tan buena ocasion
fué... por la misma razon
que le voy á usté á decir.
Y aunque quizá me ha picado
su desprecio por demas,
(Don Benigno hace un gesto significativo.)
hubiera sentido mas

tener que habérsele dado;
mas, solo quise pedir
la razon al corazon.

BENIGN. Bueno; pero ¿esa razon
me la quiere usté decir?

MANOL. Es una razon tan bella,
que todo eso lo concilia
y es... que yo amo...

BENIGN. A quién?

MANOL. A Emilia
y que por ella...

BENIGN. *(Con sorpresa y marcado disgusto.)*
Oh! por ella!

MANOL. *(Continuando sin apercibirse de ello.)*
Gustoso hubiera perdido
mi herencia, antes que acceder
á la condicion.

BENIGN. A ver!
Con que por Emilia ha sido?

MANOL. Hace tiempo que la quiero
con el afecto mas puro,
y hoy que ofrecerla procuro
amor y fortuna, espero...

BENIGN. Era por ella el furor
que la condicion le daba!
ella, por quien deseaba...

MANOL. Por merecerla mejor!
Y con todo desconfio,
de llegarlo á conseguir.

BENIGN. Y por ella no cumplir
la voluntad de su tio!
Dejar que la otra inocente...
desagradecido! ingrato!

MANOL. Yo, señor, de lo que trato
es de ver si usted consiente
en darme su mano.

BENIGN. *(Levantándose.)*
Yo?
¿consentir yo que mi hija...
en vano es que usted lo exija.

MANOL. *(Idem.)*
Que no?

BENIGN. Mil veces que no.

MANOL. Y por qué?
BENIGN. Luego... no es nada!
dirian que yo este amaño
habia urdido para daño
de esa niña desdichada!
MANOL. Pues de que haya obrado asi,
yo, que no estará concibo
ni en usted, ni en mí el motivo.
BENIGN. (*Yéndose á la puerta de su cuarto.*)
En mi, no está; en usted, si.
Y nunca consentiré
en que mi hija...
MANOL. (*Desesperado.*)
Esto es mucho!
(*Queriéndole detener.*)
Pero, oiga usted.
BENIGN. Nada escucho.
MANOL. Pues qué motivo... se fué.

ESCENA VIII.

MANOLILO.

Pero señor! hay paciencia!
pues ¿qué culpa tengo yo
de que haya dicho que no?
con que tras de... penitencia!
Y he de quedarme asi ahora?
Oh! no!... pero vuelve Emilia;
veremos si ella me auxilia.

ESCENA IX.

Dicho.—EMILIA *que entra por la puerta del pasillo del foro por donde se fué al fin de la escena cuarta.*

EMILIA. Le habló usted ya?
MANOL. Si señora!
Ya le he visto, ya le he hablado
y esa mano le he pedido.
EMILIA. Y bien; qué dice? qué ha habido?

MANOL. Nada; que me la ha negado.
EMILIA. (*Sin demostrar sentimiento, solo con estrañeza.*)
Qué dice usted?
MANOL. La verdad.
Por un escrúpulo nécio
me hace tamaño desprecio.
EMILIA. Pues, hijo, conformidad!
Que yo aunque la causa ignore,
la respetaré.
MANOL. (*Admirado.*)
Qué calma!
tiene usted, Emilia, un alma!
EMILIA. Pues qué, quiere usted que llore?
Si no accede mi papá,
quiere usted que me rebele?
Quéjese usted si le duele
que á mí... lo mismo me dá.
Dice que no, y me contento:
si hubiera dicho que sí,
ya sabe usted que por mí
nunca habria impedimento.
MANOL. Ah! ¿Conque es decir que usté,
si yo quizás alcanzára
el que su papá otorgára
no se opondria?
EMILIA. Por qué?
MANOL. Y si lo logro?
EMILIA. Corriente.
MANOL. En pié nuestro pacto queda?
EMILIA. Usted haga lo que pueda,
que á mí me es indiferente.
MANOL. Indiferencia fatal
que me arredra mas que todo!
pero, en fin, de cualquier modo,
tambien á mí me es igual.
Como yo mi intento alcance,
qué mas me da! y yo confio
que mi amor y el teson mio
saldrán bien en este trance.
Yo, su tonto miramiento
le haré ver que es infundado;
y que sin razon me ha dado
desaire que tanto siento.

Eso es para entre los dos;
y cuanto en mí mano esté,
todo en juego lo pondré;
pero, Emilita, por Dios!
deje usted su estoicismo,
y pagar mi amor decida;
no vuelva usted en su vida
á decir —me da lo mismo.—
Y aunque sea impertinencia,
perdone usted mi episodio,
en amor vale mas el ódio
que esa fria indiferencia.
Y sobre todo la ruego
que sin reparo ninguno
á ese rival importuno
le dé un desengaño luego.

EMILIA. Cómo? Vaya una salida!
cuando está usted en derrota,
me pasa usted esa nota
de que al otro le despida!
Cuando logre usted mi mano
me mandará á su placer,
hasta entonces... eso es ser
el perro del hortelano.
Haga usted que mi papá
se la conceda, y los dos
nos compondremos; y adios,
(*Al irse entre dientes.*)
que á mí lo mismo me da.
(Váse por la puerta derecha. Manuel se queda estupefacto y pensativo por algunos instantes.)

ESCENA X.

MANOLITO.—*Despues* PASCUAL.

MANOL. Pardiez... estoy turulato!
vaya un cariñito fiel!
(Aparece Pascual por el foro mirándole con cautela.)

PASC. *(Acercándose.)*
(Ya está solo) Don Manuel!

qué hay?
MANOL. *(Bruscamente.)*
Que eres un mentecato,
pesia tu materialismo!
PASC. Pues qué es lo que aquí pasó?
MANOL. Que el papá dice que no;
y ella que la da lo mismo.
PASC. Qué escucho! será verdad?
MANOL. Vaya, lo ves, majadero?
ni compra amor el dinero,
ni dinero es calidad.
Fundaba en él mi esperanza,
mi esperanza se ha cumplido
y de nada me ha servido.
PASC. Pues con él todo se alcanza.
Y no dude usted, señor,
de que él es de todo mal
la piedra filosofal.
MANOL. Pues de qué sirve á mi amor?
PASC. No saque usted deducciones
de un singular caso estraño;
si es escepcion en su daño,
no hay regla sin escepciones.
Yo á ese producto del arte,
tal fé y aficion le muestro,
que al rezar el *Padre nuestro*
siempre en la segunda parte
ganas de decir me dan,
dinero de cada dia,
en vez de *pan*, que á fé mia
que el dinero compra el pan.
MANOL. Pues faltó tu silogismo.
PASC. Pues será... por qué será?
Ahí el quid es el papá
que á ella...
MANOL. Si la dá lo mismo.
Y si el papá concediere,
mi rival desistiria;
y si no... por vida mia
yo haria que desistiera.
PASC. Mas me causa admiracion
negársela á usté; no sé
por qué habrá sido.

MANOL. Por qué?
Por una necia aprension.
Que teme que se creyera,
si él ese enlace otorgara,
que él hizo que yo ganara
lo que la Amalia perdiera.

PASC. Malo! entonces no hay remedio;
si es por eso su capricho
no le apean de lo dicho
con palancas.

MANOL. Ya habrá un medio.
Yo haré...

PASC. Diligencia vana.

MANOL. Veremos!

PASC. Vano conato;
es mas terco que un mulato.

MANOL. *(Con energía.)*
Pues á terco no me gana.
No le ha de valer la bula;
porque ya estoy en mi centro;
cada obstáculo que encuentro
mas me inquieta y me estimula.
Y aunque haya dicho que no
y aunque le pese á mi estrella,
y aunque no lo quiera ella,
y aunque... no lo quiera yo,
salir adelante espero:
y prometo por mi nombre
que... ó soy ó no soy un hombre
de muchísimo dinero!

PASC. Bravo!

MANOL. Todo mi caudal
gustoso le gastaria...

PASC. Así, bien, por vida mia!

MANOL. Ya es un empeño formal,
y aunque eche á rodar los bolos
como haya algun medio humano...
(Aparece Feliciano por el foro derecha.)
Pero aquí está Feliciano,
(Asaltado de un pensamiento repentino.)
ah! Pascual, déjanos solos.

ESCENA XI.

MANOLITO.—FELICIANO.

FELIC. Adios!
MANOL. Hola!
FELIC. Qué tal? tengo
que felicitarte, di?
(Con espresion.)
Es como he pensado?
MANOL. *(Maquinalmente y como preocupado de otra cosa.)*
Sí.
FELIC. *(Apretándole la mano con júbilo.)*
Somos felices. Yo vengo
de la Bolsa; qué Babel!
MANOL. *(Con estraño interés.)*
Qué hay?
FELIC. Que apenas se ha sabido
aquello, cuando ha subido
un dos y medio el papel.
Al que gana le da risa;
quien pierde rabia y reniega,
y á cada pregon que llega
un silencio... que ni en misa.
Trajo tales embarazos
esta alza en solo media hora
que ya se cuentan ahora
mas de veinte batacazos.
MANOL. Segun eso don Benigno...
FELIC. De los arruinados fuera
como yo no lo impidiera,
pero eso seria indigno.
En logrando la anhelada
peticion, que te advertí...
MANOL. Si ya no te sirve á tí
todo eso para nada.
FELIC. Cómo?
MANOL. No.
FELIC. Por qué razon?
MANOL. Sobrado sencilla es;

ya no tendrás interés...

FELIC. Pero hombre, la esplicacion.

MANOL. Oyela pues; el legado
era á la Amalia y á mí.

FELIC. Pues vaya un pero; yo, así
lo habia pronosticado.

MANOL. Pero no la condicion
que de casarse imponia,
y si alguno resistia,
que perdiera su porcion.
Yo aplacé...

FELIC. *(Asombrado.)*
Qué impertinencia!

MANOL. Mi decision...

FELIC. Yo me espanto!

MANOL. Ella renunció entre tanto
y yo me llevé la herencia.
De modo...

FELIC. Por Jesucristo!

MANOL. Que ya no estarás propenso
á continuar...

FELIC. Ni lo pienso!

MANOL. Y desistes?

FELIC. Sí; desisto.
Ya no está en mis intereses;
si pobre la otra quedó,
ya no necesito yo
sacrificarla mis treses.
Y si ya de él nada espero,
á nada por él me obligo:
si es don Benigno mi amigo,
mas amigo es mi dinero.
Oh! de perillas me viene
y mas que luego fulmine;
si se arruina, que se arruine,
y si tronare, que truene.
Si de mis medios asi
la intencion fué malograda,
de qué me sirven?

MANOL. De nada,
pero me sirven á mí.
Y la razon no es prolija;
rico apenas con la herencia,

le hice al punto la exigencia
de la mano de su hija.

FELIC. Y qué?

MANOL. Que me la ha negado.

FELIC. Te la ha negado! por qué?

MANOL. Poco valen por mi fé,
los motivos que me ha dado.
Disculpas creo!

FELIC. Habrá nécio!

MANOL. Ya no estrañarás que acuda
para obligarle, á tu ayuda.

FELIC. Véngate de ese desprecio.

MANOL. Pues para ello solicito
de tus medios el poder.
Si me los quieres ceder,
ahora yo los necesito
y te los pago.

FELIC. Corriente;
el momento es oportuno.

MANOL. Hay inconveniente alguno?

FELIC. No hay ningun inconveniente.
Nada, á la Bolsa en un vuelo;
te presento al que ha comprado;
que la venta ha reclamado;
tú les compras y sin duelo.
En pidiendo tu papel,
lo ponemos en un potro;
porque en dando contra el otro
el otro da contra él.
Habrá la de San Quintin;
yo el papel no se le doy;
y, ó le derrotamos hoy,
ó te la concede al fin.
Y si otorga?

MANOL. Es indiferente:
si es que accede á mi deseo,
las diferencias costeo,
para dejarle solvente.

FELIC. Y si cede has derrochado
lo que importen?

MANOL. Qué remedio!

FELIC. Vale que tendrás un medio
para verte compensado.

Dos es hasta ahora el brinco;
que á treinta y uno vendió él;
te haces cuenta que el papel
le compras á treinta y cinco.
Sube hasta ahi de seguro;
te resarcirás si vendes;
y si aun ganas algo... entiendes?

MANOL. Partiremos, te lo juro.

FELIC. Pero, chito, te suplico
que de el papel que he guardado,
quede el hecho reservado.

MANOL. Ah! bien.

FELIC. Eres guapo chico!
Pues á la Bolsa al instante
á arreglar el espediente.
Vamos?

MANOL. Sí (vaya un agente!)

FELIC. Ea, pues!

MANOL. Echa adelante.

FELIC. *(Al partir.)*
Como tú quieras su daño
ó cede, ó se vé perdido.
(Manuel toma el sombrero para seguirle.)

ESCENA XIII.

MANOLITO.

Oh! le dejaba lucido!
(Rápidamente al mirar alejarse á Feliciano.)
Mas nada tiene de estraño.
Judas, tipo de maldad,
en mezquina cantidad
vendió al mejor de los buenos;
pero un Judas de esta edad
le hubiera vendido en menos.
(Le sigue.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA.—EMILIA.

EMILIA. Perdóneme usted que crea
que ha sido usted una boba.
Difícil es que en su vida
se vuelva usté á ver en otra!
despreciar tanta riqueza!
AMAL. Si con ella no se compra
la felicidad del alma,
toda la riqueza es poca.
EMILIA. Pues no es usted, que digamos,
remirada y melindrosa!
¿Qué mas puede desearse
para volverse una loca,
que un marido lindo mozo
y una herencia poderosa?
Y un marido presentado
sin que cueste la zozobra
de eleccion y de conquista,
y relacion amorosa,
y estar siempre con la duda
si se logra ó no se logra.
Y una herencia advenediza,
cuya suma basta y sobra

para hermosear á quien tenga
mas faltas que una pelota,
cuanto mas que Manolito...
no hay *pero* que se le ponga.

AMAL. Cierto!

EMILIA. Si yo hubiera sido
que usted, nada escrupulosa,
acepto al punto.

AMAL. Lo creo.
Y creo que usted suponga
que yo tambien en su caso
lo hubiera hecho gustosa.
Mas solo el amor, en estos,
es quien debe dar la norma;
que amor con amor se paga,
y amor con amor se compra:
y ni él me amaba, ni yo...
tampoco... (Ah! miento!)

EMILIA. Y qué obsta?

AMAL. Oh! sin amor...

EMILIA. Vaya, vaya!
Con que el amor... toma, toma!
Yo creo que solo sirve
para llegar á la boda,
y quien sin él se casa,
ese camino se ahorra.
Si usted no hace esa renuncia,
hubiera sido dichosa.
Y asi, quién se lo agradece?

AMAL. Ay Emilita! me asombra
el que usted tales palabras
deje salir de su boca.
Usted que debe muy pronto
ser feliz (cuán á mi costa!)
con él, así me moteja
la renuncia provechosa
que tantos merecimientos
con tanta fortuna colma!

EMILIA. Aun cuando eso sucediera,
no impide que reconozca
que ha sido un error, y craso!
Cuanto mas que á esta hora
yo tambien le digo á eso

lo que á las ubas la zorra.
Están verdes! mejor dicho,
están pasadas! y es droga:
mire usted que mi papá
tiene tambien unas cosas!

AMAL. Pues qué?

EMILIA. Nada, que Manolo,
contándose ya en sus glorias
por verse rico, poco hace
pidió mi mano de esposa,
y papá se la ha negado.

AMAL. Se la ha negado?

EMILIA. De forma
que estamos las dos iguales;
usted que ha sido una tonta,
y que tras de despreciarle,
ni verle quiere usté ahora:
y yo que tras que me gusta,
sin que sea vanagloria,
puedo decir que me quiere.

AMAL. Oh! sí.

EMILIA. Y que he sido su novia
mas de dos años y medio.

AMAL. Con que iguales? (Lo que ignora!)

EMILIA. Igualitas, hija mia,
hemos quedado, y no es broma.
Pero yo por causa agena,
y usted por la suya propia.

AMAL. Verdad. Pero don Benigno,
es cierto que le reprocha?
que le dió esa negativa?

EMILIA. Como una O de redonda.

AMAL. Y por qué?

EMILIA. No sé de cierto;
pero si mas ambiciona,
ya es avaricia; presumo
que un escrúpulo de monja
que no sé...

AMAL. (Por mi será!
yo misma soy quien lo estorba!)

EMILIA. Vea usted qué tonteria!
andarse con ceremonias,
cuando se trata de un hombre

que puede andar en carroza.
Pero él se sabrá el motivo,
que á mí... tan solo me toca
obedecer.

AMAL. Si Manolo
insta en la suplicatoria,
ya verá usted cómo cede
papá, y al fin se lo otorga.

EMILIA. Quién? mi papá? si! ya baja!
si es escrupulillo de honra...

AMAL. Si es el que yo me presumo,
le veré, le haré que me oiga,
y á mis ruegos y razones
verá usted cómo se dobla.

EMILIA. Gracias por el interés
que usted por mi bien se toma;
pero tras de ser en vano,
no lo merece la cosa;
porque á mi me dá lo mismo.

AMAL. Ah!

EMILIA. Qué?

AMAL. Nada; que me choca
esa indiferencia y esa
calma con que se conforma
usted.

EMILIA. Y qué! he de aflijirme?

AMAL. No le ama usted?

EMILIA. *(Con frialdad.)* Si señora.
Yo lo siento; mas no soy
de esas que al momento lloran,
y se acoquinan por nada,
y en un sorbito se ahogan.

AMAL. (Vaya un amor!)

EMILIA. Y que luego,
si Manolito redobla
su instancia porque retire
esa negativa exótica,
ya veremos si lo alcanza:
y si no, ruede la bola!
yo no he de meterme en eso.

AMAL. (Qué mujer! me deja absorta!
y que le tenga tan ciego!)

EMILIA. Si él no alcanzó la victoria,

por eso no ha de faltarme
quien sostenga la derrota.
Que á fé que si este reniega
del mal viento que le sopla,
á Federico le sirve
para vogar viento en popa.

AMAL. Oh! con que es esa la causa
de conformidad tan pronta?
Cuando él la dá á usted mas pruebas
de que la ama, que la adora,
prefiere usté á otro? Ingrata!

EMILIA. Ay hija! usted se equivoca!
yo no prefiero á ninguno
de los dos que me enamoran;
y he dicho ya muchas veces
que á mi lo mismo me importa.

AMAL. Y es verdad?

EMILIA. Toma!

AMAL. (Dios mio!
¿Y es ella quien me despoja
de su amor? ah! no merece
mi sacrificio!)

EMILIA. Y es toda
la justicia que yo puedo
hacerlos.

AMAL. (Me deja atónita!
Justo castigo del cielo.)

EMILIA. Alguien llega.

AMAL. (A buena hora!)
(Federico asoma por el foro izquierda.)
Ahí tiene usted á su amante
número dos; á sus solas
quiero dejarles á ustedes.
(Vá á la puerta derecha.)

EMILIA. Amalita, usted no estorba...

AMAL. *(Al umbral.)*
Pero... (Qué mal empleada
mi conducta generosa.)

FEDER. *(Desde la puerta del foro.)*
Salud, Emilita bella.
(A Amalia que se retira contestándole con un movimiento de cabeza al irse.)
A los piés de usted, señora.

ESCENA II.

Federico.—Emilia, *que le señala un sillon.*

Emilia. (*Se sienta.*)
¿Podré saber qué motivo
es el que á usted hoy le incita
á que doble la visita
en que tanto honor recibo?
Feder. Además de que mi amor
fuera un motivo sobrado...
Emilia. Gracias!
Feder. Por él escitado,
tengo un motivo mayor.
El recelo en que se afana
mi corazon...
Emilia. Es injusto;
pero era fundado el susto
que á usted le dió esta mañana.
Recordando lo pasado,
Manuel, como es natural...
Feder. Oh! ¿con que al fin mi rival
su derecho ha reclamado?
Emilia. Sí.
Feder. Pues por esos recelos
con triste desconfianza,
vengo á jugar mi esperanza
contra...
Emilia. Vuelta con los celos!
Feder. Sí, ya que usted, impasiva,
no dirime la contienda,
necesario es que yo emprenda
una marcha decisiva.
Y por ver si le aventajo
en ese amor peregrino,
para ganarle camino,
voy á echar por el atajo.
Y en fé de amor, si gustosa
el permiso competente
usted me dá, diligente,
su tierna mano de esposa

le pido hoy á su papá.

EMILIA. Corriente, no me resisto;
pero él anduvo mas listo,
y se la ha pedido ya!

FEDER. ¡Habrá un hombre á quien el hado
persiga con tanto esceso!

EMILIA. No se atufe usted por eso,
porque él...

FEDER. Qué?

EMILIA. Se la ha negado.

FEDER. Oh! lisonjera fortuna!
ya de júbilo estoy loco!

EMILIA. No se cuente usted tampoco
en los cuernos de la luna.

FEDER. Me alegro como Dios manda!

EMILIA. Pues no está todo vencido,
que Manolo ha prometido
insistir en la demanda.

FEDER. Y bien! que insista! corriente!
Si usted su vénia me fia...
lo demás... qué boberia!

EMILIA. Yo no tengo inconveniente,
pero advierto, aunque la dé,
que mi alvedrio conserva
una prudente reserva
para el otro y para usté.

FEDER. (Vuelta con su eclecticismo!)

EMILIA. Y á cualquiera que dé el si
mi papá... lo que es por mí,
cualquiera me dá lo mismo.

FEDER. Qué amor! estoy admirado.

EMILIA. Pero eso al amor no escluye.

FEDER. Eso tan solo me arguye
que él no es mas afortunado.
Mas á lo que solicita
mi afecto en esta ocasion,
le basta esa concesion;
pero ay! amada Emilita!
comprenda usted lo que vale
un amor puro y sincero,
y pague lo que la quiero
con un cariño mas...

EMILIA. (*Interrumpiéndole disgustada.*)

Dale!
(*Se levantan.*)
¿A que viene usted tambien
del otro con el sermon?
haga usted su peticion,
y si usted lo logra, amen.
Ahi en su despacho está
mi papá: si alcanza el si,
ya lo sabe usted, á mí...
abur...
(*Váse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

FEDERICO.

Lo mismo la dá.
Muletilla impertinente
que me aburre, vive Cristo!
á esta niña, por lo visto,
todo le es indiferente.
Mas ya que correspondencia
no dé á mi amante favor,
que no se quede mi amor
á la luna de Valencia.
Siendo mia, su desden
pronto en favor trocará;
(*Tomando el sombrero.*)
vamos á ver si al papá
le dá lo mismo tambien.
(*Váse por la puerta izquierda. Al entrar por ella, Manolito y Feliciano aparecen por el foro derecha.*)

ESCENA IV.

MANOLITO.—FELICIANO.

FELIC. Chico, ya contra tu empeño
no le queda arma ninguna:
ya de toda su fortuna

eres el árbitro dueño.
(*Mostrando unos papeles.*)
Aquí está tu batería;
la carta de peticion
y la póliza, que son
dos piezas de artillería.
Su descubierto es notorio,
le propones el remedio,
y si se niega... no hay medio,
cuéntale en el purgatorio.
Le ha de ir mal en esta feria;
pues si se opone á lo justo,
tú puedes tener el gusto
de dejarle en la miseria.

MANOL. (*Asustado.*)
Eh? diablo! no tanto... no.
Fuera demasiado ya.

FELIC. Pero hombre, si accederá.

MANOL. Es que no quisiera yo
ponerle jamás á pique...
una cosa es que lo crea...
y otra...

FELIC. (*Animándole.*)
Con que vamos... ea!
quieres que le notifique?...
(*Se queda dudando y al ver á Feliciano que se dirige á la puerta izquierda le dice:*)

MANOL. Espera!

FELIC. A qué!

MANOL. (*Pensativo.*)
Como soy
que tiemblo al dar este paso
sin que antes...

FELIC. Eh! no hagas caso.

MANOL. Mas...

FELIC. Vamos; voy ó no voy?

MANOL. Para solo darle un susto,
y obligarle á transigir,
lo que te voy á decir
se me figura mas justo.

FELIC. Vea usted tanto furor
y... qué quieres, adelante.

MANOL. Vuelve á la Bolsa al instante

y busca á su comprador.

FELIC. Pues para eso habia mas
que haberse en ella quedado...

MANOL. *(Prosiguiendo sin hacer caso.)*
Tú tendrás de lo comprado
firma, póliza y demas?

FELIC. Justamente en mi cartera
las tengo conmigo aquí.
Si tanto fia de mí,
que ni le he visto siquiera.

MANOL. Pues perdona impertinencias,
y vé, y segun te designo,
á nombre de don Benigno
págale las diferencias.
Toma.
(Le dá una cartera.)

FELIC. Pero, hombre, por Dios!

MANOL. Paga y recoge su firma.

FELIC. Y si luego no confirma?

MANOL. Eso para entre los dos.
Basta que por cierta tenga
su ruina á lo que conviene.

FELIC. Y si luego no se aviene?

MANOL. Oh! diablo!
(Retira la mano con que le daba la cartera y vacila con decision.)
Eh? que no se avenga.

FELIC. Voy; mas...

MANOL. No quiero tener
de un pesar la penitencia.

FELIC. *(Al irse por el foro, dándole una palmada en el hombro)*
Chico! si tienes conciencia
que mal bolsista has de ser.
(Marcha por el foro.)

ESCENA V.

MANOLITO.

Con ese fingido apuro
en que le pongo, ya es mio

el papá... porque confio
en que ceda... aunque es tan duro!
mas, si vencido consiente,
ningun obstáculo evita
que... y el rival! á Emilita
la soy tan indiferente!
Y si he de decir verdad,
en mi ahinco incitador,
entran por mas que el amor,
empeño y tenacidad;
y á trueque de dar en cara
á la otra por su desden,
no con Emilia... con quién?
con cualquiera me casára!
Despreciarme! Voto á tal!
eso me exalta, me irrita;
y á ser mas tenaz me incita:
(Fijando la vista casualmente en la puerta izquierda.)
pero... calla! mi rival!
Voy á decirle que escluya
su esperanza, y que es en vano
su afan.

ESCENA VI.

Dicho.—FEDERICO *que sale muy mal humorado.*

FEDER. Beso á usté su mano.
(Otro!)
MANOL. Beso á usté la suya.
(Le buscaré las cosquillas.)
FEDER. (Le diré lo que conviene.)
MANOL. (Ah! de perillas me viene!)
FEDER. (Oh! me viene de perillas!)
MANOL. Caballero!
FEDER. Servidor.
MANOL. Palabra, y dispense usté.
FEDER. Escucho ya, y no hay de qué.
MANOL. Voy á pedirle un favor:
quiero que nos entendamos.
FEDER. Falta que nos espliquemos.

MANOL. Pues oiga usté y veremos.
FEDER. Pues diga usté y veamos.
MANOL. Yo amo á Emilia.
FEDER. Y yo tambien.
MANOL. Lo sabia.
FEDER. Y yo, por Dios.
MANOL. Ella es una, somos dos.
FEDER. Somos rivales: y bien!
MANOL. Mas yo como buen cristiano
la amo con fin sincero
y para esposa la quiero.
FEDER. Tambien yo aspiro á su mano.
MANOL. Yo con prévias credenciales
la tengo pedida ya,
y aunque resiste el papá,
yo espero...
FEDER. Estamos iguales.
De igual venia autorizado,
á igual intento he venido;
y tambien se la he pedido
y tambien me la ha negado.
MANOL. Y ella á usté le autorizó?
FEDER. Como á usté.
MANOL. Oh! qué mujer!
Pero, al fin, cómo ha de ser!
Si el papá no concedió,
ya del cuidado he salido
en cuanto á usté, porque ya
espero que lo dará
por negocio concluido.
FEDER. Concluido! poco á poco;
tal vez llegue á conseguir
y no pienso desistir.
MANOL. No?
FEDER. No.
MANOL. *(Con aspereza.)*
Pues bien, yo tampoco.
Pero usté me estorba á mí.
FEDER. Como á mí me estorba usté:
eso bien claro se vé.
MANOL. Pues arreglémoslo aquí,
que yo no estoy en el caso,
mas que pese á todo el orbe,

de consentir quien me estorbe;
con que, salgamos del paso.
Soy mas antiguo en el terno.

FEDER. Ese derecho es ambiguo;
si usted es el mas antiguo,
bien; yo soy el mas moderno.

MANOL. Pues para obviar el pantano,
que nos pone en tal apuro,
antes de un medio mas duro,
propongo un medio mas llano.

FEDER. Y cuál?

MANOL. A muerte ó á vida:
esto asi no continúa;
ya que la niña fluctúa,
hagamos que se decida.

FEDER. Pero cómo?

MANOL. En un carco.
Que siga el que ella designe,
y el otro que se resigne
y ceda el campo y *Laus deo.*
Y protesto que aventuro
casi, casi una certeza.

FEDER. Pues yo tambien con franqueza,
lo contaba por seguro.
Pero vaya. (He de triunfar.)

MANOL. Pues bueno. (Pienso vencer.)

FEDER. Pues á ver.

MANOL. Sí, para ver,
voy á mandarla á llamar.

FEDER. Bien!

MANOL. *(Al fondo llamando.)*
Pascual.
(Volviendo.)
A su alvedrío
creo que se rinda usté.

FEDER. Juro que me rendiré
por mi honor.

MANOL. Yo por el mio.

ESCENA VII.

Dichos.—PASCUAL *desde el foro.*

PASC. Mande usté!
MANOL. Vete á decir,
volando á la señorita...
FEDER. Pero á cuál?
MANOL. A la Emilita,
que haga el favor de venir.
FEDER. Dí que en ello nos contenta.
PASC. Bien. (La llaman y están juntos!
malo! tengo mis barruntos
de que aquí vá á haber tormenta!)
(Marcha por la puerta de la derecha.)
MANOL. Ahora veremos qué tal!
FEDER. Ahora veremos á quien...
MANOL. (Y si ahora no salgo bien!)
FEDER. (Y si ahora salgo mal!)
MANOL. (Ya siento haber indicado...)
FEDER. (Me pesa haber consentido.)
MANOL. (Pero, bah! Bien hecho ha sido.)
FEDER. (Mas qué diablo, bien mirado...)
MANOL. Ya está aquí. Su indiferencia
cese y salgamos de errores.
(Emilia aparece por la puerta derecha. Pascual que sale tras ella se retira por el foro.)

ESCENA VIII.

Dichos.—EMILIA.

EMILIA. Y qué hay de nuevo, señores,
que reclame mi presencia?
MANOL. Oiga usted, y por merced
perdone incomodidades.
EMILIA. Hoy todas son novedades;
pero vaya diga usted,
para qué es esta entrevista?
MANOL. Sepa usted, aunque no basta,

que amor, si es de buena casta,
es acérrimo egoista.
Y es fuerza, en gracia de Dios,
deslindar nuestro interés.
Yo la amo á usted.

FEDER. Y yo.

MANOL. Pues;
la amamos á usted los dos.

EMILIA. Muchas gracias, caballeros!
pero eso ya lo sabia.

FEDER. Es que los dos á porfía
reclamamos nuestros fueros.

EMILIA. Cuáles?

MANOL. Los que á cada uno
da el amor, si es aceptado.

EMILIA. ¿Pues acaso yo he faltado
en lo que debo á ninguno?
Peticion original!
Creo que no puede haber
en mi caso, otra muger
que fuera mas imparcial.

FEDER. Esa es la queja.

EMILIA. Y se deja
conocer que no es fundada,
no siendo parcial en nada.

MANOL. Eso funda nuestra queja.
Que en amor es ley constante
por base de su instituto
el régimen absoluto;
un Dios, un rey, un amante.
Y en amor no hay, hija mia,
poder que esa ley reforme.

EMILIA. Pero eso no está conforme
con las ideas del dia.
Hoy la igualdad es de moda.

FEDER. Pues á decir la verdad,
amor es parcialidad.

EMILIA. Pues á mí no me acomoda.

FEDER. MANOL. No?

EMILIA. (*Contestando á los dos.*)
No señor!
Pase, para Dios y el rey,

pero en amor es mi ley
igualdad ante el amor.
Y consecuente con ella,
con los dos igual he sido;
no sé por qué ha promovido
mi conducta esta querella.
(A Manolito.)
Apenas llegó usté aquí
hoy, para pedir mi mano
á papá, pidió muy llano
mi permiso y se le di.
Y si usted no lo ha alcanzado,
no se dé por ofendido:
pues yo culpa no he tenido
en que se la haya negado
mi papá.

MANOL. Cierto.

EMILIA. Pues bien.
(A Federico.)
Trajo usté igual peticion,
y por la misma razon
se le concedi tambien.
Pero aun tengo ignorado
cual ha sido su fortuna.

FEDER. Los dos estamos á una,
pues tambien me la ha negado.

EMILIA. Tambien! es decir que ustedes
vuelven á quedar iguales;
vamos, hay dias fatales!
papá no está hoy de mercedes!
Lo siento tambien.

FEDER. Sí?

EMILIA. Sí;
tambien lo siento en el alma;
pero tomarlo con calma,
y no quejarse de mí.
De repetir no he cesado,
que á mí me era indiferente;
quien lo lograra, corriente;
lo mismo me hubiera dado.

MANOL. Pues porque los dos sabemos
esa triste indecision,
al papá en la peticion

ambos insistir queremos.
EMILIA. Y bien; eso no me espanta,
cada uno haga lo que pueda.
MANOL. Es que de hacerle que ceda
tengo yo medios en planta.
Y cuando yo ingénuamente
le dí á usted de ello el aviso,
usté refrendó el permiso.
Y si lo logra corriente.
FEDER. Es que yo tambien espero,
que, engañándose el señor,
se dirima en mi favor
la contienda, y considero
que en otorgando el papá;
lo demas...
EMILIA. Pues ya se vé;
si el que lo logra es usté,
á mí lo mismo me dá.
MANOL. Es preciso...
EMILIA. Ser cruel
con alguno? no, eso no.
MANOL. Pues, Emilita, ó él ó yo.
FEDER. Lo mismo digo: yo ó él.
EMILIA. Si ustedes siguen asi,
me daré por ofendida.
MANOL. Fuerza es que usted se decida,
ó por mí...
FEDER. Pues, ó por mí.
EMILIA. Ese nécio esclusivismo
es andar por las paredes;
con que ninguno de ustedes,
y quedan tambien lo mismo.
(*Váse con afectada gravedad por la puerta derecha.*)

ESCENA IX.

FEDERICO.—MANOLITO. *Se quedan mirando un rato como estupefactos.*

MANOL. Vive Dios! Frescos quedamos!
FEDER. Como estábamos nos vemos.

Y bien, qué hacemos?

MANOL. Qué hacemos!
Pues qué quiere usted que hagamos?

FEDER. Qué?

MANOL. Que ya que no haya querido
dar preferencia á ninguno,
ó de los dos cede el uno,
ó el remedio es muy sabido.
Y oiga usted; debo advertir
que á mí, no tanto el amor,
sino un empeño mayor,
me precisa á insistir.
Y pues falló la entrevista,
ya sabe usted lo que quiero,
con que...

FEDER. Qué?

MANOL. Claro, que espero
que desista.

FEDER. Que desista...
Yo?

MANOL. Si.

FEDER. Por ningun concepto.

MANOL. Pues y qué razon exhibe?

FEDER. Que tambien me lo prohibe
mi teson con el afecto.
Cobarde fuera el ceder
pidiéndolo con tal brio.

MANOL. Pues ha de ser, señor mio.

FEDER. Pues... á ver cómo ha de ser.

MANOL. Cómo? no es mucho que tuerza
el mas pertinaz teson
la fuerza de la razon
ó la razon de la fuerza.

FEDER. Brabatas! Un desafio!
Me reta usted?

MANOL. Justamente.

FEDER. Pues corriente.

MANOL. Pues corriente.
Con que... al avio.

FEDER. Al avio.

MANOL. *(Acercándosele y bajando la voz.)*
Armas? la que usted prefiera.

FEDER. El sable?

MANOL. Bueno. La hora?
FEDER. Ahora mismo, sin demora.
MANOL. Y el sitio?
FEDER. Donde usted quiera.
MANOL. Sin que sea cobardia,
una condicion propongo.
FEDER. Si ella es justa, no me opongo.
MANOL. Muy justa, por vida mia.
A primera sangre: asi
darán las armas la suerte,
sin que el duelo sea á muerte.
FEDER. Me dá lo mismo.
MANOL. Y á mí.
Mas el vencido al instante,
para mas satisfaccion,
vendrá á hacer su dimision.
FEDER. Delante de ella!
MANOL. Delante.
FEDER. Pues bien: padrinos busquemos
y manos luego á la obra.
(Aparece Feliciano á lo largo del foro.)
MANOL. Padrinos? con uno sobra,
y ese á punto le tenemos.
Nuestro amigo Feliciano
si es que usted...
FEDER. Cosa resuelta.

ESCENA X

Dichos.—FELICIANO.

FELIC. *(A Manuel.)*
Aquí me tienes de vuelta.
(Al ver á Federico.)
Hola!
FEDER. Beso á usted la mano.
MANOL. A tiempo has ido á venir.
FELIC. Para qué? no lo adivino.
MANOL. Vas á ser nuestro padrino.
FELIC. Pues?
MANOL. *(Señalando á Federico.)*
Nos vamos á batir.

FELIC. Los dos? por qué?
MANOL. Lo sabrás.
FELIC. *(Recapacitando.)*
Ya caigo.
MANOL. El motivo es justo.
Aceptas?
FELIC. Con mucho gusto.
MANOL. Pues de los dos lo serás.
FELIC. Pero, no habrá transacion?
FEDER. Transigir! ya no podemos.
FELIC. Pero...
FEDER. Ya le enteraremos
de la causa y la razon.
FELIC. Bueno; y pues he de ser quien
las condiciones entable,
cuales serán?
MANOL. Oye; sable,
y á primera sangre.
FELIC. Ah! bien.
Cuándo?
FEDER. En este mismo instante.
FELIC. *(Queriendo volver á la conciliacion.)*
Pero... vamos, qué niñada?...
MANOL. *(En tono admirativo de reconvencion.)*
Feliciano!
FELIC. Nada, nada!
Yo no me opongo, adelante!
Y para ahorrarles trabajo,
á mas servirlos me avengo;
armas en mi casa tengo;
y mi carruaje está abajo.
El sitio se buscará,
y en breve tendrán cumplida
la satisfaccion debida.
FEDER. Pues, ea vamos allá.
MANOL. Si usted permite, primero
voy á hablar con el señor
de otro asunto de mi honor,
breve.
FEDER. Pues abajo espero.
(Vase por el foro.)

ESCENA XI.

MANOLITO.—FELICIANO.

MANOL. Lo arreglaste?
(*Con rapidez y mucho misterio.*)
FELIC. Lo arreglé.
(*Devolviéndole la cartera.*)
Toma el sobrante; he pagado.
MANOL. ¿Con que ya no habrá cuidado
para don Benigno?
FELIC. En qué?
MANOL. Pues ahora á darle la carta,
y hacerle pasar el susto:
quiero yo tener el gusto
de ver antes de que parta
cómo... hazme de ella merced.
FELIC. Se la dás?
(*Despues de buscarla saca y se la da.*)
MANOL. Sí, y al instante
te sigo.
FELIC. Ten.
MANOL. Vé adelante.
FELIC. Voy.
(*Marcha por el foro.*)

ESCENA XII.

MANUEL.—PASCUAL.

MANOL. (*Llamando.*)
Pascual.
PASC. Mándeme usted.
MANOL. Dá esta carta á tu señor
al instante, que es urgente.
(*Se la dá.*)
PASC. Venga: está de un continente...
de un humor!
MANOL. Tanto mejor;

lloverá sobre mojado.

PASC. Si es peticion crea usté...

MANOL. *(Con aspereza.)*
Anda y calla.

PASC. Cumpliré:
Se la entregaré al contado!
(Marcha puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

MANUEL.

De dos estremos está
suspensa mi suerte así,
con unas burlas aquí,
con unas veras allá.
Por aquí... vamos á ver,
apliquemos el oido.
(Se acerca á escuchar á la puerta del cuarto de Don Benigno. Tendrá el sombrero en la mano. Despues de un momento de silencio, se oye la voz de Don Benigno que esclama dentro.)

BENIGN. *(Dentro.)* Ah!

MANOL. Hola! bien!

BENIGN. *(Id.)* Estoy perdido!
(En este momento Pascual que parece volver de su comision, al oir estas esclamaciones se queda suspenso en el umbral; y escucha las palabras de Manolito y las esclamaciones de Don Benigno con muestras de estrañeza; al caer el telon continúa como petrificado en el umbral.)

MANOL. *(Poniéndose el sombrero y dejando de escuchar.)*
Esto marcha á mi placer!
(En medio del teatro y disponiéndose para salir.)
Y si ahora quiere el acaso
que en la lid no salga mal,
veremos, cuerpo de tal!
si me caso ó no me caso!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA.—PASCUAL.

Pascual tiene en la mano una caja, que mira de cuando en cuando con aire de curiosidad.

AMAL. Qué me dice usted, Dios mio!
PASC. Lo que oye usted, señorita!
Yo cumpliré muy gustoso
la comision que me intima,
entregando en mano propia
de don Manuel la cajita
cerrada, conforme se halla
despues que usted á Castilla
haya marchado; pero eso
será, si del lance libra
bien, pues quisiera engañarme;
mas si no miente la pinta
han ido desafiados:
y al señor no sé qué intriga
le pone en apuro.
AMAL. Cielos!
habrá mayores desdichas!
PASC. Ya, ya! no se ha armado mala...
y vea usted, quién diria...
AMAL. Válgame Dios!

PASC. Qué! si aquello
fué mas pronto que la vista;
dar la carta y paf! lo mismo
que un cañon de artillería,
el uno corre que corre!
y el otro, chilla que chilla!
y yo me quedé alelado;
despues le seguí la pista
á don Manolito, y veo
que encajándose deprisa
con los dos, que ya esperaban,
en el coche del bolsista,
fueron echando centellas
por esas calles arriba.

AMAL. Dónde habrán ido esos hombres?

PASC. A saber!

AMAL. Dios de mi vida!
quizá en este instante mismo
la de Manolo peligra.
Ay, Pascual, yo se lo ruego
por lo que haya en mas estima;
vaya usted...

PASC. A qué?

AMAL. A buscarlos:
y si usted los halla, impida
que tenga efecto ese lance.

PASC. Fuera vana tentativa:
hace ya... mas de una hora,
ya lo creo, bien cumplida,
que salieron y á galope,
y de mí buen caso harian.

AMAL. Y ya no habrá ningun medio?...

PASC. Qué ha de haber!

AMAL. Vírgen Maria!
Mal haya, amen, quien tuviere
la culpa de estas bolinas!

PASC. No maldiga usté, pues creo
que se maldice á sí misma.

AMAL. A mi, por qué? ¿pues acaso
soy yo quien las origina?
si yo la culpa tuviera!...

PASC. Pues si el caso se examina,
el orígen de todo esto

es aquella negativa
que de la mano de esposa
de la señorita Emilia,
por usted le ha dado el amo,
solo porque no se diga
que si él... si don Manolito...
si la herencia... y si su hija...
y al querer lograr por malas
lo que á buenas no podia,
don Manuel dá contra todos;
porque á mí se me imagina
que lo del amo... él ha sido
quien la carta maldecida
mandó entregar!

AMAL. El?

PASC. Y luego,
cuando de darla volvia,
al oir que el amo á voces
lamentaba de su ruina,
le escuché que satisfecho
esclamó con alegría:
«bravo! bien! este negocio
marcha á las mil maravillas!»

AMAL. Eso le oyó usted decir?

PASC. Eso le oí que decia!
añadiendo: «y si es el caso
que salgo bien de la riña...
cuerpo de tal! ya veremos
si me caso con la chica!»
y se marchó.

AMAL. Y don Benigno,
dónde está? desearia
verle, hablarle...

PASC. No está en casa,
salió tambien en seguida,
á la Bolsa segun creo.
¿Y de qué le serviria
á usted hablarle, si ya
debe estar hecha la riña?

AMAL. Oh! para decirle al menos
que es disculpa aunque muy digna
el escrúpulo alegado.
Que si le negó su hija

para obligarle al intento
que nuestro tio tenia,
y le ha puesto en ese trance,
creyendo que asi me auxilia,
que ha hecho mal, que se ha engañado,
que por mi renuncia escrita,
bien se vé que le desprecio...
mas... si sabe que es mentira!
Oh! qué hombre! en hora mala
le confié yo sencilla
mis sentimientos.
(*Para ocultar á Pascual su involuntario llanto, se sentará en un sillon ó butaca que deberá haber en la escena, en donde permanece abismada todo el tiempo que indica el diálogo.*)

PASC. (Eh? calla!
Que va á que esta le queria?
pero entonces no lo entiendo!
Si estará tonta esa chica?
A qué renunciar? mas... llora?
Sí; pero quiere, solicita
que no vea yo su llanto...
hagamos larga la vista.)
(*Hablando con ella sin mirarla.*)
Ya vé usted tambien el amo
tiene harto con sus bolinas.

AMAL. (*Sin dejar su posicion: consigo misma.*)
Pero á él quién le mandaba
esponer así su vida?

PASC. Su vida! tanto como eso...
(*Al ver que Amalia calla, vuelve furtivamente la cabeza.*
(No me oye!) Ya no se estila
matarse en los desafios:
está muy mal admitida
la muerte.
(*El mismo juego.*)
(Nada, está absorta
en...) Qué tendrá esta cajita?
(*Mirándola.*)
curiosidad del demonio!
y ahora que está entretenida...
(*Va á abrirla y se detiene.*)

Me dan unas tentaciones!...
Ya quité las aldabillas ..
casi sin querer... Qué diantre!
(La abre.)
veamos; ella no mira.
(Pausa.)
Toma, toma! es el retrato
que besaba el otro dia!
(Nueva sorpresa.)
Y es de don Manuel! sí! justo!
es su cara! clavadita!
vaya, ciertos son los toros!

AMAL. *(Sin dejar su posicion: consigo misma.)*
Fragilidad femenina!

PASC. *(Asustado y cerrando la caja.)*
Eh?

AMAL. Quién me mandó ser franca?

PASC. (Bah! si habla consigo misma!
crei que me habia visto...)
pero alguno se aproxima;
(Se acerca á mirar al foro.)
es él.

AMAL. *(Levantándose con viveza.)*
El?

PASC. Ya está de vuelta
y sin la lesion mas mínima.

AMAL. El! Gracias á Dios!

PASC. Vé usted?

AMAL. *(Precipitándose hasta el fin.)*
Ah! Pascual, desearia
que cumpliera usted mi encargo
segun mi instruccion precisa.

PASC. Bien: le daré á él... esta caja.

AMAL. Mas despues de mi partida;
no se la entregue usted antes!

PASC. Descuide usté, señorita,
y no le cuente por Dios
que yo la he dicho...

AMAL. Descuida.
(Vuelve á sentarse con aparente tranquilidad en el mismo sitio.)
(Ya está ahí. Que no conozca
mi llanto ni mi alegria.)

ESCENA II.

AMALIA.—MANOLITO.—PASCUAL, *que se dirige al foro para salir; allí le encuentra Manolito y le pregunta con interés.*

MANOL. Y don Benigno?
PASC. Salió
tras de ustedes y de prisa.
MANOL. Vamos; sin duda la carta
debió de hacerle cosquillas.
PASC. Y tantas!
MANOL. Sí; yo lo creo!
(*Adelantándose al proscenio.*)
Y pues la suerte propicia
me ha favorecido en todo,
ya no hay estorbos que impidan
que yo logre...
(Al ver á Amalia se detiene sorprendido, se descubre y saluda con ansiedad. Pascual se ha quedado á la puerta del foro mirando con curiosidad.
(Mas, qué veo!
está aquí la otra!) Amalita,
á los piés de usted.
AMAL. (*Fingiéndose sorprendida.*)
Adios,
Manolito!
MANOL. (Qué fingida
amabilidad, despues
que...
PASC. *(Al irse por el foro.)*
Ahora va á ser si se esplican.)

ESCENA III.

MANOLITO.—AMALIA.

Permanecen separados durante los primeros apartes.

MANOL. (Procuremos encubrir
de su desprecio el dolor.)

AMAL. (Tente á raya, pobre amor!)
MANOL. (A pullas la he de aburrir.)
(Se acerca y la dirige la palabra con marcada ironia.)
Oh! deseaba un momento
en que pudiera á usté hablarla.
AMAL. Para qué?
MANOL. Para mostrarla
cuanto es mi agradecimiento:
pues si á tan alta fortuna
tan brevemente he subido,
solo á usted se lo he debido.
AMAL. Yo lo celebro.
MANOL. (Y vá una.)
Mas yo siento como hay Dios,
que al ver mi suerte colmada,
usté se quede sin nada.
AMAL. Yo no lo siento.
MANOL. (Y van dos.)
AMAL. Y usted lo ha sentido?
MANOL. Sí:
por usted aunque lo ha hecho;
pero, en fin, á lo hecho pecho.
AMAL. (Se está mofando de mí.)
MANOL. El legado espresamente
avenirse ha prohibido,
pero aun hubiera podido
hacerse amigablemente,
conviniendo usted y yo,
renunciar uno, y ceder
otro... mas, cómo ha de ser!
usted se me anticipó!
y aunque la culpa no es
mia, lo siento á fé mia!
AMAL. Y en eso no hay ironía?
MANOL. *(Recargando la ironia.)*
Oh! no señora: (y van tres.)
repito que me ha pesado
mas que en mi bien haya sido.
(Y no miento.)
AMAL. *(Con intencion.)*
Y yo he creido
que usted se habia alegrado.

MANOL. Yo alegrarme? Dios me asista!
porque redunde en mi pró
el mal de usted? eso no,
no soy yo tan egoista.
Aunque... no es corta la herencia,
pues con la mitad... oh! vaya!
nuestro tio, que Dios haya
tuvo una mala ocurrencia.
Mas su conato infecundo
bien á conocer ha dado,
que un buen querer no es pagado
con todo el oro del mundo.
AMAL. (Hay martirio mas cruel?)
MANOL. Cara cuesta la constancia.
AMAL. (Pero peca de ignorancia;
vaya por Dios, y por él!)
MANOL. Orgulloso debe estar
quien tal ofrenda alcanzó.
AMAL. Sí?
MANOL. Yo lo envidio.
AMAL. Pues no
le debe usted envidiar.
MANOL. Quién ser él no anhelaria!
mas que lo pague comprendo.
AMAL. No lo paga y voy creyendo
que apenas lo merecia.
MANOL. Es de tan ingrata pasta?
AMAL. Pero hago su dicha así,
y le amo tanto, que á mí
con eso solo me basta.
(Contengo apenas mi llanto.)
MANOL. *(Un tanto picado.)*
Señorita! yo confieso
que ni preguntaba eso,
ni queria saber tanto.
Harto en no ignorar tenia
que cuádreme bien ó no,
recibí por otro yo
desaire de tal cuantía.
Y aunque no sienta el desprecio,
no ha sido mucha prudencia
decir eso en mi presencia.
(Ya me vendí; soy un necio.)

AMAL. Le veo á usted resentido;
mas no debe suponer
que le quisiera ofender.
MANOL. Ni me doy por ofendido;
pero...
AMAL. Ni hay ofensa tal.
MANOL. Mas... (mal reprimo mi encono.)
Lo dijo usted con un tono...
AMAL. Que usted interpreta mal.
Y he advertido con dolor
que al juzgar mi proceder,
ha llegado usté á creer
lo que es tambien un error.
Cree usted, y no es verdad,
que por otro renuncié,
y solo ha sido...
(Se detiene con reticencia.)
MANOL. Por qué?
AMAL. Por qué?... por mi voluntad;
pues libre mi corazon,
tan solo á ella se ajusta.
MANOL. *(Mas resentido.)*
Pues... por cierto que me gusta
la tal rectificacion.
¿Conque al aceptar la herencia
otro obstáculo no habia
que el que de mí provenia?
AMAL. (Otra mala inteligencia.)
MANOL. Ha sido tan solamente
por creer usted que yo
no la merezco?
AMAL. Eso no!
MANOL. Entonces es diferente!
pues si por desaire ha sido,
probar queda de mi cuenta
que hay otra que se contenta
con lo que usted no ha querido.
AMAL. Lo sé.
MANOL. (Que lo sabe?)
AMAL. Y creo
que jamás esa mujer
le pague á usted su querer
tan bien como yo deseo.

Yo anhelaré que lo alcance,
mas sin que vuelva á esponer
su vida por obtener...

MANOL. (Sabe tambien lo del lance!)

AMAL. Y en muestra de que le aprecio,
bástele esta confesion;
no he renunciado á mi opcion
por hacerle á usté un desprecio.
Ni me pesará jamás
sacrificio tan penoso,
si es usted por él dichoso,
que á mí... (Ya no puedo mas!)

MANOL. *(Viéndola á punto de llorar.)*
(Digo si hay duende!) A fé mia,
ya que á usted de esa manera
la pesa, si dispusiera
del todo ó parte, seria
para mí el mayor contento
el poderla resarcir...

AMAL. *(Con dignidad.)*
¿Y pudo usted presumir
que es eso lo que yo siento?

MANOL. Pues entonces, el sentido
de esas frases tan oscuro,
guarda para mí, seguro,
algun misterio escondido.

AMAL. Y que no ha de comprender.

MANOL. Mas si en algo me interesa,
el ignorarlo me pesa,
y deseara saber...

AMAL. *(Reprimiéndose con nobleza y levantándose.)*
Oh! ni una palabra ya.
(Obviemos todo desliz.)

MANOL. Pero...

AMAL. Sea usted feliz,
y baste, pues lo será:
mas lo que no debe hacer
es apelar al rigor;
porque las cosas de amor
por voluntad han de ser.
(Manolito escucha con atencion.)
Cese ya toda rencilla
tan inútil como vana,

y adios, pues, porque mañana
partiré para Castilla.

MANOL. Mañana!!

AMAL. Aunque entre los dos
todo acaba... si de mí...
(A punto de llorar.)
se acuerda usté acaso...

MANOL. *(Maquinalmente.)*
Oh! si!!!

AMAL. *(Al irse.)*
Gracias, y... (por siempre) adios.

ESCENA IV.

MANOLITO, *pensativo.*

Adios! Partirse tan presto!
espresarse de ese modo!
Y todo lo sabe, todo!
pero qué diablos es esto?
Por mas que hago no me esplico...
cómo espresárseme asi
despues de... hay misterio aquí,
y es menester...
(Feliciano aparece por el foro azorado.)

ESCENA V.

Dicho.—FELICIANO.

FELIC. Chico, chico!

MANOL. Eh? qué hay?

FELIC. Algo de provecho
cuando te vengo buscando.

MANOL. Y el otro?

FELIC. Se está curando
del rasguño que le has hecho.

MANOL. ¿Pero no quiere venir
á cumplir lo prometido?
ó despues de estar vencido...

FELIC. Me dejarás concluir?

Despues de tu despedida
en que hallarnos convinimos
aquí, á mi casa nos fuimos
á curarle de su herida;
y no haciendo mas que entrar
y hacer lo que precisaba,
en tanto que él se arreglaba,
quise el tiempo aprovechar.
Quedando en volver por él
partí á la Bolsa volando,
ya por la hora sospechando
hallar cerrado el cancél.

MANOL. *(Impaciente.)*
Y bien, qué?

FELIC. Llegué por fin,
y así era; mas los morosos
instalaban codiciosos
lo que se llama el *Bolsin*.
Quise ver si iba en buen traste
el alza, en efecto.

MANOL. *(Con impaciencia.)*
Y qué?

FELIC. Que allí mismo me encontré...

MANOL. Con don Benigno?

FELIC. Acertaste.
Estaba el pobre aturdido;
esplicaciones pidió.
Se las dí.

MANOL. Y no sospechó?

FELIC. Se quedó tan convencido!

MANOL. Pero hombre!

FELIC. Y pidió angustiado
que viera á ver si podia
remediar lo que ocurria;
se lo dí por remediado.
Y le conté, atribuido
á casualidades raras,
el que hoy tú mismo compráras
lo que él habia vendido.
Le espliqué las conveniencias
tuyas y del reclamante,
ocultándole no obstante
el pago de diferencias.

Le hice ver tu pensamiento
de hacerle favor sobrado.

MANOL. Y bien, qué?

FELIC. Que le ha irritado
tu pretension y tu intento.
(Al ver á don Benigno que entra al terminar su frase, y haciendo una seña á Manolito.)
Ah!

ESCENA VI.

Dichos.—DON BENIGNO, *que viene sério y pensativo: manifestando sorpresa al ver á los dos, saluda con frialdad.*

BENIGN. Señores!!
(Contestando los dos.)

FELIC. Servidor!
(Con qué cara nos recibe!)

MANOL. (Pues voy á echarle el quién vive.)

BENIGN. *(Adelantándose.)*
Por aquí ustedes?

MANOL. Señor!
Ya sé, con dolor por cierto,
que usté á la Bolsa ha jugado,
y que esta alza le ha pillado
con ventas en descubierto.

BENIGN. *(Receloso.)*
Y bien! y qué?

MANOL. Yo anheloso
de hacer girar mi dinero,
quise aprovechar certero
un momento tan precioso,
y la fortuna ha querido
que al comprar hoy, haya dado
con el mismo que ha comprado
lo que usted tiene vendido.

BENIGN. *(Mostrando incredulidad.)*
Casualidad!

PASC. *(Que se siente aludido.)*
Es verdad!

BENIGN. Lo creo; y con qué presteza

emplea usted su riqueza!

MANOL. Cierto.

BENIGN. Qué casualidad!
hay algunas contingencias
que parecen voluntades.

MANOL. Tambien hay casualidades
que parecen providencias.
Y celebro el que en mi mano
esté el poner un remedio;
pues estando de por medio
una transaccion...

FELIC. Es llano!
Y bien componerse puede
de un modo prudente y digno,
si mi señor don Benigno
á tus intentos accede.

BENIGN. Ya me ha dicho usted su intento,
pero nunca accederé:
pagaré, me arruinaré,
pero quedaré contento.

MANOL. Pero es una terquedad.

BENIGN. Pues soy terco, lo confieso.

FELIC. Perdone usted, pero eso
es no ver su utilidad.
Porque al fin, si ustedes dos
se arreglan de cualquier modo,
en casa se queda todo,
y en paz y en gracia de Dios.
Este, rico por demás,
le saca á usté del pantano.
Usté le otorga la mano
de la Emilita y...

BENIGN. Jamás!
Y si ha llegado á creer
que así conseguir podia
su intencion, por vida mia!
que se engañó le haré ver.
Ni acepto las condiciones,
ni consiento en el traslado,
ni hay arreglo de mi grado.

MANOL. Por qué?

BENIGN. Tengo mis razones.

MANOL. Creí hacerle á usté un favor.

BENIGN. Pues no le quiero aceptar;
debo, y cumplo con pagar.
FELIC. Pero á qué tanto rigor?
Yo me entiendo y Dios me entiende.
MANOL. ¿Y qué ha visto usted en mi
para desdeñarme así?
Tal obstinacion me ofende.
Usted conoce sobrado
mi conducta y nacimiento;
obré con su asentimiento,
mi fortuna ha mejorado,
y usted, sin esplicaciones,
me la niega!
BENIGN. Y lo repito.
¿Y acaso yo necesito
darle á usted satisfacciones?
FELIC. Pero es cosa peregrina
por un tonto miramiento
dejarle á este descontento
y labrar su propia ruina.
MANOL. Suplico á usted que se incline
á lo que su bien reporta.
BENIGN. Pero ¿y á usted qué le importa
que me arruine ó no me arruine?
Usted á su vencedor
reclámele á su alvedrío;
yo satisfacer confio
mañana á mi comprador.
Y aunque hasta el último clavo
venda, dinero ó papel,
saldaré cuentas con él,
sin adeudarle un octavo.
MANOL. Y no hay transaccion?
BENIGN. Ninguna.
MANOL. Oh! de ninguna manera?
BENIGN. No; y haga usted lo que quiera.
FELIC. (*A Manolito.*) (Ves?)
MANOL. (*Id. á Feliciano.*)
(Mal haya mi fortuna!)
BENIGN. Cierta mi ruina será;
mas yo le satisfaré.
MANOL. (*Como tomando una resolucion y con frialdad.*)
Pues es inútil.

FEDER. Por qué?
MANOL. Queda satisfecha ya.
BENIGN. Cómo!
FELIC. (Adios!)
MANOL. Tan inhumano
no soy, que aunque me desdeñe,
quiera que usted se despeñe,
pudiendo darle una mano.
(Saca unos papeles que colocará en una mesa.)
La firma está recogida,
y el importe satisfecho.
Todo á nombre de usted hecho.
BENIGN. Cómo es eso? por mi vida...
FELIC. (Qué ocasion tan malograda!)
BENIGN. Yo no acepto esa merced...
no quiero deberle á usted...
MANOL. Usted no me debe nada.
Dispense el haber tomado
su nombre para este intento,
que del agradecimiento
tambien queda dispensado.
Y si se obstina en negarme
lo que pido con anhelo,
de la negativa apelo:
pero renuncio á vengarme.
BENIGN. *(Despues de vacilar un momento.)*
Noble generosidad
que le hace á usted mucho honor.
FELIC. Pues acceda usted, señor!
BENIGN. Bien quisiera; y en verdad,
si lo que á fuerza negué
á tal rasgo no concedo,
es porque... porque no puedo.
MANOL. Cómo?
BENIGN. No señor.
MANOL. Por qué?
BENIGN. *(Cogiendo del brazo á Manolito con intencion.)*
La renuncia que asegura
á usted la herencia en derecho,
¿sabe usted por qué la ha hecho
esa pobre criatura?
MANOL. Quisiera; y de ningun modo
he podido adivinar...

BENIGN. Pues si yo pudiera hablar
se lo diria á usted todo.
MANOL. No sé qué misterio quepa.
BENIGN. (Ciego entendimiento humano!
si habia de ser en vano,
mas vale que no lo sepa.)
Y en cuanto á esa peticion,
en pro de rasgo tan bello,
yo consentiria en ello,
mas con una condicion.
MANOL. Cuál?
BENIGN. Yo en acceder no tardara
si usté cual debe en conciencia
de la mitad de la herencia...
á la Amalia indemnizara.
FELIC. (Hola!)
BENIGN. Si no, aunque lo exija,
mas que me crea un tirano,
no le doy á usté la mano,
y se lo juro, de mi hija.
Mas si accede usté, corriente:
para obviar toda reyerta,
hasta admitiré su oferta.
MANOL. Pues... no tengo inconveniente.
FELIC. (Qué oigo!)
BENIGN. Pues si esa infeliz
queda al menos socorrida...
MANOL. Oh! con el alma y la vida!
FELIC. (Este es un pobre aprendiz
de rico!)
BENIGN. Es que en el concepto
de que eso su dicha labra
le otorgaré mi palabra;
pero si no...
MANOL. Bien, acepto.
BENIGN. Pues por mas seguridad,
antes de mi asentimiento,
solo conocer intento
de Emilia la voluntad.
Perdone á mi rectitud
este paso.
MANOL. No me pico.
BENIGN. Porque hay...

MANOL. Sí, un don Federico
con igual solicitud.
Lo sé, pero usted verá:
pregúntela, apostaré
á que le contesta á usté
«que lo mismo se la dá.»
BENIGN. Con permiso.
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA VII.

FELICIANO.—MANOLITO.

MANOL. Feliciano,
has visto?
FELIC. He visto y oido;
¿cómo ese cambio habrá sido?
MANOL. De un modo sencillo y llano.
Lo que no pudo con él
un rasgo duro y forzoso,
pudo un rasgo generoso.
FELIC. Diablo de viejo, Manuel!
cuando tú le declaraste
que... me quedé como un leño,
porque al fin de tanto empeño,
dar con el resorte al traste!...
pero al cabo útil te fué,
no como se hubo pensado;
pero...
MANOL. Lo que he deseado,
vive Dios, que lo alcancé.
FELIC. Pero te cuesta la torta
un pan, y eso es lo primero.
MANOL. Y qué me importa el dinero?
FELIC. Corriente si no te importa.
Allá te las compondrás.
MANOL. Ahora solo te suplico
que vayas por Federico.
FELIC. Hombre, qué prisa te dás.
Bien; si es que eso te contenta,
iré, y volando vendremos;
mas déjate que arreglemos

entre los dos una cuenta.

MANOL. Cuenta entre los dos! y cuál?

FELIC. Dí; ¿tu intento al obtener...
no vas á la otra á ceder
la mitad de tu caudal?

MANOL. Ya ves que lo he prometido.

FELIC. Y lo harás de veras?

MANOL. Sí.

FELIC. (*Con duda y sarcasmo.*)
Dime la verdad á mí,
de veras?

MANOL. No lo has oido?

FELIC. Será una buena porcion
la mitad, eh?

MANOL. Sí.

FELIC. Por Cristo!
de veras?

MANOL. Sí.

FELIC. (*Amostazado.*)
Pues insisto
en mi antigua pretension,
vuelvo á ser su pretendiente
segun lo tuve pensado.

MANOL. Pues no habias renunciado?

FELIC. Sí, pero ahora es diferente.

MANOL. ¿Te ha vuelto á la tentacion
de mi herencia la mitad?

FELIC. Te confieso la verdad...

MANOL. (*Con risa burlona.*)
Amas al alza? bribon!

FELIC. Pues no? me rio del cuento!
Si amor cual deuda de estado
está capitalizado
y hoy se ama al tanto por ciento;
y en la Bolsa de la vida
para negociar con él,
amor rico es buen papel,
pobre, no tiene salida:
por eso, amor no hallarás,
sin que un crédito interese.

MANOL. Pero si se encuentra, es ese,
sin duda, el que vale mas.

FELIC. Con que, vamos, ya que en tí

delegué el resorte mio,
ahora que tú hagas confio
alguna cosa por mí.
Quedando ella agradecida
á donacion tan cuantiosa,
tu propuesta será cosa
digna de ser atendida.
Y si hicieras lo que digo
al hacer tu donacion,
ponerla la condicion
de que se case conmigo.
Mas sin eso sé que harás...

MANOL. Bien; pero vete...

FELIC. Primero
que me prometas espero...

MANOL. Bien, hombre!

FELIC. Lo cumplirás?

MANOL. Anda, pues.

FELIC. Con que, hecho el trato?

MANOL. Lo que tú quieras haré.

FELIC. Pronto de vuelta estaré.

MANOL. Abur!

FELIC. Abur!
(*Marcha por el foro.*)
(*Se queda Manolito viéndole marchar y despues que ha desaparecido, esclama con desprecio.*)

ESCENA VIII.

MANOLITO.

Mentecato!
Para ti un alma tan bella!
Déle Dios mejor empleo;
pues que no merezcas creo
ninguna mujer como ella.
(*Queda pensativo.*)
En este lio ofuscado,
vive Dios que no adivino...
Tambien el viejo se vino
haciéndose el reservado.
Y la Amalia... tonto estoy:

hablarme los dos asi;
vamos, todo es para mi
sombras y misterios hoy.
Pero ¿cómo habrá sabido
que yo á la Emilia queria?
y el lance? por vida mia!
quién?... Pascual, ese habrá sido!
(*Llamando.*)
Pascual? este parlador!
mas ni sé si agradecer
ó sentir... vamos á ver.
(*Vuelve á llamar. Pascual habia llegado ya, y se habia quedado á la puerta.*)
Pascual!!!

ESCENA IX.

MANOLITO.—PASCUAL *receloso desde el umbral.*

PASC. Mande usté, señor!!
MANOL. Ven acá.
PASC. (Pobre de mí!
á que todo lo ha contado?)
MANOL. Ven!
PASC. (No está tan enfadado!)
MANOL. Acércate; ven aqui.
Tú que en interioridades
andas siempre de familia,
dime; la Amalia y la Emilia
han entablado amistades?
PASC. (*Animado al oir tal pregunta.*)
Por San Francisco de Borja!
Tan opuestas ser amigas?
¿Cuándo han hecho buenas migas
perro y gato en una alforja?
MANOL. Entonces ¿quién al corriente
puso á Amalia de mi amor
á Emilia?
PASC. Tal vez, señor!
seria que casualmente
y asi, á la pata la llana,
sin pensar y sin saber...

MANOL. Lo ha presumido? es mujer!
PASC. No señor! yo esta mañana...
luego me he puesto á pensar
en ello, entonces ha sido
cuando en el caso he caido
porque...
MANOL. (*Con impaciencia.*)
Quieres acabar?
PASC. Pues ni lo habia pensado.
MANOL. Por qué sabes tú que no?
PASC. Por qué?... toma! porque yo
soy el que se lo ha contado.
MANOL. Tú?
PASC. Cuando usté tan furioso
por la condicion aquella
salió; entonces, vino ella;
y con un aire curioso
me interrogó largamente,
sobre todo lo que habia,
y todo cuanto sabia
se lo conté francamente.
MANOL. Tal vez heridos por eso
su orgullo, su vanidad...
PASC. Pues ya se vé!
MANOL. Sí; es verdad;
pero tú fuiste un camueso.
Pero y haber aguardado...
y luego tal decision...
(*Herido por una idea se detiene y esclama.*)
Si será que?...
(*Desechándola.*)
Presuncion.
PASC. (*Con misterio.*)
De buena hemos escapado
con doña Amalia.
MANOL. Por qué?
PASC. Vé usté cómo ha procedido,
pues luego, que está he sabido
muerta de amor por usté.
MANOL. Eh? Ya me habia asaltado
idea tan presuntuosa.
Pero, Pascual, será cosa
de que te hayas engañado?

PASC. No señor, de ningun modo.
MANOL. Mas... oh!... sí, verdad será;
porque asi comprendo ya...
Oh, sí, lo comprendo todo!
pero... loco! ¿á dónde elevas
de tu presuncion el vuelo?
Pascual, de tu juicio apelo.
Qué pruebas tienes? qué pruebas?
PASC. Muchas.
MANOL. Cuáles, mentecato?
PASC. ¿Se acuerda usté que yo hablaba
de un retrato que besaba?
es el de usté aquel retrato.
MANOL. Bah! quimeras!
PASC. No hay quimeras.
Le... he visto.
MANOL. Sí; desde lejos
y mintieron sus reflejos.
PASC. Qué apuesta usté?
MANOL. Lo que quieras.
PASC. No quiero que á usté le pese
si es que la apuesta me fia.
MANOL. La fio.
PASC. (*Despues de vacilar un momento, se decide y saca la caja del retrato.*)
Por vida mia...
mire usté el retrato; es ese?
MANOL. (*Despues de haberlo cojido y examinado con sorpresa.*)
El que mi tio tenia!
PASC. Y el que ella al cuello llevaba.
MANOL. Y el que viste que besaba!
PASC. Sí, señor; el otro dia.
MANOL. Pero entonces, ¿cómo es que
á tus manos ha llegado?
PASC. Porque me habia encargado
que se le volviese á usté;
pidiéndome por su vida
con suplicantes maneras...
MANOL. Que tú me le devolvieras?
PASC. Sí! despues de su partida!
MANOL. De veras?
PASC. Lo que se llama

decir la verdad desnuda.

MANOL. Entonces no cabe duda
que me quiere! que me ama.

PASC. (Vaya un tonto!)

MANOL. Oh, buen Pascual!
tú fuiste de todo el lazo
y te daria un abrazo...
pero... eres un animal!

PASC. Señor!

MANOL. Ya tan lisonjeras
ideas me han ocurrido,
pero...

PASC. Lo que he presumido
es, que está loca.

MANOL. De veras?

PASC. Lo he llegado á sospechar.
Amarle á usté?

MANOL. Y qué? se infiere
que es loca porque me quiere?

PASC. Pero ¿y á qué renunciar
entonces?

MANOL. Ah! yo confieso
que bien claro se adivina
por qué un alma tan mezquina
la tendrá por loca en eso.
Pero la hace mucho honor
la locura que desdeñas;
porque las almas pequeñas
nunca enloquecen de amor.

PASC. Ya veo...

MANOL. Si tu idiotismo
mucho me vale y me cuesta;
mas lo que ves es que á esta
si que no la dá lo mismo.

PASC. Lo mismo? eso sí que no:
cuando supo lo del lance...

MANOL. Quién lo dijo?

PASC. (Otro percance!
pues no se lo he dicho yo?)
Yo, señor, lo presumí.

MANOL. Y bien, qué?

PASC. Tomó tal pena
que, como una Magdalena,

se estuvo llorando ahí.

MANOL. Qué amor! Pascual, ah! qué amor!
Y la otra? qué contraste!
mas ya no hay nada que baste...
vas á hacerme ahora un favor.
(Le dá la caja del retrato.)
Toma, vé; dila que quiero
que le guarde eternamente.

PASC. *(Despues de haberle tomado se dispone á marchar.)*
Voy.

MANOL. *(Se le coje otra vez.)*
Mejor seria... tente,
trae, vé, y dila que la espero:
sí, que suplico que venga.

PASC. Que venga?

MANOL. Que venga, sí:
que deseo hablar aquí;
que ningun recelo tenga.
Favor tus artes me den,
que si salgo con mi intento,
no quedarás descontento.

PASC. Plegue á Dios que salga bien.
(Váse.)

ESCENA X.

MANOLITO.—*Despues* DON BENIGNO.—EMILIA.

MANOL. Estoy resuelto y será;
compensaré amor tan puro.
(Mirando á la puerta derecha.)
La otra y su papá! pues juro
que no me acordaba ya.

BENIGN. Héla aqui. La he consultado
y como hija obediente,
por ella es cosa corriente.
Usté lo habia acertado;
dijo lo que usté pensaba.

MANOL. Por muy seguro tenia
que la Emilita diria
que lo mismo se la daba.

No es verdad?... su catecismo
de amor acaba y empieza
de ese modo. Y con franqueza,
la dá á usté ahora lo mismo?

EMILIA. Ya que accedió mi papá,
yo le ratifico el sí;
pues ya sabe usté que á mí...

MANOL. *(Cortándola.)*
Sí, sí; comprendemos ya.

BENIGN. La amante solicitud
de usté todo lo merece,
y si ella no lo agradece,
seria una ingratitud.

EMILIA. Yo, papá, estoy muy contenta.

MANOL. Por ahora eso dejemos,
que despues ajustaremos
entre los dos nuestra cuenta.

BENIGN. Aun me queda un escozor;
la otra niña desdichada...

MANOL. Quedará bien compensada;
yo lo juro por mi honor.

BENIGN. Sí, en la parte de la herencia;
pero en lo demas...

MANOL. *(Con intencion.)*
Yo haré
por tranquilizarle á usté.

EMILIA. (Toma! que tenga paciencia!)

BENIGN. Pues bien; pero aunque consiento,
hasta no quedar cumplido,
lo que usté me ha prometido,
no se hará este casamiento.

MANOL. Bien!

BENIGN. ¡Y el otro á quien de bodas
le tengo esperanza dada!
habrá que decirle...

MANOL. Nada.
Las ha renunciado todas.
Y pues que presto vendrá,
cuando estemos todos juntos
que yo zanje estos asuntos
usted me permitirá.
(*Ruido.*)
Ya sin duda están ahí;

con que si usted permitiera...

BENIGN. Haga usted lo que usted quiera.

MANOL. Todo lo que quiera?

BENIGN. Sí.

MANOL. ¿Sin oponerse á lo que haga
mientras en justicia esté?

BENIGN. No señor!

EMILIA. (Qué hará?)

MANOL. Yo haré
que todo se satisfaga.

ESCENA XI.

MANOLITO.—DON BENIGNO.—EMILIA.—FEDERICO.—FELICIANO, *con una mano vendada. Entran por el foro.*

FELIC. (*Al ver á don Benigno.*)
Acá estamos... ah!

FEDER. (El papá!)

BENIGN. Bien venido!

MANOL. (*Ap. á Federico, á quien se acerca al entrar.*)
(Federico,
que usted cumpla le suplico...)

FEDER. (Oh! cumplido quedará.)

MANOL. (Yo le pido á usted perdon;
pero llenar es forzoso
nuestro pacto.)

FEDER. (Es doloroso,
pero fué la condicion.)
(*Alto á Emilia.*)
Emilia, siento en estremo
decir que mal de mi grado,
á renunciar me he obligado
de esa mano al bien supremo.
(*A don Benigno.*)
Y aquella consoladora,
aunque dudosa esperanza
que alentó mi confianza,
se la devuelvo á usté ahora,
don Benigno.

BENIGN. Es oportuna

la dimision, yo igualmente
la iba á retirar.

MANOL. (Lo siento!)
(Examina á Federico con interés, notando el sentimiento de este.)

FEDER. *(A Manolito.)*
(Falta alguna cosa?)

MANOL. (Una!)
(Se dirige sucesivamente á cada uno de los tres.)
Señor! Señorita! Amigo!
mi orgullo está satisfecho,
y usando de mi derecho,
oigan bien lo que les digo.
(A don Benigno.)
No es retractarme de nada,
y es inútil toda homilia;
(A Emilia.)
ni es desaire, bella Emilia,
sino justicia sobrada.
Este caballero siente
(A Federico.)
perderla á usted, no es así?
Y yo á usted, ó usted á mí
nos seria indiferente.
No se espanten, pues, si anuncio
que el derecho que alcancé,
(A don Benigno y á Emilia.)
con vénia de usté y de usté,
en él ahora le renuncio.

TODOS. Cómo?

MANOL. *(A don Benigno.)*
Usted no se opondrá,
si quiere que en paz quedemos.
(A Emilia.)
En cuanto á usted, ya sabemos
que lo mismo se la dá.

BENIGN. Pero hágame usted merced
de esplicar qué causa ha habido?...

MANOL. Si usted no la ha presumido,
voy á decírsela á usted.
(Se le lleva aparte y habla con él, Emilia queda junto á Federico. Feliciano hace aparte

sus comentarios, estrañandó el cambio de Manolito.)

FELIC. (Oh! la risa me retoza!
despues de tantos sofocos...
cuántos, con menos, por locos
estarán en Zaragoza!
Jesús!)

BENIGN. *(Alto.)*
Si esa es la razon,
consiento con mucho gusto.

FEDER. Será cierto?

BENIGN. Creo justo
admitir la traslacion.

FEDER. Y usted, Emilita?

MANOL. Bah!
pues qué trabajo la cuesta?
No sabe usted su respuesta?

EMILIA. A mi, en queriendo mi papá!
Bien!

FEDER. Oh! yo acepto igualmente
esa cesion, aplazando...

MANOL. Para cuándo?

FEDER. Para cuando
no la sea indiferente.

MANOL. *(A don Benigno.)*
Bien! nuestra cuenta es razon
que solvente quede ya;
usté á su importe dará
la siguiente aplicacion.
Su dote es, si en adelante
á Emilia en su escepticismo
llega á no darle lo mismo
Federico que otro amante.

FELIC. (Otra pifia.)

BENIGN. Estoy turbado!
Y tú, Emilia, qué le dices?

EMILIA. Yo!...
(Manolito, que se halla cerca de Federico y Emilia, los toma de la mano, colocándose entre ellos.)

MANOL. Con que sean felices
quedaré recompensado.
(A estas palabras aparece Amalia en la puerta

de la derecha, queda sorprendida tanto al oirlas, como de la posicion de Manolito entre Emilia y Federico.)

ESCENA ULTIMA.

MANOLITO.—DON BENIGNO.—AMALIA.—EMILIA.—FEDERICO.—FELICIANO.

AMAL. (Ah!)
FELIC. (Buen aire dá al dinero!
va de desliz en desliz.)
FEDER. *(A Manolito con interés.)*
Y usted?
MANOL. *(Viendo á Amalia.)*
Yo? tambien espero
que seré pronto feliz.
(Se separa del grupo y se dirige á ella.)
Venga usted acá, Amalita,
y gócese usted tambien
de su amiguita en el bien,
pues se casa su amiguita.
Yo he sido el casamentero!
AMAL. Pero es cierto lo que pasa?
no es con usted?
MANOL. No! se casa
con esotro caballero.
AMAL. (No se casa al fin con él!)
(Feliciano entra en juego y permanece junto á Manolito. Don Benigno escucha con la interesada atencion de quien espera una cosa sabida. Emilia y Federico estarán juntos: los demás colocados así: Amalia, Manolito, Feliciano, Don Benigno.)
FELIC. *(Tirando de la ropa á Manolito le llama la atencion.)*
(Chico, no eches en olvido...)
AMAL. (Entonces, de qué ha servido
mi sacrificio cruel?)
MANOL. *(Contemplándola.)*
(Dios mio! estaba yo ciego?)
FELIC. *(Repitiendo el juego de antes.)*

(Si has de hacer la donacion,
aprovecha la ocasion
y recomiéndame luego.
MANOL. (La última prueba y veré!)
AMAL. (*Saliendo de su asombro.*)
Y usted?
MANOL. Fuí su providencia,
gracias á mi pingüe herencia;
mas tambien digo, y usted?
porque, Amalia, deseara
que despues de que admitiera
un don que yo la ofreciera,
tambien usted se casara.
La mitad de mi fortuna...
FELIC. (Bien!)
MANOL. A usted le pertenece,
y quedarse no merece
de dos partes sin ninguna.
Y pues la conciencia invoca
deshacer tal sin razon,
la hago á usted restitucion
de la parte que la toca.
Pero hay, Amalia, ademas
un mi amigo!
FELIC. (Yo!)
MANOL. Un hermano
que la ofrece á usted su mano;
lo acepta usted?
AMAL. Yo? jamás!
MANOL. Bien: retiro el donativo
pues presumiendo el que sea,
por Dios, que me lisonjea
de esa renuncia el motivo.
BENIGN. (*Asustado.*)
Manolo!
FELIC. (Bien hecho está.)
MANOL. (*Continúa sin hacer caso.*)
Mas para lo otro no hay pase;
deseo que usted se case
y usted me complacerá.
FELIC. (Eh?)
AMAL. Nunca!
MANOL. Hablando los dos,

perdone usted; pero creo
que abonará mi deseo.

FELIC. *(Acercándose á Manolito y tirándole indicativamente del frac.)*
(Chico! no insistas, por Dios!)

AMAL. ¿Y quién le da á usted permiso
para erigirse en tirano,
que disponga de mi mano?

FELIC. (Pues no era mal compromiso!)

MANOL. Tirano! usted se equivoca.
Su bien deseo y no mas.

AMAL. Pues repito que jamás.

FELIC. (Bendita sea tu boca!)

MANOL. Sé que usted le ama.

FELIC. *(Animándose y precipitándose por grados hasta el fin.)*
(A mí?)

AMAL. Yo?

MANOL. Que á ese amor, de él ignorado,
usted ha sacrificado
toda su fortuna.
(Amalia despues de mirarle con estudio algunos momentos como adivinando el verdadero sentido de las palabras de Manolito, esclama llevándose al rostro las manos.)

AMAL. Oh!!

MANOL. Si mis frases incompletas
la han debido revelar.

FELIC. (Hombre! te quieres callar?
por Dios no me comprometas.)

MANOL. Sí; Amalia, sí! antes ciego
desconoció esa ternura,
será ahora su ventura
de ese amor el casto fuego.

FELIC. (Yo!!)

MANOL. Y á mostrarla á usted voy
el retrato de ese ingrato.

FELIC. (Mi retrato!)

AMAL. Su retrato!

MANOL. Sí, Amalia mia, yo soy!
(Con esplosion y tomándola las manos. Amalia se precipita en sus brazos con una esclamacion de alegría.)

AMAL. Ah!
BENIGN. Bien!
FELIC. *(Sorprendido.)*
Cómo?
MANOL. Ahora, querida,
¿seráme acaso otorgada
la súplica presentada?
AMAL. Oh! con el alma y la vida!
MANOL. Cúmplase tu voluntad,
mi pobre tio querido!
FELIC. *(Resignándose.)*
Jesus! para mí esta ha sido
la última barbaridad.
MANOL. *(A Feliciano riendo gozoso.)*
Perdóname, Feliciano,
si esto te ha causado pena.
FELIC. Chico, sea enhorabuena,
que yo ni pierdo ni gano.
(A Manolito.)
Veo que punto por punto
sin quererlo conseguir,
habeis venido á cumplir
La Voluntad del difunto.

FIN DE LA COMEDIA.

